



O. C. TAVIN

¡TRAIDOR!





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (2.ª edición.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny.
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin.
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz.
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
» 13.—¡SANGRE!, por Frank C. McFair.
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet.
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy.
» 16.—TANGER, por Alf Manz.

En preparación:

TRAGEDIA EN BERLIN.
ALTA TRAICION.

I



BAN a dar las dos ya, y Evelyn se dispuso a recoger sus efectos para salir de los Almacenes Adams, donde estaba empleada, lo más rápidamente posible. De no ser así, los restantes empleados y dependientes, en número superior a doscientos, se agolparían tumultuosamente para asaltar el autobús de la línea H, y ya era sabido que en esta clase de lucha, las mujeres eran las que siempre se quedaban en tierra.

Cerró las vitrinas de la bisutería, a su cargo, guardó en un cajón, bajo llave, los talonarios de ventas, y mientras esperaba sonase la campana, se retocó un poco los labios con el lápiz, pasó un peine por su rubia cabellera, se colocó los guantes de malla, y en aquel instante, tras las tres campanadas, que sonaron como deliciosa música en sus oídos, salió disparada hacia una de las siete puertas

inmensas, abiertas de par en par de los almacenes, situados en South Carolina Avenue, casi esquina a Kentucky Avenue.

El día era magnífico, como suelen serlo en la primavera en Washington. Un sol radiante envolvía en suave calor la atmósfera clara, ya que abril no se presentaba todavía caluroso, como había acontecido en otros años anteriores. En aquel de 1944, bajo el signo de la más terrible guerra que había conocido el mundo, la capital de la nación parecía como un oasis de paz, solamente perturbada por el exceso de habitantes, que hacían difícil el encontrar un alojamiento libre. La inmensa burocracia oficial todo lo había invadido y por ello el trabajo se había duplicado, incluso en los almacenes y bazares, como el Adams, donde el personal hubo de ser reforzado considerablemente para atender debidamente a las incesantes oleadas de compradores.

Evelyn salió disparada hacia la puerta de la izquierda, más cercana a la parada del autobús, que ya estaba detenido y del que bajaban los viajeros apresuradamente. Y, con gran angustia de la joven, un grupo muy grande de personas se agolpaban ya ante la puerta posterior del carruaje, dispuestas a encaramarse en él tan pronto quedase vacío.

—¡Por favor! —gritó la joven, repartiendo codazos a diestro y siniestro para abrirse paso por entre el gentío que discurría por la ancha acera—. ¡Que lo pierdo!... ¡Por favor, quítese de ahí, pasmado!

Luchó denodadamente por acercarse al «bus», que se iba llenando velozmente, mientras el público se arracimaba ante la estrecha puerta de entrada. Y ya estaba a punto de coger con sus nerviosas manos la barra del costado de la puerta para izarse, cuando se sintió agarrada fuertemente por un brazo y echada hacia atrás, perdiendo su preciado puesto.

—¡Oiga! —gritó coléricamente, encarándose con un hombre alto, cubierto con una trinchera caqui y cuyo rostro apenas era visible por llevar el ala de su sombrero flexible gris muy bajada sobre la frente—. ¡Qué... gracioso! ¡Suélteme, estúpido!

El hombre, sin soltarla, la entregó un papelito doblado, muy pequeño, obligándola a que lo cogiera entre sus dedos y luego cerrándole la mano enguantada fuertemente.

—Entréguelo hoy mismo al dieciocho, ya sabe... —dijo con voz

queda—. Y perdone, encanto. Hoy mismo, ¿eh?

Evelyn, estupefacta, con la mano cerrada apretando en su interior el cuadradito de papel, vio alejarse al hombre que la asaltara de tan extraña forma. Pensó detenerlo para preguntarle quién era aquel 18 y hacerle observar que debía estar en un error al haberla entregado a ella aquel papel misterioso, puesto que no conocía al 18 indicado por él.

—¡Oiga! —le gritó, mientras el público le zarandeaba de nuevo, arremolinándose ante un nuevo autobús que llegaba—. ¡Bueno!... Éste no me lo pierdo.

Y con el trozo de papel en la mano izquierda se agarró desesperadamente a la barra de la portezuela y se dejó subir por la masa que empujaba tras ella.

Se sentó, lanzando un suspiro de alivio, en un asiento individual y, a través del cristal, procuró divisar a aquel hombre que la asaltara y le diera aquello. Había desaparecido. Abrió la mano y contempló el cuadrado de papel. Lo desplegó y quedó como un espacio en blanco muy grande, en el centro del cual había un rectángulo como de un cuarto de pulgada casi negro. Un punteado extraño se dibujaba en él, como cuando se está haciendo un grabado y aparecen en la retícula esos puntitos negros tan raros, al menos para ella, profana en la materia.

Lo hizo una bolita y se dispuso a tirarlo, enojada, por la ventanilla. Pero en aquel instante, el cobrador llamó su atención para cobrar el billete. Dejó caer la bolita de papel en su bolso y sacó la moneda para pagar.

Después se olvidó de aquel incidente, dedicándose a leer, según su costumbre, una novela de aventuras. El trayecto era largo, hasta su casa, en Butler Street, al otro lado del río Anacostia, y siempre, para distraerse durante el viaje, que efectuaba cuatro veces al día, recurría a la lectura.

Pasando el Anacostia, sobre el puente del mismo nombre, que era una prolongación de la 11th. Street, se sintió de nuevo tocada en un brazo, pero esta vez más suavemente.

Levantó la cabeza airadamente, dispuesta a poner verde a aquel hombre que minutos antes la hiciera perder el autobús para entregarla aquel papelucho.

—Ha cogido buen sitio, amiguita —dijo, sonriendo, el agente

uniformado de la Policía Metropolitana, *Flash*, un simpático viejo, corpulento, rojo su rostro, vecino de Evelyn—. ¿La he molestado? ¿Qué dijo ella cuando él la besó en los labios? —Siguió, sonriendo, apuntando con el mentón la novela que ella leía.

—¡Oh, bueno, *Flash*! —exclamó ella, riendo—. Creí que era aquel tipo... Realmente, aún no he llegado a ese pasaje tan seductor...

—¿Qué tipo era el que se iba a comer, Evelyn? Eso parecía cuando me miró usted... Pero siempre será bonita, aun con la cara de pocos amigos que me puso antes.

—Uno que me hizo perder el coche anterior —replicó ella, arrugado el ceño—. Un... no sé qué.

—Sí. Los hay groseros —afirmó el agente, apoyándose en el respaldo del asiento ocupado por la joven—. A veces, la belleza hace perder un tanto los estribos, no crea. Pero, vamos, eso de propasarse...

—No, no se propasó —refutó Evelyn—. Me cogió del brazo, reteniéndome, y todo para entregarme un papelucho. Creo que lo tengo aún... —Buscó en el interior del bolso, sacando al fin la bolita de papel. La desarrugó y se la entregó al agente *Flash*, que lo examinó sin gran interés—. Me dijo que se lo entregase hoy mismo al dieciocho. Y que perdonase, encanto...

—¡Ah! Galante y todo... Y ¿quién es el dieciocho, si puede saberse? —dijo el agente, devolviendo el papel a la joven—. No sé qué será eso, la verdad. ¿Y usted? Parece como un crucigrama para examinarlo con lupa.

—Yo tampoco lo sé. Ni qué es, ni quién es ese dieciocho, ni lo que significa esa mancha punteada en el papel. Eso ustedes, los de la Policía, que son tan listísimos y todo lo averiguan...

—Cuando somos listos y averiguamos lo que nos proponemos —contestó riendo el agente—. Llegamos ya, Evelyn. Por mi parte, tengo un apetito formidable. Creo que sería capaz de comerme un tierno muslo de muchacha, así como el de...

—Su tía —replicó ella empujándole hacia la portezuela delantera del «bus»—. ¡Viejo verde!... Gracias —agregó cuando él, riendo con todas sus ganas, le tendió la mano para ayudarla a bajar—. No sé qué pensará su mujer de esas aficiones caníbales de usted.

El autobús terminaba su recorrido enfrente de la verja del gran

parque de Fort Stanton. Así, el viejo agente, bromeando continuamente, y la joven devolviéndole con ingenio y gracia los piropos, llegaron al edificio de moderna construcción, aunque modesto, donde ambos vivían, en el piso tercero.

—Si quiere traer su comida y hacernos compañía... —dijo el agente *Flash* cuando el ascensor les dejó en el piso. Él vivía en la mano derecha y ella en la izquierda.

—Hoy no. Es tan pobre mi pitanza, que me daría vergüenza exhibirla —respondió ella riendo—. Hasta la vista... antropófago.

Evelyn, rápidamente, se puso una bata de tonos claros sobre el vestido y, tarareando, encendió el hornillo eléctrico, sobre el que puso una sartén. Sacó de la nevera un trozo de carne fresca, huevos y un bote de tomate y se dedicó a la confección de su comida. Mientras se freía la carne dispuso la fruta, fresas y plátanos, y sobre ella echó nata en abundancia.

Cuando estaba comiendo, mientras oía las noticias del día por la radio, funcionando en su gabinete-alcoba, llamaron a la puerta. Los dos golpecitos suaves del agente *Flash*.

Le abrió la puerta. El hombre, de enorme estatura, apoplético, en mangas de camisa, llevaba en un plato un trozo de tarta de manzana con chocolate. Se lo tendió a Evelyn, sonriendo.

—Para apaciguar su hambre —dijo en tono lleno de afecto—. Esta vez le ha salido a Jennifer magnífica y pensamos que usted debiera darnos su opinión. ¡Hola! —añadió al ver la carne, los huevos revueltos con tomate y la fruta con nata que tenía la joven sobre la mesa de la cocina—. ¿A eso llama usted morir de hambre, jovencita? ¡Me llevo mi trozo de tarta!

—¡No, no, papá *Flash*! —gritó ella echándole los brazos al cuerpo y reteniéndolo hasta conseguir apoderarse del plato—. Déjeme probarlo...

Riendo, el viejo agente se sentó al lado de ella, que siguió comiendo con gran apetito. *Flash* encendió su pipa y pareció abstraerse en alguna meditación honda, puesto que arrugó el ceño.

—¿No va bien algo? —inquirió la joven cuando se dispuso a acometer la fruta con nata—. Pruebe esto —y le tendió la cuchara llena de nata con fruta. Él, sonriendo, obedeció. Chasqueó la lengua.

—Muy fino, de veras. Y... Evelyn, estaba pensando en eso de

antes —dijo con acento preocupado, moviendo la enorme cabeza, de pelo cano—. En eso que me enseñó en el «bus».

—¿El papel? —dijo ella sin dejar de comer aceleradamente—. ¿Y qué ha sacado después de pensar en ello?

—Que me lo debiera de dar, Eve, si no ve inconveniente en ello.

—¡Para usted, hijo, para usted! —exclamó ella riendo. Se levantó y se dispuso a lavar en la fregadera los platos y utensilios usados en la comida—. Pero ha de decirme por qué le interesa ese papelucho. Yo creo que se trata de una forma original de propaganda. A veces, por radio, le dicen que conserve en la memoria una cifra, un nombre, ya sabe. El de un hombre célebre nacido hace tres siglos, por ejemplo, y que hizo tanto y cuánto. A los pocos días dan la solución. Aquel que acertó el nombre recibe un premio. O la cifra, comprendida entre...

—No es lo mismo, me parece, Eve —repuso *Flash* sonriendo mientras sacaba una densa humareda de su pipa—. Ese tipo la dijo que... Repítalo, por favor.

—¡Uf! Bueno, me dijo esto, y van diez veces: «Entréguelo hoy mismo al dieciocho, ya sabe... Y perdone, encanto. Hoy mismo, ¿eh?». ¿Se lo repito otra vez?

—No, no, gracias. Sí, pudiera ser... Pero no me lo parece, Eve. Ese individuo le entregó el papel a usted... creyendo que usted era otra.

—¡Qué barbaridad! Y no se queda calvo, después de ese alarde de penetración —replicó la joven fingiendo gran asombro—. ¿Y por qué hizo tal cosa, fuese o no yo la que debiera coger el papel?

—Mire, jovencita—respondió gravemente el agente, muy serio—, uno ya tiene cierta experiencia de las cosas. Llevo treinta años vistiendo el uniforme y he visto muchas cosas, muchos hombres en apuros, cientos de situaciones de las que hacen encoger el corazón, y todo eso. Y, Eve, estamos en guerra, aunque aquí no se note. Vamos, deme ese papelito...

Evelyn, también muy seria, después de contemplar con cierto asombro al viejo agente, que sostuvo su mirada sin pestañear, fue al gabinete y sacó del bolso el papel que le entregara aquel extraño hombre.

—Gracias, hija —dijo *Flash* levantándose pesadamente. Dio un golpecito con dos dedos de la mano en una mejilla de Evelyn—.

¡Ah!... ¿Y cómo era el hombre que le dio esto? ¿Alto, bajo, delgado, grueso? ¿Lo recuerda?

—Pues, francamente, fue todo tan rápido, que... Estaba luchando yo por subir al «bus» cuando él me cogió de un brazo y me apartó bruscamente. Le miré furiosamente y le dije algo gordo, creo. Vi un sombrero flexible gris, con el ala muy bajada sobre una cara que no pude distinguir, por eso mismo. Era más alto que yo y su aliento olía a tabaco rubio. Dientes blancos. Bueno, creí que me iba a besar, tan apretado estuvo contra mí.

—¿Ojos, nariz, bigote, o no? —insistió el agente *Flash*, todavía muy serio—. Tal vez todo esto sea una pura majadería, pero uno debe estar siempre alerta. ¿Lo recuerda?

—¡Ay, papá *Flash*, que me va a hacer daño la tarta de manzana y todo lo demás! —refutó ella riendo—. ¿Cómo quiere que pusiera atención en un tío que me quita de tomar el autobús y a quién de buena gana habría dado dos tortas? Por añadidura, me dice aquello y me mete en la palma de la mano el papel dichoso. Me dediqué a saber qué era, y mientras tanto, cuando quise llamarlo para que me aclarase aquello, ya había desaparecido.

—¿Bigote? —insistió implacablemente *Flash*, sonriendo—. Sea buena, Eve, y trate de recordar.

—¿Bigote? Pues... no. No lo tenía.

—¿Ojos azules? Seguramente...

—Pues... no. O grises o verdes, Muy fijos, penetrantes.

—¿Hablabla correctamente el inglés... nuestro? ¿No parecía extranjero, quiero decir? ¿Slang acaso?

—Inglés corriente, me pareció. Apresurado, con los labios apretados. Voz ronca —contestó ella cerrando los ojos para hacer memoria.

—¿Bien vestido?

—Una trinchera o gabardina. Subido el cuello. No sé más, *Flash*...

—¿No vio si llevaba algún anillo o sortija en la mano, que le entregaba el papel?

—No recuerdo. Lo siento, viejo mío... ¡Me tengo que marchar ya!

—Claro... ¿Está usted hasta las seis en Adams, como siempre?

—Sí, claro. Pero, oiga, ¿a qué viene todo esto? No me niegue

que está poniéndose un tanto pesado con esto del papelito. Intrigado, diría...

—Bueno... —El viejo agente se pasó la mano por la cabeza, con el pelo cortado muy corto, en forma de cepillo—. Preocupado, un poco. Uno no sabe dónde pueden surgir las cosas más extrañas y su trascendencia. Oiga, hija, usted no va a ir esta tarde a Adams...

—¡Lo dijo usted! —saltó ella riendo mientras se lavaba las manos en la pila-fregadero—. Como que por semejante bobada voy a perderme dos dólares y medio...

—Usted no va esta tarde a Adams, repito—el agente *Flash*, cada vez más serio, dio un puñetazo sobre la mesa de la cocina. ¡No la dejaré ir Eve!

—Pero... pero, mi querido viejecito, ¿adónde va usted a parar, si puede saberse? —exclamó ella, francamente asombrada e indignada por la extraña conducta del inquilino, a quien conocía desde hacía cuatro o cinco años—. Hable claro y de una vez, y entonces ya veremos si voy o no.

—Mire, hija —replicó él poniendo una mano gruesa, sobre un hombro de Evelyn—, usted hágame caso y venga conmigo al cuartelillo de la Metropolitana. Hablaremos con mis jefes y ellos dirán si debe ir o no a Adams. ¡Hágame caso, querida niña!

—Pero perderé mi salario, *Flash* —dijo ella débilmente—. ¡Todo por ese rompecabezas y aquel idiota que me lo entregó! ¿Será, algo grave?

—No será nada, ni grave ni leve, seguramente —contestó el agente—. Pero así salimos de dudas, preciosa. Vamos, venga a casa y me pondré la guerrera. Sí pierde su salario de la tarde, mis jefes se lo abonarán seguramente. Es... servicio oficial y eso se paga. Y si no, se lo daré yo, diablos.

Tomaron el autobús H de nuevo, en servicio de ida. Evelyn, preocupada, había telefoneado a los Almacenes que no sabría si podría ir aquella tarde, ocupada por una contingencia inesperada.

Bajaron en South Carolina Avenue en la confluencia con Pensilvania Avenue. Y andando, mientras charlaban embarazadamente los dos, sumido cada cual en sus propios pensamientos sobre el extraño papel y quién lo entregó, llegaron al cuartelillo de la Policía Metropolitana situado a espaldas del edificio del Capitol, en East Capitol.

—Siéntese y espere unos momentos —dijo *Flash* a Evelyn cuando penetraron en el edificio. La joven se sentó con gesto malhumorado mientras el agente *Flash* pasaba a otra habitación.

Pasó más de media hora cuando el viejo agente reapareció, acompañado de un subinspector de la Metropolitana, de uniforme. Alto y vigoroso, de unos cincuenta años, sonrió benévola a la joven, tendiéndola la mano.

—Celebro conocerla, señorita Gardfield —dijo en tono suave, lleno de simpatía, pero algo forzado—. Sí... ya me ha contado el agente *Flash* ese curioso incidente del autobús y el papel misterioso.

—Puedo marcharme, entonces, ¿no? —dijo Evelyn tendiendo de nuevo la mano al subinspector.

—Pues, no. Aún no, señorita Gardfield —el agente *Flash* la dirigió una mirada de súplica—. Esto... Mi jefe opina que debiéramos ir al

F. B. I.

Sí, señorita Gardfield. Creo que no es de incumbencia nuestra este asunto. El

F. B. I.,

le agradecerá vaya a verles, con el papel. Ande, *Flash*, acompañe a su amiguita —dijo apresuradamente el subinspector—. En un coche... que va a enviar el

F. B. I.

Espérenlo. Encantado, señorita Gardfield. No se asuste, por Dios... Estamos en guerra y hay que tomar algunas precauciones, ¿verdad?, cuando surgen cosas extrañas.

—¡Buena la ha hecho, antipático! —rezongó coléricamente Evelyn en voz queda, mirando enojadamente al viejo agente, que sonrió forzosamente—. ¡Con lo que me disgusta andar metida en cosas de la Policía! ¡Nunca me he visto en una Comisaría, y menos con el

F. B. I.!

Y, bueno, ¿qué es lo que pasa? Vamos a ver. Creo que tengo derecho a saber por qué se me trae y se me lleva de Herodes a Pilatos como si fuese una delincuente vulgar.

—No es nada, querida —repuso *Flash* apuradamente, obligando a sentarse a la joven—. Es ese papelito, ¿sabe? Ya lo dijo el

subinspector... Estamos en guerra y hay que estar alerta. Intrigados por lo que pueda decir o querer decir el papel. Pero a usted, nada absolutamente, se lo garantizo. ¡Ahí están los del

F. B. I.!

Es el agente especial Sterling... Un chico simpático a raudales. ¡Venga, señor Sterling! Le presentaré a mi vecinita, la señorita Evelyn Gardfield...

—¿La del rompecabezas? ¿Es usted? —Se inclinó galantemente el agente especial, de gran estatura, atlético, muy correctamente vestido con un traje azul marino—. ¡Vaya suerte el haberla conocido! Bueno, el coche espera... Venga con nosotros, agente *Flash*.

—¿Para qué he de ir allí, señor agente? —exclamó Evelyn con enojo—. Estoy ya harta de que me lleven y me traigan sin decirme por qué y para qué... ¿Estoy detenida acaso?

—Vamos, Eve —repuso el agente *Flash* empujándola suavemente hacia la salida—. No diga tonterías, mujer. Lo que ocurre es que la necesitamos...

—Naturalmente. La necesito, y creo que en adelante me será imposible pasarme sin usted —dijo el agente Sterling riendo—. Vamos a dar un paseíto en coche, y eso no es para enfadarse.

Evelyn sabía de sobra dónde estaba instalado el

F. B. I.,

y por eso, cuando el bullicioso agente especial Sterling comenzó a meterse por calles y avenidas que les alejaban del lugar adonde decía iba—a D Street, bajando por New Jersey Avenue hasta encontrar el cruce, muy cercano con la calle indicada —se volvió hacia el agente *Flash*, que iba al lado del agente especial. Ella iba detrás, y Sterling había bajado, no sabía por qué, las cortinillas de las ventanillas.

—Por ahí no se va al

F. B. I.,

usted... —dijo en tono destemplado—: ¡Ustedes me están tomando el pelo!

—No lo crea, Eve —dijo *Flash* volviéndose sonriente—. Estamos dando un paseo para despistar. Bueno, si no lo entiende, mejor para usted. Ya vamos a llegar.

—Desgraciadamente —murmuró Sterling, lanzando un cómico

suspiro—. Eve, me atrevo a predecirla que vamos a ser muy buenos amigos. Amigos hasta la muerte... ¿No lo cree así? ¿Acaso no le soy simpático?

—¡Simpatiquísimo! —respondió en tono sarcástico ella—. Su amistad, hasta ahora, me parece poco interesante. No se ha dignado decirme el porqué de todo esto que me sucede, como si yo fuese un perro o un baúl, que se trae y se lleva...

El coche se detuvo, no en D. Street, ante la puerta principal del edificio, sino al costado derecho, en 2nd Street esquina a Virginia Avenue.

—¡Baje aprisa, hermosa! —dijo en tono seco Sterling, que había metido el coche en el pequeño jardín y abrió la portezuela—. ¡Suba, suba sin detenerse la escalera esa! —Y la empujó con algún vigor hasta que la puerta se cerró tras ellos.

—Oiga usted... —dijo sofocadamente Evelyn—, otra vez que me toque sin haber motivo, como ahora, ¡le aplasto las narices!

—Bien, bien —suspiró el apurado *Flash*, cogiéndola de un brazo suavemente—. Es que queríamos que nadie viese su rostro cuando bajó del coche. Había muchos hombres a la puerta. Ya comprenderá, mujer, todo esto.

Fue llevada después, cogida de los brazos por Sterling y *Flash*, como en volandas, por un «*hall*» muy grande, en el que había también bastantes hombres charlando y fumando, en corrillos, y metida en un ascensor, del que Sterling hizo salir a los que lo ocupaban ya, cosa que la extrañó mucho.

Salieron del ascensor y, con la misma rapidez, ambos hombres casi arrastraron a la asombrada joven hasta una puerta de madera, muy brillante, sobre la que había una placa de bronce en la que había sido grabado:

Percy Landbrook - inspector

—Pase —dijo Sterling, empujándola de nuevo. Y penetraron en un despacho bien amueblado, espacioso. Ante una mesa, sentado, estaba un hombre que debía tener una gran estatura y era muy robusto. Tenía el pelo canoso y sus ojos grises, al mirar a Evelyn, la turbaron por su penetración.

—Hola, *Flash*. Le agradezco cuánto ha hecho en este asunto. ¿Es

usted Evelyn Gardfield? —Tendió su mano, robusta, sonriéndola—. Muy guapa... Bien, tengo ya la declaración que prestó esta joven ante usted, *Flash*, y que me han telefoneado desde el cuartelillo de la Metropolitana. ¿Tiene usted que agregar algo más a lo que dijo a *Flash*, señorita Gardfield? Si se acuerda de algo, dígalo y se lo agradeceré en extremo. ¿Sí? ¿No? Dese prisa...

—¡Lo que no puedo es aguantar más esta situación! —exclamó Evelyn cubriéndose el rostro con ambas manos, sollozando nerviosamente—. ¡No se me dice qué es lo que he hecho, ni por qué me llevan y me traen, como si fuese una criminal!

—No se ponga nerviosa —dijo el inspector Landbrook obligándola a sentarse en un sillón mientras su acento se dulcificaba—. No está usted detenida, no ha hecho nada malo, sino al contrario; nos está prestando un gran servicio, pero... no podemos ser comunicativos con usted, al menos por ahora.

—¿Me puedo ir a mi trabajo? Ya no seré necesaria aquí, puesto que nada tengo que agregar a lo que dije a *Flash* —repuso ella, más tranquila.

—No... No puede ir a su trabajo. Lo siento, señorita Gardfield —repuso gravemente el inspector. Asintieron *Flash* y Sterling, que permanecían respetuosamente en pie en un extremo de la estancia—. En... varios días no podrá ir por allí. Hablaremos con sus jefes y no perderá ni su puesto ni su salario.

—Pero ¿entonces? —exclamó ella, llena de asombro—. ¿He de estar en casa encerrada? ¡Dios mío, cuánto estúpido misterio! ¡He de hablar con un abogado, a ver si hay derecho a que me estén tratando de esta forma tan humillante! ¡Cómo si yo fuese una espía a quién se ha cogido con las manos en la masa! ¡*Flash*, sobre usted recae la responsabilidad de todo esto que me sucede!

—Sobre nosotros, señorita Gardfield —replicó sonriendo el inspector—. Sobre el
F. B. I.

Crea que sabemos lo que nos hacemos, y lamentamos causarle estas molestias. Ahora, dígame: ¿usted conoce Florida? ¿Miami, por ejemplo? Delicioso, ¿no?

—No, ni falta que me hace. Lo que deseo es poder volver a los Almacenes Adams y hacer mi vida normal —repuso la joven en tono adusto—. ¿Por qué esa pregunta?

—Porque va usted a pasar unos días deliciosos en Miami, señorita Gardfield —contestó suavemente el inspector—. Todo pagado... ¿Qué le parece?

Evelyn, asombrada, miró al agente *Flash*, como consultándole si aquellas palabras del inspector podían tomarse en serio. El viejo agente asintió, sonriendo paternalmente. Sterling se refregó las manos, sonriendo también.

—Mire, yo no sé nada de nada —dijo Evelyn confusamente—. Ustedes son los que lo saben. —Si no he de sufrir perjuicios económicos ni perder mi colocación, me parece que habré de ir a Miami... o al Polo Norte, si esto se les mete en la cabeza. Estoy en sus manos, ¿no? ¿Y en qué trabajaré allí?

—No va a trabajar, sino a divertirse, como si estuviese en vacaciones —dijo riendo el inspector. Sterling será su acompañante, y, eso sí, usted lo va a obedecer sin replicar cuanto le ordene. Van al Hotel Biscayne, uno de los mejores.

Sterling, brillantes los ojos de alegría, se refregaba las manos mientras miraba a la aturdida joven, que acabó por sonreírle.

—Bien... —dijo lanzando un suspiro y encogiéndose de hombros—. Ustedes sabrán el porqué de todo esto. Me figuro que es que tratan de apartarme de algo, no sé... El que el hombre que me entregó el papel vuelva a verme, quizá... Tal vez mi vida corra peligro —miró fijamente al inspector, que bajó la mirada durante un segundo.

—No se preocupe —dijo después Landbrook, recobrando su serenidad—. Va a estar aquí toda la tarde en un despacho de aquí al lado. *Flash* le traerá sus ropas, si le dice dónde están, y cuánto necesite. Esta noche salen en avión para Miami. Y no puede hablar con nadie ni telefonar, lo siento.

II



OS días después, el inspector Landbrook, al llegar por la mañana a su despacho, halló sobre la mesa un sobre conteniendo un radiotelegrama del extranjero. Lo abrió y leyó su contenido, ya traducido por el Gabinete telegráfico del Departamento, pues el original debió ser cursado en clave, como acontecía cuando el

F. B. I.,

expedía o recibía mensajes considerados como secretos, en el extranjero:

«Comunicamos llegará a esa Inspector Keenwood, agregado a Intelligence Service para mayor compenetración mutua ayuda servicios secretos

espionaje y contraespionaje. —Agradecemos facilidades presten a nuestro funcionario, que va riguroso incógnito, ignorando incluso nuestra Embajada su estancia ésa—. Rogamos no acusen recibo este radio ni cursen hasta nuevo aviso correspondencia ni referencia alguna sobre Keenwood—. Kenneth, Inspector Jefe

C. I. D.

Scotland Yard y McLogan. Jefe Servicio
Contraespionaje Extranjero».

El inspector Landbrook frunció el ceño al leer el largo mensaje dos veces consecutivas. Después fue hasta un armario metálico, situado en un rincón, lo abrió con una llave especial, que extrajo de su bolsillo del chaleco, y sacó de él un pequeño fichero, que examinó atentamente, sacando después dos fichas rosadas.

«Arnold Kenneth... inspector Jefe del

C. I. D.

Scotland Yard. Y a continuación leyó la otra, amarillenta: “Hugh McLogan, Jefe Servicios
Contraespionaje Extranjero”».

Seguían después datos precisos acerca de las fechas de los nombramientos, estudios verificados por ambos, títulos universitarios, carrera seguida en sus Departamentos y señas personales, filiaciones políticas, etc.

Cerró el armario y después hizo sonar un timbre.

El secretario del inspector, Weston, joven dinámico, asomó la rubia cabeza por la puerta sonriendo a su jefe.

—Que venga Grove, si está. Pronto... —dijo secamente el inspector—. ¿Ha habido nuevas noticias de Miami?

—El parte de Sterling no acusa ninguna novedad, señor. La muchacha no ha visto a su alrededor la cara del hombre aquel... Sterling dice que no nota sean espiados.

—Bien. Tráigame a Grove enseguida.

Cinco minutos después Grove aparecía en el despacito de Landbrook. Éste le tendió el radiograma de Scotland Yard y después, mientras lo leía su compañero, de rostro inteligente, pequeña estatura y nervioso, dedicóse a cargar su pipa con gran

esmero.

—Nuestros primos del otro lado del Atlántico —parece que se sienten también inquietos por algo— dijo Grove devolviéndole el papel a su compañero.

—Digo si no será el mismo asunto este de la muchacha de los Almacenes Adams. ¿Has visto la prueba que sacaron en los laboratorios de la microfotografía que tenía el dichoso papel? Mira, mira...

Sacó de un cajón un sobre con varias pruebas, en tamaño grande, de positivas, y se las entregó a Grove.

—¡De las defensas antiaéreas del Canal de Panamá! —exclamó éste, leyendo el informe, al pie de las ampliaciones, dado por los peritos—. Están indicadas con cruces las baterías... Esto, Landbrook, es un servicio magnifico, aunque casual. Los japoneses serán los que han hecho esto, ¿no?

—Parece que es a los que más puede interesarles ese lugar del mundo —repuso el inspector encogiéndose de hombros—. Desde luego, nuestras fuerzas de policía y contraespionaje del Canal parece que se pasan grandes ratos del día durmiendo la siesta. ¡Estando en guerra y permitir que extraños hagan fotografías de fortificaciones instaladas solamente hace tres meses!

—Es de suponer que otras fotografías análogas no se les habrán perdido, como ésta, a esos espías —opinó Grove rascándose la puntiaguda barbilla.

El secretario del inspector Landbrook asomó la sonriente cabeza y después todo el escuálido cuerpo. Llevaba en la mano una tarjeta de visita, que tendió a su jefe mientras guiñaba un ojo al inspector Grove.

—¡Atiza, ya está aquí ese de Scotland Yard! —exclamó con asombro Landbrook—. Si se descuida llega antes que el radiograma... Bueno, dígame que pase. ¿Qué te parece esto de que un sabueso inglés venga a meter sus narices en el

F. B. I.?

Luego dirán que si somos primitivos, brutales, palurdos...

—Y que nuestros métodos son anticuados, en comparación con los suyos —corroboró Grove sonriendo sarcásticamente—. La inevitable rivalidad...

—Hablaré con el Director sobre esto, una vez conozca a este

pájaro. Viene con una reserva enorme, como has visto por el telegrama. ¡Hola, señor Keenwood! —Se levantó de su mesa, sonriente, tendiendo la mano al hombre que penetraba, precedido del secretario, haciendo inclinaciones de cabeza—. ¡Bienvenido a América, camarada! Le presento a mi compañero el inspector Grove. Y decíamos que casi ha llegado usted antes que el radiograma anunciando su viaje.

—He venido en avión, inspector Landbrook —dijo el detective de Scotland Yard—. Toda la noche en un

«B-29»

de bombardeo, durmiendo tranquilamente, y aquí me tienen. La guerra algo de bueno habría de traernos, ¿no?

El inspector del

C. I. D.,

Harold Keenwood, tenía una estatura mediana, pero a simple vista podía notarse que era fuerte, musculoso. Su cabeza, cubierta de pelo rubio pajizo, era robusta, grande por el cuello, bien afirmada sobre los poderosos hombros. Y sus ojos, azules muy claros, tenían una especial fijeza y penetración, como de hombre acostumbrado al examen profundo y exacto de las almas y sentimientos de los hombres con la sola mirada.

Una vez que hubo saludado a los dos inspectores del

F. B. I.,

sentóse con gran compostura, cuidando de que sus pantalones no sufrieran arruga alguna al montar una pierna sobre otra. Su rostro era el de un inglés nato, impasible, correcto, frío, y su acento recordó a los dos americanos el clásico Oxford universitario.

—Me permito suponer que la reserva pedida por mi Departamento sobre mi presencia en América, habrá sido absoluta... —dijo en tono mesurado, mirando de reojo al inspector Grove, que enrojeció de indignación al comprender la velada amonestación que dirigía a Landbrook.

—Tanta, que ni nuestro mismo director, el señor Hoover, lo sabe aún —repuso Landbrook—. Y habrá de saberlo, naturalmente...

—Naturalmente. No creo que haya obstáculo en ello —se inclinó el inglés asintiendo—. Scotland Yard y el *Intelligence Service* lo que desearían es, simplemente, que estén enterados de mi visita el menor número posible de personas ajenas al

F. B. I.

Sabemos que este centro puede guardar secretos de relativa importancia.

—Desde luego —ambos inspectores se miraron jocosamente. El inglés sonrió al captar la mirada de ambos americanos.

—¿Tiene usted interés en hacer una visita al centro? —preguntó Landbrook con cierto orgullo—. ¿Tendrá tiempo de ello?

—Espero que sí, pues me interesa vivamente conocer la maquinaria del

F. B. I.,

con todo detalle. Admiramos sinceramente el trabajo de ustedes, señor Landbrook. Mi interés radica, especialmente, en los métodos que usan contra el espionaje. Y de ello, un caso que actualmente ocupa nuestra atención en Inglaterra y del que sabemos tiene aquí ramificaciones.

—¿De veras? Si tiene la bondad de anticiparnos alguna noticia... —dijo Landbrook con gran prudencia, mirando de reojo a su compañero Grove—. Son muchos los casos que se nos suscitan actualmente, ¿verdad?

—Me explicaré —dijo el flemático Keenwood, sacando cigarrillos de su pitillera de plata y distribuyendo a sus oyentes—. Se trata de un caso de renovada actividad, por parte de los japoneses, sin duda alguna, respecto a la obtención de planos por medio de microfotografías de sus espías, de bases inglesas... y americanas. De ahí mi presencia en América, señores.

—¡Aaaaah! —exclamó Landbrook, lleno de asombro—. También ustedes han captado la onda, al parecer. Y saben que aquí hay ramificaciones...

—¡Oh, sí! Nuestro *Intelligence Service*, unido a Scotland Yard, puede decirse que lo sabe todo —repuso, sencillamente, el inglés con gran seriedad—. Sabemos que espías extranjeros han obtenido microfotografías, con diminutas máquinas, de las defensas del Canal de Panamá. Ésas son —se levantó repentinamente y señaló con la mano las que el inspector Landbrook tenía sobre la mesa—. Defensas antiaéreas, ¿no? En Gibraltar también estuvieron, y en Ceilán y Aden... Desgraciadamente, no hemos podido capturar a ningún espía, aunque se nos señaló tal actividad. ¿Han conseguido ustedes algo más positivo que nosotros?

Landbrook y Grove, con la boca abierta, llenos de perplejidad, se miraron durante varios segundos sin poder despegar los labios.

—¡Diablos, señor Keenwood! —exclamó Landbrook, enjugándose el sudor de la frente—. ¿De manera que ustedes sabían que espías japoneses, o lo que sean, han hecho fotos del Canal de Panamá? ¿Y que son éstas?

—Creo que son éstas, en efecto. Las vistas son cuatro y coinciden en un todo al efecto de enfoque de la máquina, la perspectiva, las cruces señalando las baterías antiaéreas... Son las mismas que tiene el *Intelligence Service*, y una de cuyas copias traigo en mi equipaje para mostrársela al

F. B. I.,

suponiendo que no tuviese noticia de ello.

—¡Diablo, diablo! —rezongó Grove, desarmado por la serenidad de las palabras del inglés y mirándole con mucho más respeto que antes—. ¡Buenos camaradas los de allá, Landbrook! Oiga, amigo, ¿cómo se han hecho ustedes con esas fotos, si no han podido capturar a los espías? No me diga que igual que nos ha sucedido a nosotros, ¿eh? —Rompió a reír socarronamente.

—En un registro en el West End londinense, en el barrio selecto, por si ustedes no conocen Londres. Un camarero del hotel Century era el enlace entre ellos. Se nos dio el soplo y cuando acudimos había huido, pero dejando olvidados los planos. No fue poca suerte saber lo que estaban haciendo. ¿Y el caso de ustedes para recuperar estas fotos?

Landbrook, riendo, refirió al inspector inglés el extraño caso de Evelyn Gardfield y cómo por ello pudieron obtener la microfotografía destinada al misterioso «Dieciocho».

—¡Oh, es interesantísimo! —exclamó Keenwood, encendiendo ahora una pipa «tres B» y llenándola de tabaco aromático de su nación—. Casual, como el caso de nuestro camarero, pero maravillosamente oportuno para nuestros fines, ¿no es así? Supongo que la señorita Gardfield será da fiar...

—Una pobre ingenua, amigo mío —dijo Landbrook, sonriendo llanamente—. Tan ingenua, que tememos por su vida y la hemos enviado a Miami con un agente nuestro para que la guarde. Suponemos que el espía que la entregó la microfotografía equivocadamente, confundiéndola con la enlace femenina que debía

recibirla, estará dado a todos los diablos y le agradaría recuperarla, suprimiendo, naturalmente, a nuestra protegida.

—Exacto, exacto —aprobó el inglés con un movimiento de cabeza—. Creo que me agradaría conversar con ella más adelante, si no hay inconveniente. Podría aportar datos quizá interesantes. —La hemos exprimido bien, amigo— repuso Grove. —Fue una cosa de segundos aquello. Y, desde luego, no fue un japonés el que la entregó el papel.

—¡Oh, claro que no! —exclamó riendo el inspector inglés—. Espero que todos los japoneses no fieles a nuestras ideas estarán bien guardados. Sería ingenuo, por parte de ellos, salir a la luz del día para repartir fotografías de bases militares aliadas entre el público.

Los dos americanos rieron la aguda salida, llena de humorismo, del inglés, que estaba demostrando poseer una astucia y conocimiento de su profesión en forma que asombraba a sus camaradas del otro lado del Atlántico.

Llevaban cuatro días en Miami Evelyn y el agente especial, Sterling, entregados a un género de vida que ninguno de los dos hubiera podido soñar, todo ello pagado espléndidamente por el F. B. I.

El hotel Biscayne era un rascacielos de veinticinco pisos, rodeado de un parque extenso, en el que había un *link* para el golf, una piscina y espacios para jugar al tenis. Estaba emplazado en la orilla derecha del encantador Little River Canal, junto a la desembocadura de la Biscayna Bay.

El inspector Landbrook pensó atinadamente que lo mejor era guardar a la joven en un lugar concurrido, aunque alejado de Washington, y no precisamente en una cabaña o lugar escondido, aún dentro de una ciudad, sino en un hotel lujoso, y así fue elegida la ciudad de Miami, sede de la «aristocracia» norteamericana durante el invierno, como lo es Niza, Montecarlo y Mentón de la aristocracia europea. Sterling, el avisado agente especial encargado de guardarla, aprobó aquella idea de su jefe, quizá, con expresiva alegría. Ahí era nada: pasar unas vacaciones pagadas en Miami, en el mejor hotel, sin preocupaciones de ninguna clase, ya que él no tenía temores respecto a que Evelyn fuese víctima de

agresión o rapto por parte de aquellos espías, y, sobre todo, pasarlas en compañía de aquella encantadora muchacha, que era elegante, aunque vestía modestamente, con gusto; que tenía un genio locuaz, alegre, tolerante.

En virtud de aquellas circunstancias, tan extrañas, ambos jóvenes no tardaron en comprender que estando unidos por una amistad todo lo más sincera y franca posible, sería la mejor forma de aprovechar espléndidamente aquellos días que habían de estar juntos. Para ella, Sterling resultaba un «tipo», como ella le decía con frecuencia en tono burlón, algo pagado de sí mismo y poco formal. Reía demasiado, miraba demasiado a las otras muchachas que se bañaban en North Shore Park, la isla frente al hotel, o repentinamente comenzaba, con el ardor propio de un latino, a declararse a ella, para terminar riéndose de las gansadas que había dicho y pidiéndola perdón por su atrevimiento. Evelyn, por tanto, se sentía feliz, aunque su felicidad disminuía cuando después de una declaración amorosa de Melvyn, dicha arduamente y con un acento de sinceridad inigualable, que la conmovía dulcemente, el «tipo» rompía a reír y descubría la broma, que a ella le hería profundamente. Pensaba que cuando todo aquello pasase, como un sueño, habríale de ser muy difícil vivir sin la presencia de aquel alegre muchacho, a quién de buena gana entregaría todo su cariño si no fuera porque tenía el fundado temor de que él no lo recogería siquiera.

Aquella mañana, muy temprano, salieron ambos en el autocar que les había de llevar a la playa de Tahití, al sur de la ciudad. Ella deseaba contemplar los pelícanos en su elemento, huyendo de los niños por la blanca arena de la playa o levantando el tosco vuelo cuando no tenían escape posible. Era pintoresco el paisaje, cubierto de palmeras la orilla de la playa, como si fuese una isla hawaiana, y de ahí su nombre. Y el tiempo, de una suavidad maravillosa, con un sol todavía benigno al lanzar sus rayos sobre aquella tierra llena de hermosura.

Sterling, dando la mano a Evelyn, ya vestidos para el baño, se lanzaron al agua, fresca todavía. Eran pocos los bañistas que había en la gran playa. Varios jóvenes caminaban por la orilla, esquivando las olas al romperse en la blanca arena.

Una de las veces que Sterling sacó la cabeza del agua, al lado de

Evelyn, notó que un pequeño surtidor se levantaba a su lado, a poco menos de una yarda de su cabeza. Y, lejanamente, a través del ruido de la resaca, creyó percibir un estampido seco, como de arma de fuego.

—¡Sumérjase, Evelyn! —gritó el agente especial roncamente. Y uniendo la acción a la palabra, empujó brutalmente a la joven por la cabeza, cubierta con un gorro de plexiglás, haciendo que se sumergiese.

—¡Bueno, usted está loco! —gritó Evelyn cuando pudo asomar la cara, gran trecho alejados ambos del lugar donde Sterling vio penetrar en el agua la bala—. ¿A qué viene eso, Melvyn?

El joven rió de mala gana, mientras no quitaba ojo de la orilla, y más particularmente de los grupos de palmeras que había al otro lado de la carretera.

—Vamos a vestirnos, hermosura —dijo, en tanto que se acercaban a la orilla—. No quiero nadar más, ni usted tampoco.

—Yo, si —repuso ella en tono belicoso, muy extrañada de la actitud desconcertante de Sterling—. Ahora es cuando el agua va estando buena...

—Recuerde que soy yo el que manda —replicó duramente el agente especial, tirando de un brazo de ella para llevarla, pese a sus protestas, hasta la caseta donde estaban sus ropas—. Obedezca y no discuta, por favor.

Nadando, muy sumergidos por orden del joven, fueron hasta la caseta, colocada al final de una larga pasarela de tablas sobre pilarotes clavados en la arena y el agua.

—Suba aprisa y vístase a toda velocidad. No salga de la caseta hasta que yo vuelva, ¿eh? Regreso ahora mismo —dijo Sterling, con desusado tono de voz, sumamente duro y conciso.

Ella, desde la puerta de su cabina, le vio partir playa arriba, como si le fuese persiguiendo un león. A grandes zancadas, moviendo los brazos rítmicamente, la cabeza echada hacia atrás, como un perfecto atleta.

Franqueó Sterling la carretera y se metió en el palmeral, buscando con la vista al que disparó sobre ellos. Porque esto es lo que había pasado, efectivamente. Él había oído el siniestro «piuu» del silbido de la bala, por encima de su cabeza, o quizá cuando el proyectil estaba ya en pleno descenso y cayó a su lado, levantando

el pequeño surtidor de agua. Y había oído el ruido de la detonación...

Se metió por entre los grupos de esbeltas palmeras, que crecían en la arena y zonas herbosas. Miró desde allí a la playa y el sitio donde había estado nadando con Evelyn. No distaría más de doscientas yardas.

En la playa había muy poca gente. Era día de trabajo y por ello estaba casi desierta. Tan sólo media docena de personas, alejadas de allí, sentadas en la arena unas y nadando otras, pudo distinguir el agente especial. La mayoría de aquellas personas, mujeres y niños.

Anduvo con paso rápido y ojo avizor por entre las palmeras, ya desanimado respecto al éxito de aquella búsqueda. El que disparó sobre ellos había tenido tiempo sobrado para huir, y aún más si vio que había fallado la puntería.

Cabizbajo, regresó a la caseta. Evelyn ya estaba vestida y charlaba, sentada en una silla, con la mujer encargada de las cabinas.

—¿A qué ha ido usted, y de esa forma tan ridícula, al palmeral? —preguntó ella, sonriéndole burlonamente.

—Creo que... me dio un calambre en una pierna y el correr un poco es lo mejor para curarlo —explicó él, confusamente—. ¿Estaba tan ridículo?

Se metió en su cabina y vistióse rápidamente, asomándose de cuando en cuando por la ventana circular de su cabina para observar a Evelyn, que seguía charlando con la mujer, esperándole. La miró con intensidad, lleno de una extraña congoja, y mil pensamientos funestos cruzaron por su mente, mientras se vestía apresuradamente.

—Vamos —dijo cuando salió de su cabina, en tono seco, imperativo. Y pagó a la encargada, cogiendo después por un brazo a la muchacha, a la que obligó a caminar apresuradamente. Ella, sorprendida, se rebeló de nuevo, dando tirones y tratando de desasirse de él.

—¡Que no, Sterling! —exclamó indignadamente—, usted me toma por una criatura, sin pensar que eso es usted, y tampoco me explica lo que le pasa... ¡Vaya una cara de desenterrado que se le ha puesto! ¡Oh, Melvyn, amigo mío —añadió en tono zalamero—, perdóneme, pero me saca de quicio con su carácter tan variable!

¿Qué ocurre para que se ponga así?

Sterling tenía la orden terminante de que, en ningún caso, Evelyn fuese informada de la posibilidad que existía de ser víctima de algún atentado o intento de rapto. Tampoco habría de ser enterada si él veía algo extraño que la rodease, de lo que sucedía, y sí evitarlo él por los medios que fuesen. El inspector Landbrook no deseaba llenar de terror a aquella muchacha encantadora poniéndola en antecedentes sobre los peligros, más o menos posibles, que pudiera correr con motivo de haber sido la casual e inocente «star» en un feo asunto de espionaje. «Si ella se percatara de que su vida corre serio peligro —dijo el inspector a Sterling—, lo probable es que haga cosas que la acerquen a la muerte, y a nosotros nos ponga en el trance de perder la jugada contra esos espías».

Así, Sterling, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, volvió a ser el alegre y charlatán compañero de vacaciones, desviando la intención de las preguntas de ella con una serie de piropos y requiebros que la hicieron reír e, íntimamente, estremecerse de placer. Sentíase, día por día y hora por hora, más feliz al lado de aquel hombre, que a veces parecía un retozón muchacho, y otras un hombre reflexivo, sereno y leal a toda prueba, pese a sus requiebros y «declaraciones» amorosas, tan llenas de juvenil entusiasmo.

Tomaron el autobús de regreso a Miami. Sterling, con rápida mirada, llevado de su instinto de observación policiaco, fue examinando los rostros de los hombres que ocupaban los asientos. Eran pocos los viajeros. Mujeres y niños, algún hombre que regresaba de bañarse en la playa. Dos pescadores, que charlaban animadamente acerca de la forma de pescar tales o cuales pecas.

Cuando llegaron al hotel, Sterling dijo a su protegida, acariciándola suavemente una mano mientras sonreía paternalmente, con un asomo de burla:

—Quédese en su habitación, mi nena queridita... Voy a ir de aquí a la Diecisiete Noroeste Avenida a... inspirarme, recordando a Shakespeare, o a Milton, para declararme a usted de otra forma más bella, quizá más seductora. Comprendo que me dé tantas calabazas por no saber expresarme. No se mueva de su habitación hasta que vuelva, ¿eh?

—¡De atar! —replicó ella, riendo mientras hacía un gesto

expresivo, colocando la punta de su dedo índice sobre una sien—. Usted a lo que va es a perseguir a alguna muchacha de aquí... En fin, inspírese, que buena falta le hace. Y no beba excesivamente, se lo aconsejo.

Bajó en el ascensor hasta el «*hall*» y salió apresuradamente del hotel. En la esquina de Dixie Highway con el parque del hotel, cogió un «taxi» y lo ordenó le llevase velozmente a la Avenida Diecisiete Noroeste.

—Pare en el cuartelillo de la Policía, haga el favor —dijo al chófer.

Diez minutos después el vehículo se detenía ante el edificio ocupado por la Policía del Estado y penetraba en las oficinas, mostrando su insignia del

F. B. I.,

al agente de la puerta.

—Desearía poder celebrar una conferencia telefónica con el

F. B. I.

en Washington —dijo al sargento uniformado que le recibió. Es asunto oficial y urgente.

El sargento, después de examinar brevemente el carnet de Sterling, aprobó con un gesto.

—¿Algo ocurrido en Miami? Andamos con mucho ojo, porque hay bastantes extranjeros y no menos maleantes qué se están enriqueciendo con asuntos sucios derivados de la guerra —dijo mientras examinaba al joven atentamente.

—No. Es decir, sí. ¿Dónde puedo hablar? —repuso con impaciencia el agente especial.

—Ahí, en mi despacho. Marque el

12 221,

y la Central de Conferencias Oficiales se pondrá a su disposición. Sí, puede decir las cosas más graves, no tema —añadió sonriendo, al ver en el rostro de Sterling cierta consternación.

Cuando la Central le pidió número y él solicitó hablar con el

F. B. I.,

no tardó ni cinco minutos en conectar la línea con la capital de la nación.

—Deseo hablar con el inspector Landbrook —dijo al secretario de éste cuando se puso al habla—. Es urgente. Soy el agente

Sterling, desde Miami.

—Un segundo, Sterling. ¿Qué tal esa monada de criatura que le han confiado? ¡Vaya suerte, amiguito!

—Estupenda. Ande, cómase las uñas de rabia y póngame con Landbrook.

Un segundo después, la bronca voz del inspector chillaba, colérica:

—¿Quién? ¡Hola, Sterling!... —Suavizó el tono, conviniéndolo en zumbón—. No, todavía no piense en casarse con ella. ¿Qué hay de nuevo?

—Señor —dijo Sterling—, creo que debe autorizarme para buscar una nueva residencia, lejos de aquí. No hace dos horas, estando en la playa de Tahití, alguien disparó sobre nosotros desde un bosque de palmeras. Oí el ruido del disparo y el surtidor que hizo la bala al caer al agua.

—¿Es posible, muchacho? —La voz de Landbrook se hizo más ronca, emocionada, anhelante—. No me cabe en la cabeza que la haya podido... ¿Seguro, Sterling, de que fue un atentado? No pudimos tomar más precauciones, diablos... En avión hasta ahí por la noche; sacada de aquí vestida de hombre, como un agente más... ¿Seguro, Sterling?

—Seguro, señor. El ruido del disparo y el surtidor en el agua. No hay duda... Han dado con nuestro paradero y no puedo prever de dónde vendrá el próximo golpe y si lo fallarán. ¿Qué hago, señor?

—¡Llévesela inmediatamente, hijo, aunque sea al otro extremo de la Unión! Llévesela a... Pensacola, ¿entiende?, a Pensacola. Allí está la base aérea naval y hay Policía militar, además de agentes especiales nuestros contra el espionaje. Partan de noche, en avión. Pídale a los agentes nuestros en Pensacola, evitando con ello el hacerlo en uno de pasajeros.

—Bien, jefe. Esta misma noche salimos para allá. Espero que todo irá bien...

—Sí, caramba... ¿Ella se ha dado cuenta de algo?

—No. Nada le he dicho tampoco.

—No, no se lo diga. Sería quizá funesto para ella y muy fastidioso para nosotros. Una persona invadida por el pánico a la muerte silente que cree tener cerca es capaz de cometer los mayores desatinos. Bien, Sterling, mucha suerte. No se deje impresionar

excesivamente... Desde aquí le ayudamos. Hoy partirá para esa ciudad otro agente para descubrir quiénes son esos malditos tipos. Adiós, muchacho.

Sterling salió del cuartelillo hondamente preocupado. El mismo inspector Landbrook no pudo ocultar su asombro y temor cuando se enteró de que los espías poseían aquel increíble medio de información, ante el que poco había valido la cautela y astucia del F. B. I., para burlarlos.

Subió al «taxi» y ordenó al chófer que le llevase de nuevo al Biscayne Hotel.

Se le hizo largo el trayecto, cubierto en menos de diez minutos. No estaba tranquilo y creía que había motivo justificado para ello. Una especie de desamparo le invadió, agravado por la amargura de haber podido constatar que el F. B. I.,

aquella organización formidable a la que él pertenecía, considerada como punto menos que omnipotente, había perdido aquella primera batalla contra un enemigo aún no definido, pero que indudablemente era fuerte, peligroso, artero y cruel. Era muy amargo reconocerlo así...

Entró en el «hall» rápidamente. Tomó después el ascensor, y al botones que lo manejaba le ordenó desabridamente que no esperase a que la cabina se llenase, pese a estar esperando varias personas para tomarlo.

En el piso 23 bajó Sterling del ascensor. En la rotonda, de mármol, tomó a la derecha y se encaminó hacia la habitación 33, donde estaría ella. El habitaba la 34.

Llamó con los nudillos a la puerta de la alcoba de Evelyn. Nadie contestó.

III



fuerte, con los nudillos.

AMÓ otra vez, más

—Eve... —dijo en tono cariñoso, acercando el rostro a la puerta —. ¿Se puede pasar?

El mismo silencio. Y Sterling, pálido, ya no dudó. Movi6 el picaporte y la puerta se abrió sencillamente. Asomó la cabeza tímidamente, quizá esperando que ella chillase por haberla descubierto cambiándose de ropas.

Quedó rígido, como petrificado, casi paralizado el corazón de horror, mirándola estúpidamente con ojos dilatados por el espanto.

Evelyn, tendida en el suelo, a medio vestir, a los pies de la cama, de tubo de acero cromado, estaba muerta. Un cuchillo había penetrado hondamente un poco por encima del seno izquierdo y allí

seguía clavado, viéndose la empuñadura de madera ordinaria, negra. Y la sangre había manchado la combinación, su pecho y su vientre, las piernas, yendo a extenderse por el reluciente *parquet*.

Se echó sobre ella, sollozando, arrodillándose. Con trémulas manos levantó su cabeza, blanca como la nieve, y una cascada de oro, sus maravillosos cabellos, cayó ondulante sobre sus hombros.

—Eve... —musitó él, llorando infantilmente.

Ella abrió los ojos un poco. Después le miró asombradamente. Su rostro reflejó un espanto indecible y murmuró muy quedamente, en un susurro:

—¿Por qué... Melvyn, me han... matado? La ventana...

Se estremeció todo su cuerpo y tras un leve suspiro las pupilas de sus claros y azules ojos, tan esplendorosos siempre, volviéronse mates, apagada la luz de la vida para siempre.

Sterling, enloquecido, miró hacia la ventana de la alcoba. Súbitamente, anteponiendo a su dolor lancinante el imperativo deber, que momentáneamente había abandonado, de hombre de acción, magníficamente aprendido en el

F. B. I.,

se levantó casi de un salto y fue hasta allí. Ella había nombrado la ventana. Y había sido asesinada, apuñalada por alguien que penetró por la ventana y salió por ella, indudablemente. Estaba abierta...

Asomó la cabeza. Abajo, a casi cien metros de profundidad, veíase el gran parque en toda su extensión. Más allá, el recto canal Little River, y al Sur, muy cerca, el campo de aterrizaje del Sunny South Airport, adonde ellos llegaron cuatro días antes, tan felices...

Bajo la serie de ventanas del piso veintitrés corría como un friso de piedra a lo ancho de todo el edificio, como una diadema que lo adornase. El friso tenía, según juzgó el atribulado Sterling, la suficiente anchura para que un hombre pudiese caminar por él, pegando la espalda a la pared y, desde luego, siempre que no fuese una víctima del vértigo.

Subió al alféizar de la ventana y puso sus pies sobre la cornisa. Nunca había sentido él los efectos del vértigo y gracias a ello pudo entrar en la Escuela Especial de Aprendizaje del

F. B. I.,

en Quántico. Un hombre que sienta los efectos del mareo, del vértigo o pierda momentáneamente el sentido es demasiado

vulnerable para poder desarrollar en un crítico instante un esfuerzo supremo que tenga éxito absoluto.

Pegado a la pared, vaciló entre tomar la derecha o la izquierda. Era indudable que el asesino salió por la ventana. La pobre Evelyn lo había dicho o, cuando menos, quiso decir que por allí penetró.

Las demás ventanas del piso estaban en fila, en las cuatro fachadas. Arriba, dos pisos más. Abajo, las estremecedoras filas de ventanas, en la lisa fachada de piedra y mármol. Un raro efecto el del edificio, visto desde la cornisa, que ahora le parecía al agente especial tan estrecha...

Anduvo, de costado, por la superficie de piedra. Había pasado ante dos ventanas, cerradas. Y un aletear de tela asomó por entre una de ellas, la tercera, que estaba abierta en una de sus hojas. Y Sterling vio marcado en el alféizar de piedra como un manchón negro, tal que si al apoyar allí un zapato de aquel color, la piel se raspase con la piedra, dejando la mancha.

Pegando la espalda a la pared, y a una yarda escasa del abismo, mientras azotaba su rostro el viento, avanzó sigilosamente. Estaba seguro de que por aquella ventana había penetrado el asesino de Evelyn a su regreso del macabro viaje a su alcoba.

Se llevó una mano a la parte posterior de los pantalones, donde llevaba, regularmente, la pistola de poco calibre (una «Browning» del 28), cuando no necesitaba llevar bajo la axila la «antitanque» del 45 reglamentaria.

Se estremeció de pies a cabeza. No llevaba encima la pistola. Para que Evelyn no se extrañase al verle llevar armas, la había dejado, con la grande, en la maleta. Así, se encontraba desarmado, indefenso, buscando a un asesino que no vacilaba en matar mujeres, indefenso y a dos pasos de un abismo, acurrucado en una cornisa. Un niño podía empujarle sin hacer grandes esfuerzos y lanzarlo como un pelele al parque del hotel, cien metros más abajo.

No fue la mano de un niño la que asomó por la abierta ventana, de la que distaba Sterling como dos yardas, sino la de un hombre; grande, con bastante vello en el dorso, de dedos gruesos y fuertes, con los que apretaba contra la palma, en forma adecuada, una pistola pequeña, a cuyo cañón se había adicionado un tubo con ranuras y que Sterling reconoció como uno de los silenciadores más eficaces que conocía. No había cuidado que si aquella mano, el

dedo índice, apretaba el gatillo, y parecía que iba a hacerlo sin tardar, el ruido de la detonación se oyese nada fuerte...

Sterling vio entre el revuelo de los blancos visillos, transparentes, de la ventana, un rostro, al parecer de hombre de mediana edad, quizá con bigote... No era posible precisar las facciones ni el tipo. El hombre asomaba un poco la cabeza para distinguir al agente especial y apuntarlo bien con la pistola. El blanco estaba en la misma línea de, la ventana y no parecía fácil para el asesino apuntar sin sacar del todo la cabeza por la ventana, y quedar así sus facciones al descubierto.

«No me lleva mucha delantera Evelyn en su vuelo hacia la presencia del Todopoderoso», se dijo Sterling, sonriendo amargamente, mientras un sudor helado brotaba de su frente y las fuerzas parecían disminuirle a pasos agigantados. No, no tenía miedo a la muerte, y sabía que no iba a librarse de ella ahora, por lo mismo que en otras ocasiones la había burlado limpiamente. Los que, como él, debían luchar para garantizar el bien común, sabían positivamente que la muerte les estaba siempre esperando, acechando, solapadamente, y que era bastante si se lograba evadirla cada vez que les lanzaba una de sus terribles tarascadas. Todo era cuestión de «verla venir» y rechazarla.

Ahora, en aquella situación espantosa, sobre una cornisa a la altura de un piso 23 en un rascacielos de más de cien metros de altura, desarmado, con un asesino que le estaba apuntando con su pistola, buscando, seguramente, con evidente placer, dónde le metería la bala, prolongando con ello la agonía de Sterling, éste no pensó sino en que esta vez la muerte iba a ganarle la partida. Y apenas sin lucha.

El agente especial, lívido, rabioso por no poder llevarse por delante a aquel asesino, se lanzó por el estrecho sendero de piedra, pretendiendo ganar la acción al hombre que se estaba recreando en apuntarle con su automática.

Su mano aferró ya el marco de acero de la ventana. Si podía echar la otra mano sobre la diestra del asesino, que empuñaba la pistola... Sonó muy débil la detonación del arma de fuego. Sterling sintió un pequeño empujón en el vientre e instantáneamente una debilidad, una extraña languidez que le impulsaba a soltarse, a inclinarse sobre el vientre para extraerse con los dedos aquel carbón

encendido que le abrasaba las entrañas.

Se inclinó sobre el vientre, en efecto, y buscó con las manos, ingenuamente, la pequeña bala. Ante él, el abismo pareció subir en su busca, o que el edificio se hundía rápidamente en el espacio.

Lanzó un alarido de terrible espanto, levantó una pierna para recobrar el perdido equilibrio, y cuando la bajó ya no encontró sobre qué apoyarla. Abierto de brazos y piernas, hecho una pelota después, cayó a velocidad espantosa, silbando su cuerpo, en busca de la muelle hierba del parque...

La ventana que había estado abierta, con los visillos al aire, fue cerrada sigilosamente por el mismo asesino de Evelyn y Sterling. Éste yacía ya, convertido en una sanguinolenta masa, estrellado contra la hierba del parque del hotel Biscayne.

Unos minutos después el personal del hotel, aterrado, lo contemplaba y se llamaba a la Policía.

Y una camarera, otros pocos minutos después, descubría el cadáver de Evelyn, con el pecho atravesado por un cuchillo.

El

F. B. I.,

había sido derrotado en aquella batalla singular.

El inspector Landbrook creyó morir de una congestión cerebral cuando la Policía de Miami le comunicó por teléfono, una hora después de haber estado hablando con Sterling, que éste había caído, al parecer, desde la cornisa del hotel, situada en la planta veintitrés, hasta el parque, estrellándose, como era natural. Y que una joven, a la que Sterling acompañaba, quizá su novia, había sido encontrada muerta en su alcoba, con el corazón atravesado por un cuchillo ordinario, pero no por eso menos eficiente ni útil que una daga florentina del siglo XVI.

—¿Cómo saben que se tiró desde la cornisa? —rugió, mientras con un pañuelo se secaba el helado sudor que brotaba a raudales de la frente, apretado el microteléfono contra la oreja mientras lanzaba miradas de espanto sobre el flemático inspector inglés Keenwood, sentado frente a él, al otro lado de la mesa de despacho.

—Hemos visto manchas de sangre sobre la cornisa, inspector —dijo respetuosamente el inspector de la Policía Estatal, desde Miami. Ha sido un asesinato, evidentemente. Es de suponer que el muerto

vio a su amiga asesinada y coligió que el asesino escapó por la abierta ventana, persiguiéndole por la cornisa. El asesino disparó sobre él y... telón.

—¡No haga frases estúpidas, por favor! —chilló el inspector del F. B. I., golpeando la mesa con espantosa furia—. ¿Qué han hecho después? ¿Han dejado escapar al asesino? ¡Pobre Sterling...!

—Considere, señor —repuso el policía de Miami—, que en el hotel Biscayne hay cuatrocientas habitaciones... Y un promedio de doscientas cincuenta a trescientas personas allí albergadas. Y que salen y entran viajeros, como ochenta a cien, diariamente. Y que la servidumbre consta de setenta personas, varones y mujeres. Y que...

—¡Basta! ¡Nueva York tiene nueve millones de habitantes, y la Unión ciento cincuenta, y un asesino que viva aquí debe caer en manos de los representantes de la ley, si éstos no son unos asnos, mil diablos! ¡Quiero saber para dentro de tres horas si han hecho algo de utilidad por capturar a ese asesino!

—Haremos lo que se pueda, inspector... —repuso el policía de Miami.

—Dentro de un par de horas estará ahí un agente nuestro, que iba a ayudar a Sterling. ¡Déjenle que dirija las pesquisas! ¿Me entiende? Recabo ahora mismo de la Policía Estatal de Tallahassee la autorización consiguiente. ¡Y usted, no se me cruce de brazos, esperando! ¡Maldita sea! ¿No sabe lo que significa asesinar a un hombre del

F. B. I.?

¡Tanto como perder cien o doscientos hombres de la...! Bien, cuelgue de una vez y haga algo, algo...

Colgó él con terrible violencia el aparato, y con ojos de mirada demencial recorrió la mesa, cubierta casi de legajos, objetos de escritorio, pipas, botes de tabaco, cajas de cigarrillos, tres teléfonos, un dictáfono.

Se levantó, metidas las manos en los bolsillos de los pantalones. Apoyó la ardorosa frente en el cristal de la ventana, cerrando los ojos.

—Inspector Landbrook —dijo la mesurada voz, en inglés de Oxford, del hombre de Scotland Yard y del *Intelligence Service*—, me siento acongojado por la sensible pérdida que han sufrido

ustedes al morir su agente...

—Gracias —repuso, hoscamente, Landbrook, sin volver la cabeza—. Un muchacho modelado, tallado como lo fuera un diamante, hecho para ser agente especial y por ello superhombre casi, y lo asesinan, lo asesinan... ¡Una inteligencia creada para eso, para servir con un rendimiento tremendo a la organización; horas y horas de estudios penosos, de sufrimientos, de privaciones, templando sus almas y sus cuerpos, infundiéndoles los supremos ejemplos de fidelidad, bravura e integridad para servir al bien común, a la civilización...!

—La muerte, precisamente, elige a esos hombres abnegados —murmuró el inspector Keenwood—. Nosotros sabemos también algo de eso, amigo mío. Nuestros hombres del *Intelligence Service* mueren oscuramente, muchos de ellos fusilados por la espalda por el enemigo. Ellos no pueden jamás volver sus ojos, cuando están en trance desesperado, hacia nuestro Departamento pidiendo ayuda. Debemos ignorar hasta que existen, abandonarlos a su suerte. Y los de Scotland Yard también conocen lo que es el sacrificio hasta la muerte. Van desarmados a verse las caras con asesinos... y han de triunfar, imponer el peso de la ley. Muchos de nuestros jóvenes son lanzados en paracaídas, con gran frecuencia, sobre Francia, Alemania, Italia, los países ocupados por el enemigo. Van a luchar ferozmente, con astucia, valentía, abnegación sin límites, por conseguir unos datos, colocar una carga de dinamita en un sitio estratégico, rescatar a un camarada... Y son muy pocos los que regresan, inspector.

—Sí... —murmuró Landbrook, volviendo a sentarse ante su mesa de despacho—. Mientras los humanos estemos ciegos y sordos, hemos de aguzar la vista y el oído con los seres inferiores que solamente sirven para ser devorados por las alimañas. Llevamos dentro un tigre y un cordero, y jamás sabemos cuándo hemos de ser una cosa u otra. ¡Pobre Evelyn, también! Un destino aciago había, seguramente, marcado con trazos indelebles lo que había de ser su corta y triste vida. ¡No hemos sabido protegerla! ¡Yo no sé si usted se dará cuenta —exclamó, levantándose de nuevo, presa de gran agitación—lo que significa para el

F. B. I.,

el que, habiendo puesto su poderosa mano protectora sobre una

débil muchacha no hayamos podido salvarla de la muerte, que sabíamos la acechaba! ¡Que sabíamos la acechaba, inspector Keenwood! ¡Qué asco!... ¡Tal vez si ella hubiese seguido yendo a su trabajo estaría ahora tan alegre, tan encantadora y feliz!

—Tal vez. Pero me parece que no es con lamentaciones con lo que se podrá conjurar este conflicto —objetó sonriendo el inglés, mientras cargaba su pipa minuciosamente—. Yo quisiera decirle algo, inspector Landbrook...

—Dígallo. Uno no sabe siempre reconocer la derrota y sufriría con ánimo esforzado. Estamos acostumbrados a considerarnos como algo que jamás conoció la pesadumbre del saberse vencido. Exceso de vanidad por carencia de creencia en que el Todopoderoso puede hundir lo que siempre hemos visto en pie, desafiante, orgulloso. Hable, hable, Keenwood...

—Quisiera ir a Miami y trabajar al lado del agente especial que han enviado ustedes. Tengo verdaderos deseos de conocer prácticamente la forma de trabajar del

F. B. I.

Sé que es muy diferente a como lo hace nuestro Scotland Yard. ¿Sería posible complacerme?

El inspector Landbrook se quedó mirando admirativamente al inglés, que fumaba ya tranquilamente su pipa, arrellanado en la butaca, muy correctamente, y también contemplando serenamente con sus ojos grises, acerados, al nervioso y apoplético inspector americano.

—Usted ir a meterse en nuestros jaleos... —dijo éste, encogiéndose de hombros—. Ya sabe que aquí nuestros maleantes, nuestros «gángsters» y los que se lanzan por la senda equivocada y manchan sus manos de sangre no esperan en sus casas a que un agente desarmado vaya a buscarles. Eso se queda para la bonachona Albión. No es por bravuconería por lo que nuestros agentes llevan armas, y cuanto más eficaces, mejor...

—Lo sé. Precisamente por eso, por observar el contraste entre la criminalidad de ustedes y la nuestra es por lo que deseo intervenir —replicó, sonriendo, el inspector Keenwood—. Por otra parte, este asunto es de espionaje, con intérpretes seguramente extranjeros, y que nos afecta a los ingleses. He venido para intervenir en él...

—¡Demonio, pues, métase cuanto antes en el barullo, y que Dios

le ampare! —exclamó malhumorado Landbrook, volviendo a encogerse de hombros—. Quiero decirle, de paso, que nuestra responsabilidad por lo que haga abarcará solamente a los momentos en que usted esté con nosotros, hombro con hombro. Ustedes son muy amigos de dedicarse a reflexionar profundamente sobre los métodos deductivos, los inductivos y las reacciones psicológicas de un presunto malhechor, en tanto que éste saca su «ukelele» y lo fríe a tiros. ¿Buen consejo el que le doy?

—Sí, gracias. Procuraré adaptarme al medio ambiente aquí existente.

—Bien, pues márchese cuando quiera. Nuestro agente especial ya debe estar al llegar a Miami. ¡Buena le espera! Hay otro avión para allá, que sale de aquí dentro de... —Miró la hora en su reloj, que señalaba las seis de la tarde—cinco cuartos de hora. Se llama nuestro agente Donald Drifton. Buen chico, a fe mía... Segundo puesto en la clasificación de méritos en la Escuela Especial nuestra en Quántico. Si lo ve usted sacar su pistola y disparar, se quedará aterrado. ¡No se ponga tampoco en la trayectoria de su puño cuando esté interrogando a un asno que no quiera hablar...!

—Tercer grado, ¿eh? —murmuró un poco despectivamente el inglés.

—¿Tercer? ¡Y cuarto, y quinto, demonios!... ¿Vamos a permitir que un idiota haga el daño que se le antoje a la comunidad, cuando sabemos que esto puede ser evitado si le hacemos unas pocas cosquillas y declara la verdad de por qué hace tal daño y con qué y quiénes le ayudan? Bien es verdad que esto no constituye en nosotros una norma, entiéndalo bien. Nos repugna como al primero usar de la violencia en un interrogatorio y hacemos lo que podemos por evitarlo. Tampoco lo hacemos con todo aquel que se niega a declarar. Los derechos del hombre, en esta tierra, están siempre garantizados y respetados. Lo que no respetamos son los derechos que quieren arrogarse ciertas alimañas. ¿Me entiende bien?

—Lo entiendo. Y voy a mi hotel a preparar mi equipaje. Volveré de nuevo para recibir sus instrucciones y autorización para colaborar con el famoso

F. B. I.

¡Colaborar con el famoso

F. B. I.!

—exclamó el inglés abombando el pecho mientras reía orgullosamente.

IV



L inspector de Scotland Yard y agregado al *Intelligence Service* para fines de guerra, Keenwood, llegó a Miami cuando el inspector Keyes, de la Policía Estatal de Florida, conferenciaba con el agente especial Donald Drifton, enviado desde Washington. Ocupaban ambos un despacho en el edificio enclavado en la Avenida Diecisiete Noroeste.

Se presentó a sí mismo el inspector Keenwood al inspector Keyes, hombre recio, de cincuenta años, vivaz y malhumorado por temperamento.

El agente especial Drifton, de no más de veintiocho años, atlético, rubio trigueño, de ojos azules, reidores, optimista, sonrió al estrechar la mano del inglés.

—Buen asunto para su debut —dijo el joven, señalando un plano de la ciudad de Miami, extendido sobre la mesa—. Pero ya cuando

tenemos al asesino casi descubierto y suponemos dónde se encuentra oculto. Hemos trabajado bien. El inspector Keyes conoce bien el oficio y, sabe dónde puede ocultarse en la ciudad un fuera de la ley.

—Llevo aquí casi doce años —gruñó el inspector, encogiéndose de hombros, y sería un bestia si ignorase todavía esas cosas.

—¿Cómo han podido ustedes localizar quién es el asesino y dónde puede ocultarse? Creo que estaba albergado en el hotel Biscayne y fue allí donde asesinó a la muchacha y a Sterling...

—Sí. Así fue. Pero nuestro hombre, después de cometer esas tropelías, hizo la tontería de marcharse del hotel, aunque guardando las formas, es decir, diciendo que partía para Nueva Orleans, según tenía previsto. Esto nos hizo sospechar. Ningún otro ocupante del hotel intentó abandonarlo, o al menos, no nos pidieron permiso para hacerlo—expuso el agente especial Drifton, sonriendo maliciosamente.

—¿Y se marchó a Nueva Orleans? —inquirió Keenwood.

—No. Le llevó un «taxi» al aeródromo. Yo fui detrás de él. Mi sistema era darle cuerda larga, haciéndole ver que no nos extrañaba su marcha y que por nosotros podía hacerlo.

—Inteligente —afirmó Keenwood, sonriendo al joven—. Y el hombre, una vez en el aeródromo...

—Tomó otro «taxi» —explicó el inspector Keyes— y ordenó al chófer le llevase aquí —y señaló con un lapicero un punto de la ciudad.

El inglés se inclinó para examinarlo.

—Okeechobee Road, que corre al lado de Miami Canal —explicó Keyes—. En Miami no puede decirse que haya lugares donde se hospedan los delincuentes, ni barrios como el de Chinatown, de Nueva York, o San Francisco, pero en esta vía hay numerosos hotelitos y casas de modesta condición donde por módicas sumas se alojan ciertas personas de vida nada clara. Naturalmente, esto lo sabemos nosotros y ejercemos allí una vigilancia estrecha, sin extremismos ni actitudes violentas. Esta ciudad es de lujo y hay que procurar no alterar los nervios de los millares de personas que vienen aquí a pasarlo bien y a sentirse tranquilas.

—Total, que lo tienen ustedes ya metido en el saco —dijo Keenwood, tendiendo su bolsa de tabaco a Keyes y Drifton, que

llenaron sus pipas—. Buen trabajo. Realmente, el criminal ha procedido torpemente. Será americano, quizá... —sonrió, irónicamente al agregar la última frase.

—Un tal Arran, según el libro registro de entradas del hotel. Nombre supuesto, seguramente. Tenía un tipo como de germanoamericano. La cabeza cortada como con un hacha por detrás. Habla bien el inglés nuestro —repuso el agente especial—. Cuando le interrogué, como ocupante de una de las habitaciones cuya ventana daba a la trágica cornisa donde halló la muerte mi camarada Sterling, pudo defenderse bien. Estaba en el «*hall*» del hotel leyendo, dijo, y buscó al botones para que corroborase tal coartada. El botones así lo afirmó, pero me di cuenta de que el muchacho no tenía una seguridad absoluta de que Arran estuviese leyendo en el «*hall*» cuando ocurrieron los dos asesinatos. Quizá estuvo antes de esos hechos y luego bajó al «*hall*» para hacer acto de presencia ante el botones. Esto me hizo sospechar de él; con más su deseo de marcharse del hotel.

—Perfecto —asintió el inspector Keenwood, mirando admirativamente al agente especial—. Así lo hubiera hecho yo... La deducción serena, objetiva, aquilatando los hechos y las derivaciones que de ellos pueden sobrevenir, es la base fundamental para acorralar a todo delincuente, por inteligente que sea. Le felicito, agente Drifton. Y ahora, ¿a qué esperan para detener a Arran? ¿Está vigilada la casa donde se esconde?

—Esperamos a que sea de madrugada para echarle la zarpa —dijo el inspector Keyes, sonriendo cruelmente—. Es la hora en que suelen estar durmiendo los «benditos». Cuando creen que ya nadie les va a molestar. Ahora no está en el escondrijo... Mis hombres lo vieron por última vez, sin tener seguridad de que fuera él, hacia las ocho de esta noche. Se había puesto un bigote rubio, porque él lo es, y parecía que sus mejillas eran más abultadas. Ya sabe que hay aparatos de goma que se meten dentro de la boca y hacen cambiar el rostro de expresión...

—De acuerdo —afirmó Keenwood—. Pero... entonces, nuestro hombre está excesivamente libre, por lo que veo... Puede volver o no a su escondrijo.

—Ese hombre de la faz cambiada está siendo seguido por mis hombres —murmuró desdeñosamente Keyes—. Y están vigilados

todos los chalets y casas de Okeechobee Road. Esperamos que sea la hora y ya verá cómo Arran vuelve. Sabrá muy bien que todas las comunicaciones están intervenidas y que no hay escape.

Keenwood se levantó, disponiéndose a salir.

—Voy a mi hotel —dijo—. He de cenar y darme un baño, para ahuyentar el cansancio del viaje. Vendré hacia las doce, para acompañarles en la captura.

—No es preciso —dijo Keyes bruscamente—. A no ser que el F. B. I.

lo ordene así.

—Tengo un enorme interés en conocer a ese hombre e interrogarle —dijo Keenwood sonriendo—. El *Intelligence Service* espera mucho de mi respecto a este asunto de espionaje. Tengo autorización del

F. B. I.,

para actuar codo a codo con él, inspector. No se moleste por ello...

—Ni pensarlo —repuso Keyes, encogiéndose de hombros—. Lo decía porque aquí no estamos en Gran Bretaña. Lo más seguro será que Arran cometa la estupidez de hacernos frente, y la sangre va a correr...

—A ser posible, hay que salvar su vida —dijo el agente especial—. Son las órdenes que he recibido de mis jefes. Tiene razón el inspector Keenwood. Hay que sacarle cuanto se pueda en relación con su misión de espionaje. Opino que debe ser una red de espías, en vez de uno o dos sueltos. La prontitud con que dieron con la pobre muchacha denota una organización buena, eficiente... y temible. Sterling cayó inocentemente, sin apenas percatarse de nada. Y mi camarada era listo como un lince...

Se marchó el inspector Keenwood al Hotel Biscayne, y en tanto, Keyes y Drifton cenaron en el despacho del primero emparedados, tarta y café con leche. De cuando en cuando, el teléfono sonaba y Keyes se ponía a él, murmurando sordamente:

—¿Qué hay, Moss?

—Está ahora en Main Highway, en el restaurante de Wakulla. Cena con tres hombres más...

—¡Espere! Déjeme pensar... —Abrió el amplificador, para que el agente especial pudiera escuchar la conversación telefónica—. Dice que Arran está cenando con tres hombres más en Wakulla, en Main

Highway —expuso a Drifton—. ¿Comprende bien?

—Pregúntele al agente si Arran también cena, si mastica normalmente. Si se ha quitado el aparato de goma de la boca, su rostro será otro.

Keyes trasladó la pregunta al agente.

—No. Arran bebe leche con huevos batidos y vino blanco. Habla poco. ¡Ahora le llaman al teléfono!

—¡Procure enterarse con quién habla! —rugió el agente especial, arrebatando el microteléfono a Keyes—. ¿Oye, agente? ¡Agente...!

—¡Déjeme a mí! —masculló Keyes—. ¡Moss!... ¡Moss! —Se volvió a Drifton—. Ha ido a enterarse de eso. Moss es listo y estará tratando de convencer a la chica de la centralilla para que le deje escuchar lo que dice Arran y a quién. Bueno; esperemos a que regrese...

Tres minutos después, la voz bronca del agente Moss se sintió en el amplificador.

—Jefe... ¡Jefe...!

—Diga, Moss. Hable, hombre.

—He podido escucharle —dijo el agente con voz fatigada—. Está nuevamente conversando con sus amigos...

—¿Qué ha dicho por teléfono? ¿Con quién habló? —gritó Keyes, bufando.

—Eso no lo sé, jefe. Habló en alemán o húngaro...

—¡Maldita sea! ¿Por qué no sabe usted el alemán o el húngaro? Y ¿con quién habló? ¿Ha tomado usted el número del teléfono al que se dirigió?

—La frase ritual es siempre la misma —replicó adustamente el agente Moss—: «Con una farmacia», en la que había tres cabinas y las comunicaciones las ponía un «botones» que no recuerda quién habló.

—¡Qué suerte tiene usted, Moss! —Gruñó Keyes con acento melancólico—. Bueno, ¿y qué hacen esos tipos? ¿Tienen aspecto de ser extranjeros? Cuídese bien de grabar en la memoria cómo son, por si hay que seguirles.

—Parecen americanos, jefe. Uno no sabe bien cómo es un americano, si he de decir la verdad. El italoamericano, germanoamericano, angloamericano, polacoamericano...

—Bien está, Moss —rugió Keyes, manoteando—. Usted siempre

tiene razón, ¿no es eso? Bien; avíseme cuando éstos se vayan. ¡Y que no se le escapen! Ahora —se dirigió al agente especial, Drifton— hemos de esperar a que la fruta esté madura, mi amigo, ¿no cree? Si usted no piensa así, lo siento. Yo soy el responsable de todo esto y por nada del mundo quiero dar un espectáculo como consecuencia del cual se vayan de la ciudad todos esos millonarios que llenan de oro nuestro comercio de la ciudad. Guante de seda y en voz baja cuando haya que actuar.

El agente Drifton frunció el ceño al responder.

—No es ese nuestro sistema, inspector —dijo secamente—. El

F. B. I.

actúa con ruido, cuando hay que hacerlo así; asalta a tiros, cuando no hay más remedio que disparar. Yo pienso que podríamos ir a ese club nocturno y echar la zarpa a esos tres individuos. Mejor están en el «saco» que no bailando allí un «fox».

—Y las gentes tranquilas, que van allí a divertirse y que se gastan la plata, que se escandalicen y partan mañana de Miami para irse a Nueva Orleans, Palm Beach o Tampa, ¿verdad? ¿Sabe usted cómo se pondrían nuestros comerciantes, hoteleros, taxistas y cuántos viven de los que vienen a dejarse el oro aquí? No me diga, joven...

—Habré de comunicar todo esto a mis jefes de Washington, inspector, —replicó con energía el agente especial—. Olvida usted la importancia que tiene este asunto. Estamos en guerra, Keyes, y éstos son unos espías.

—Haga lo que le plazca —gruñó Keyes, encogiéndose de hombros—. Yo no he dicho que me niegue a echar mano a esos truhanes. Yo mismo, ¿sabe?, lo haré. Tengo tanto deseo de hacerlo como usted, pero nuestros medios no son los mismos. Concédame que soy perro viejo en el oficio, amiguito, y que no es la primera vez que echo la mano a astutos delincuentes sabiendo esperar la oportunidad, la madurez del fruto.

Drifton se sentó sin ocultar su mal humor. Comprendía que era inútil tratar de hacer que modificase sus métodos aquel viejo policía, orgulloso de su hoja de servicios. Era el que disponía de los agentes de Miami y sin él sería un trabajo ingrato tratar de detener a aquellos individuos sospechosos de espionaje y presuntos asesinos de Sterling y Evelyn.

Ante la puerta del edificio de la inspección de Policía, donde se hallaban Keyes y Drifton, se paseaba un viejo agente uniformado. Eran ya pasadas las once de la noche y en la casa no quedaban sino el guardián de la puerta, paseándose tranquilamente, y los dos representantes de la Policía del Estado y del

F. B. I.,

discutiendo acaloradamente. Todos los agentes de paisano dependientes del inspector Keyes estaban de servicio, empleados en espiar a aquellos sospechosos y seguirles los pasos, así cómo vigilar estrechamente los chalets y casas de Okeechobee Road. Y la Policía uniformada estaba en su edificio, situado en la misma calle Diecisiete Noroeste, pero tres manzanas más abajo. Buena parte de estos agentes estaban también de servicio o francos de él.

El agente uniformado que prestaba guardia ante la inspección vio avanzar a tres hombres por la ancha acera y que miraban la gran placa de bronce colocada a la entrada.

—Aquí es —dijo uno de ellos.

Los tres eran jóvenes y vestían muy correctamente. Se encaró con el agente, que se detuvo, saludándoles.

—¿El inspector Keyes? Nos espera, como asimismo el agente del F. B. I.,

Drifton —dijo, sacando del bolsillo una insignia del

F. B. I.,

y mostrándosela al viejo agente, que la examinó atentamente, devolviéndosela. Después tendió la mano a los otros dos hombres, pidiéndoles sus distintivos. Éstos los mostraron, sonriendo.

—Pasen. No hay nadie en la casa, sino ellos dos. Pasado el recibidor...

—¿Por aquí? —dijo el que parecía capitanear el grupo, señalando una puerta.

—No, no. Al otro lado. Esperen, les guiaré...

Él viejo agente se adelantó, penetrando en el recibidor o «*hall*», con bancos adosados a las paredes y dos mesas en el centro, con unas sillas.

El que hacía de jefe sacó con rapidez un cuchillo que había llevado metido en la manga derecha de la americana. Una yarda delante de él iba el agente uniformado. Hizo un gesto a dos de sus hombres, los cuales se abalanzaron sobre el agente, tapándole la

boca con un pañuelo, mientras lo derribaban al suelo mediante hábiles zancadillas.

El del cuchillo, cuando tuvo a su víctima absolutamente indefensa, hundió el cuchillo, en la garganta del viejo agente, que se había estado debatiendo frenéticamente, lleno de asombro.

Lo dejaron en el suelo cuando era ya cadáver y la sangre que brotaba de la seccionada yugular iba inundando el «*parquet*» del suelo.

—Rápidamente, enfrentaos a ellos y disparad sin darles tiempo a que se repongan de la sorpresa. «Heil Hitler!...» —dijo el del cuchillo, guardándolo en un bolsillo de la americana, después de haber limpiado la hoja en la guerrera del agente muerto.

—«Heil Hitler!» —respondieron quedamente los otros dos sacando unas pistolas con silenciador—. Comprendido.

Sigilosamente, guiándose por las voces que daba el colérico Keyes, al discutir con el agente especial, recorrieron el largo pasillo y se detuvieron ante la puerta del despacho del inspector.

Uno de los hombres, hercúleo, muy alto, rubio pajizo con rostro aniñado, en el que brillaba una mirada de fanático, puso la mano en el pomo y esperó, rígido, la orden de abrir del jefe, el cual levantó el brazo izquierdo y lo bajó rápidamente. Los tres esgrimían pistolas de grueso calibre con silenciadores.

La puerta se abrió repentinamente y, ante las asombrosas miradas de Keyes y Drifton, aparecieron los tres hombres, que les encañonaron con sus pistolas.



La puerta se abrió repentinamente...

—¡Qué...! —rugió Keyes, apretando los puños enormes. Drifton palideció y, con un movimiento de gato, se tiró al suelo, dándose cuenta instantánea del cataclismo que se les venía encima. Sacó su pistola del «45» de la sobaquera y buscó al más inmediato enemigo, ocultándose tras un sillón.

Sonaron rapidísimamente varias secas y débiles detonaciones, mientras los asaltantes derribaban muebles y se movían velozmente, con una singular y tal vez estudiada forma de maniobrar.

—¡Trai...! —gritó angustiadamente, con voz agónica, el inspector Keyes, cuyo ancho pecho se cubrió de sangre. Como un beodo se bamboleó pesadamente, briscando dónde asirse, mientras su mano derecha, crispada, buscaba en la parte de atrás de sus pantalones la pistola.

Dos hombres volvieron a disparar a boca de jarro sobre su cabeza, mientras lo empujaban al suelo, golpeándolo con saña. El inspector cayó como una inerte masa, destrozado el cráneo y el rostro. Sin darles tiempo a que se repongan de la sorpresa. «Heil Hitler!».

El agente especial, disparó dos veces cuando ya dos de los asaltantes estaban sobre el sillón tras el que se ocultaba. Lo volcaron sobre Drifton, para librarse de sus disparos, y el tercer asaltante, el que matara al agente de la puerta de una cuchillada, con un salto felino se colocó a espaldas del agente especial, apuntándole con su pistola.

Drifton oyó nuevas y débiles detonaciones y sintió en la espalda dos golpes violentos. Se dio perfecta cuenta de que ya estaba herido, muy malherido. Eran tres contra él, encerrado con ellos en una estancia de muy reducidas dimensiones. No le quedaba sino morir; pero, a ser posible, llevándose por delante a aquellos enemigos, que actuaban con una astucia que admiraba.

Se le llenó la boca de sangre, mientras pugnaba por sujetar contra él el sillón, única forma de no quedar a merced de los asesinos. Y, ya nublada su vista, mientras se iba sintiendo espantosamente débil, corriéndole a raudales la sangre por la espalda, disparó de nuevo contra uno de los asaltantes que asomó la cara, de rasgos duros, implacables.

El hombre lanzó un grito aterrador y salió proyectado hacia atrás, atravesada la cabeza por el balazo.

Se levantó con un esfuerzo sobrehumano; espantoso, cayéndole de los labios una espuma sanguinolenta. Turbia la mirada, buscó a otro enemigo, apretada la pistola contra la cadera. Cual una palmera azotada por el vendaval, su cuerpo oscilaba, buscando un precario equilibrio, mientras la vida se le iba a borbotones con la

sangre que le corría por la espalda.

Los otros dos asaltantes habían salido del despacho, guareciéndose tras la puerta, acechando la salida de Drifton para acribillarlo a balazos. El jefe, desesperado por encontrar una resistencia que no esperaba, ordenaba con voz seca, irritada, disparar a su compañero, el cual no se mostraba muy propicio a obedecerle, sabiendo ya con la clase de enemigo que se las habían.

Drifton avanzó dos pasos en dirección a la puerta. Se le doblaron las piernas y cayó de rodillas, jadeante, hipando, mientras sus ojos, muy abiertos, pelo casi sin brillo, buscaban ansiosamente al enemigo.

Dos manos, empuñando las pistolas, asomaron por el quicio de la puerta. Dos nuevas detonaciones débiles y el agente especial recibió los impactos en pleno pecho.

Cayó de espaldas con enorme violencia. Los dos asaltantes, asombrados ante aquella terrible vitalidad, le contemplaron fascinados.

Rugiendo como fiera herida, sin soltar la pistola, apoyando un codo sobre el suelo, disparó sobre el confuso grupo de por lo menos cien hombres, que eran, en realidad, sus dos enemigos. Se irguió después, con otro terrible esfuerzo, y se lanzó dando traspiés contra la entreabierta puerta, disparando como un loco. Ya no veía casi y se le antojaban diez puertas lo que tenía ante sí, y muchos hombres aquellos dos que iban retrocediendo ante él, aterrados, sin saber cómo acabar con aquel inmortal.

Dos nuevos balazos recibió en el pecho, casi en el estómago, y hubo de apoyarse en la pared para escupir sangre. Sollozaba y rugía de rabia al sentirse morir sin acabar con aquellos asesinos.

—¡No... sois hombres...! —exclamó con voz agónica, viéndoles huir en dirección al «hall», volviéndose de cuando en cuando para disparar sobre él—. Yo soy... solo, y huís, huís...

Se lanzó tras ellos, chocando contra las paredes del pasillo; rebotando en una para salir despedido y chocar contra la otra, y dejando tras sí un enorme reguero de sangre. Sin soltar la pistola...

Los dos hombres salieron ya a la calle, renunciando a acabar con aquel invencible agente del

F. B. I.

Temían que apareciesen otros agentes, o que algún viandante,

acudiendo al ruido de los disparos de Drifton, sembrase la alarma. Prestamente, sus figuras se perdieron tras una esquina, en la cual estaba apostado un coche, al que subieron presurosos.

Drifton apareció en la puerta del edificio, pistola en mano. Muy abierto de piernas, en el centro mismo del portal, parecía no desear ya sino seguir guardando fielmente aquel edificio, o esperar que aquellos asesinos volviesen, para pelear con ellos mientras un soplo de vida le quedase.

Repentinamente, sus ojos se cerraron. Bajó la cabeza. Soltó la pistola y cayó cuan largo era sobre la entrada, muy estirado, como si quisiera con su cuerpo impedir la entrada a nadie aún después de muerto.

Del escalón de piedra donde su cuerpo estaba fue cayendo rápidamente un raudal de roja sangre sobre el pavimento.

Abrió los ojos y miró la sangre. Sonrió y, muy trabajosamente, con el dedo índice de su mano derecha, fue trazando con su sangre sobre la losa de piedra unas letras:

«F. B. I.».

«Que lo... sepan... todos. Así es... honrado... morir», dijo con voz apenas audible.

Y su sonrisa, de satisfacción, irónica, quedó para siempre impresa en su rostro juvenil, lleno de energía, pero también bondadoso y risueño.

El inspector Keenwood, después de haberse dado un buen baño, bajó al comedor y cenó con gran apetito. Su mirada escrutadora fue recorriendo las otras mesas, donde cenaban los otros huéspedes del hotel. Gentes distinguidas en su inmensa mayoría, entre las que descollaban elegantes mujeres, ataviadas ahora con vestidos de noche y ostentando costosas joyas. Una orquesta, situada al fondo del salón comedor, interpretaba, de rato en rato, melodías del Sur y también marchas militares, para recordar a aquellas gentes, que en su mayoría estaban haciendo grandes fortunas al amparo de la guerra, que ésta subsistía y por ella había que hacer sacrificios.

Terminó de cenar el hombre de Scotland Yard, y, después de encender un habano, con paso reposado, se acercó al gerente, que estaba sentado ante su mesa de despacho, en el «comptoir». Otro empleado escribía a máquina y una bella muchacha tomaba en

taquigrafía una carta que le dictaba un opulento hombre de negocios, cliente del hotel.

—¿Sería posible me pusieran con la inspección de Policía? Deseo hablar con el inspector Keyes —dijo suavemente.

El empleado se levantó y acompañó a Keenwood a la cabina, abriéndole con gesto deferente la puerta, acolchada.

—Le daré la comunicación, señor —dijo mientras cerraba.

Keenwood descolgó y esperó la comunicación. Sintió cómo en la línea sonaba la insistente llamada, allá en la inspección de Policía, más no se ponía nadie al aparato. Estuvo así como un minuto de escucha. Después salió de la cabina y se encaró con el empleado, que se levantó para atenderle.

—No he logrado establecer la comunicación. Llama, pero nadie contesta.

—No habrá nadie, señor. Aunque es extraño. Siempre hay allí personal, naturalmente. Son las once y media —consultó su reloj de pulsera—. ¿Insisto, señor, por si diera la casualidad de que antes no hubiese nadie en el despacho del inspector?

—Tenga la amabilidad de hacerlo —respondió Keenwood, con su suavidad acostumbrada—. Es urgente, y bastante importante, que hable con el señor Keyes.

El empleado, conectando el teléfono de la Dirección, volvió a llamar, marcando en el disco. Hizo un gesto al inspector de Scotland Yard, indicándole que, en efecto, sonaba la llamada, pero nadie acudía a ella.

—Es extraño —opinó el gerente, que había estado escuchando la conversación de su empleado con Keenwood—. Creo que es la primera vez que esto sucede. La policía siempre contesta, como los bomberos o los servicios de urgencia de ambulancias. ¿Pondrá bien la llamada, Davie?

—Seguro. Volveré a marcar; no obstante —y marcó de nuevo en el disco, poniéndose seguidamente a la escucha. Miró azoradamente a su jefe y al inspector, denegando con la cabeza mientras escuchaba.

—Nadie se pone al habla. El setenta y dos mil ciento veinticinco no contesta... —dijo con voz asombrada—. Llamaré a la Central por si hubiese algo raro.

—No, gracias —dijo secamente Keenwood, cuyo ceño se había

fruncido—. Tenga la amabilidad de avisarme un «taxi». ¡Aprisa, por favor!

El empleado ordenó a un «botones», que estaba cerca, saliese en busca del «taxi» pedido. El muchacho salió a la carrera, y tras él, con paso reposado, imperturbable, Keenwood, que apretaba con los dientes el habano que fumaba.

—A la inspección de Policía —dijo al chófer—. Dentro de lo posible, rápidamente.

V



AJO el coche la avenida de guijos del parque a gran velocidad y, una vez fuera, tomó la Dixie Highway, casi desierta a aquella hora, a toda marcha, hasta el cruce con la Diecisiete Noroeste Avenida, donde había más tráfico.

—¡Algo pasa en la inspección! —gritó, el chófer, frenando el coche para detenerse ante el edificio de la Policía—. Mucha gente...

Keenwood se apeó, pagó el servicio y después se volvió para contemplar cómo un grupo numeroso de personas, se inclinaban curiosamente sobre algo que había en la en la puerta del edificio y hacían comentarios aguadamente.

—Por favor... —dijo, apartando a los curiosos—. ¿Qué ocurre?

—Un hombre muerto. Parece que dentro hay un agente también muerto —murmuró un hombre, encogiéndose de hombros.

Keenwood se colocó en primera fila y miró al hombre tendido cuan largo era sobre la entrada, como si durmiese. Vio el charco de sangre y examinó con gran curiosidad las letras

F. B. I.,

escritas también con sangre.

—¡Drifton! —exclamó roncamente, rodeado de curiosos, que le examinaban con gran interés—. ¡Buen Dios...!

—Se ha llamado ya al cuartelillo de la Policía uniformada —dijo uno—. Un chico que ha entrado ahí dice que hay tres muertos más... Cosa de «gángsters», seguramente. Pero aquí nunca ocurrió nada con ellos.

Un coche, haciendo sonar su sirena, que revelaba ser de la Policía, llegó ante el edificio. Brotaron de él seis o siete policías, mandados por un sargento, todos de uniforme.

—¡Fuera de aquí! —gritó el jefe, dando codazos a los que impedían su paso.

Se detuvieron ante el cadáver de Drifton y sacaron sus pistolas ametralladoras ligeras, metiéndose seguidamente en el «hall». Keenwood, mostrando la insignia del

F. B. I.,

a los agentes uniformados, siguió tras el colérico sargento.

—¡Pobre Slater! —dijo el sargento, inclinándose sobre el cadáver del agente uniformado.

Le tomó el pulso y después se levantó, pálido de emoción. Siguió rápidamente pasillo adelante y se detuvo ante la puerta, mirando aterrado al interior.

—¡También el inspector Keyes! —murmuró con voz trémula—. Y otro hombre más...

—¿Sabía usted, sargento, que se iba a dar una redada dentro de un par de horas contra unos espías? —dijo Keenwood, después de levantarse para examinar el cadáver de Keyes y del otro hombre—. Quizá esto sea consecuencia de tal proyecto. Nos han tomado la delantera...

—¿Quién? ¿Cómo? —gritó el sargento, limpiándose el sudor de la frente y mirando furiosamente a Keenwood, que cargaba tranquilamente su pipa—. Como no haya sido una traición...

—¿Quién sigue a Keyes en categoría aquí? —preguntó el inglés—. Sería preciso no perder tiempo, hacer algo por capturar a esos

sospechosos. Este hombre, ¿quién es? —señaló con la mano el cadáver cuya cabeza destrozada yacía cerca de Keyes.

—No lo sé. Creo que el que estaba en la puerta era un agente especial del

F. B. I.

Hay que avisar al subinspector Foley, que estaba esta noche libre. ¡Por Dios, qué carnicería!

Marcó con mano trémula en el disco del teléfono, mientras Keenwood registraba los bolsillos del cadáver de la cabeza destrozada de un balazo por Drifton. Sacó varios cargadores, un paquete de cigarrillos, un cuchillo de regular tamaño, un pañuelo, un encendedor y una cartera con billetes de Banco y varios papeles, que examinó detenidamente.

—Lo siento, jefe; pero ha de venir inmediatamente—decía el sargento con voz cansada, mientras se limpiaba la frente con el dorso de la mano izquierda—. Han asesinado a Keyes, a un agente especial del

F. B. I.,

al agente Slater, y hay otro muerto desconocido, que debió ser el que hizo todo. Sí, venga pronto...

Se sentó cansadamente, mirando los cadáveres con estupefacción.

—Nada de interés en estos papeles —dijo Keenwood, dejándolos sobre la mesa—. Este hombre era, al parecer, germanoamericano, por su apellido. Forstel... Quizá un nazi al servicio de su patria. Algo se saca de todo esto, no obstante.

El sargento tomó los documentos y los examinó. En aquel momento el teléfono sonó y el inspector Keenwood lo cogió.

—Es el agente Moss —dijo al sargento, entregándole el microteléfono—. Tengo grandes deseos de saber si este individuo era uno de los que vigilaba Moss. Pregúnteselo. Si están los tres...

—Hola, Moss —dijo el sargento—. Malas noticias, hijo. Sí, muy malas...

—¿Cuáles? ¿Cómo está usted ahí, sargento? —preguntó el agente.

—Keyes ha sido asesinado. El agente del

F. B. I.

Drifton, también, y lo mismo el pobre Slater. Han penetrado aquí,

cuando no había sino estos tres en la casa, y, los han suprimido.

—¡Asesinados! —gritó el agente Moss, haciendo retemblar la potencia de su voz la habitación a través del amplificador telefónico. ¡Cómo era posible, si no los he perdido de vista! ¡Si los tengo ante mí, sargento! ¡Están charlando, fumando, riéndose! ¡Malditos, malditos!

—Serán otros, entonces —murmuró el aturdido sargento mirando suplicantemente al Inspector Keenwood, que escuchaba atentamente mientras sacaba densas humaredas de su pipa—. Hemos llamado al subinspector Foley para que tome sobre si este asunto. No me pierda de vista a éstos, por Dios...

—¡A éstos me los cargo ahora mismo! —rugió la voz de Moss, trémula de rabia—. ¡Estamos haciendo el idiota y así lo pensé cuando Keyes me ordenó fuese prudente y no diera aquí escándalos!

—No haga nada aún, Moss —dijo serenamente Keenwood tomando el aparato—. Esperemos que venga el subinspector Foley. Siga vigilándolos. Ya le llamaremos.

—Pero si intentan marcharse...

—Déjelos ir y no los pierda de vista. Ellos nos pueden llevar a los demás de la banda. Aquí hay uno de ellos, que fue muerto por Keyes o el agente especial del

F. B. I.

¡Serenidad, Moss...! Mire, ya está aquí, me parece, el subinspector. Espere, Moss, y vigile.

Un gigante penetró como un ciclón en el despacho, Un gigante rubio, de enormes hombros, cabeza leonina, de azules y espantados ojos, que vaciló, llevándose una mano a la frente, al contemplar el cadáver de Keyes.

—Camarada... —dijo en un suspiro, ronca la voz. Y se inclinó, acariciando suavemente el rostro desfigurado del inspector Keyes. Después se irguió, palidísimo el rostro de facciones delgadas y bondadosas. Podría tener Foley unos cincuenta y cinco años, si bien su inmensa fortaleza y la agilidad de sus movimientos apenas le daban una representación de los cuarenta.

Keenwood se presentó a él, enseñándole el distintivo del

F. B. I.,

y la credencial que le diera el inspector Landbrook. Foley le leyó detenidamente y después estrechó su mano con calor.

—Todo esto será para usted —dijo roncamente, señalando el cadáver de Keyes— algo muy extraño, ¿verdad? ¿Se asesina a los inspectores de Scotland Yard en sus despachos?

—No, ciertamente —respondió suavemente Keenwood—. Lo tenemos absolutamente prohibido a los asesinos, y éstos obedecen, Ahora, ¿qué cree usted debe hacerse? El agente Moss está vigilando a tres hombres, supuestos espías y sería importante detenerlos cuanto antes.

—Voy a hablar con él. Sargento, ¿dónde está Moss?

El sargento llamó al restaurante Wakulla y pidió se pusiese al habla Moss.

—Mire, Moss. El subinspector Foley quiere hablarle.

—Hola, Moss —dijo Foley cogiendo el aparato—. ¿Están ahí esos pájaros?

—Sí, jefe. Tan tranquilos. Son las doce y media y no parece que piensen marcharse.

—Muy bien, Moss. Vamos a ir por ellos. A lo que salga, Moss... Vaya usted poniéndose a bien con Dios mientras llegamos.

—¡Estupendo, jefe! Eso debiéramos haber hecho antes. Por más que los que han asesinado a Keyes y el del

F. B. I.,

no son éstos. ¡Vaya un lío!

—Ojo con ellos, Moss. Vamos ahora mismo. Si intentan marcharse, reténgales pistola en mano. Vamos allá...

Colgó el aparato y se encaró con el sargento.

—¿Cuántos hombres tiene en el cuartelillo?

—Doce, jefe. Con que queden un par de ellos de guardia podemos ir los demás.

—Vamos. ¿Viene usted, míster Scotland Yard? —dijo con cierto ironía a Keenwood.

—Naturalmente. Todo esto me interesa en alto grado. Le recuerdo que me apellido Keenwood, no Scotland Yard —replicó sonriente el inglés.

El sargento ya había salido en busca de sus hombres. Y cinco minutos después, tres autos oficiales, haciendo sonar sus sirenas, partían raudamente hacia Main Highway, en la costa.

Estando cerca del restaurante, oyeron repetidas detonaciones en dirección al establecimiento.

—¡Aprisa! —gritó Foley al chófer de su coche, que iba a la cabeza—. ¡Moss está luchando con esos truhanes!

Cuando los coches se detuvieron y de ellos bajaron a la carrera los agentes, Foley y Keenwood, pistola en mano, ya habían cesado los disparos. Un gran tumulto se oía, en cambio, en el interior del restaurante. Gritos de hombres y mujeres corrían espantadamente en busca de sus coches, situados en el parque de palmeras, cerca de la playa.

Foley y sus hombres penetraron velozmente, repartiendo empujones para quitar de su paso a las asustadas personas, que tenían aún muchas de ellas los brazos en alto.

—Hola, Moss —dijo Foley arrodillándose junto al agente, cuyo pecho estaba cubierto de sangre—. ¿Muy mal? ¿Dónde le han dado, hijo?

—Me parece que... en los... pulmones. Han escapado—se tapó la boca, queriendo evitar saliese la sangre, pero no lo consiguió. Después, haciendo un gran esfuerzo, moribundo, pudo hablar trabajosamente.

—Iban a marcharse... Les dije que no y... dispararon como rayos. Hablaron en alemán... o húngaro entre ellos. Todos los demás... cobardes, levantaron las manos. No pude hacer más, lo siento. Creo que... que...

—¿Qué, Moss? ¿Qué cree? —preguntó Foley ansiosamente levantando un poco el cuerpo del herido. Cogió una botella de agua de una mesa y le hizo beber. Moss abrió los ojos y le miró, sonriendo penosamente.

—Creo... que saben muy... bien, muy bien, lo que vamos a hacer y nos... toman la... delantera. Traid... —Se estremeció violentamente, apretando fuertemente con sus manos las de Foley y después todo su cuerpo quedó inerte mientras la sangre manaba de nuevo de su boca. Quedó así muerto.

Foley se levantó, sumamente pálido. El sargento de uniforme se acercó, sudoroso, temblando de rabia.

—Han escapado por entre el bosque de palmetas. ¡Bah!... cada tronco nos parecía que era uno de ellos. Pero estamos bloqueando el bosque y he llamado hombres del cuartelillo de Kendall y Coral Gables para que cierren el cerco. Con la luz diurna los... haremos bailar a balazos. Moss, está... —Se inclinó sobre el cadáver y

acarició una de sus manos moviendo tristemente la cabeza—. Muy caro está resultando vencer a estos canallas.

Keenwood estaba interrogando a varias personas y apuntaba escrupulosamente las respuestas. Foley se le acercó y miró lo que escribía.

—Fue Moss a cortarles el paso cuando ellos intentaban salir de aquí —dijo el inglés—, y, evidentemente, ellos debían estar ya algo preocupados por la vigilancia de nuestro agente. Quizá Moss no tuvo bastante habilidad para espiarles sin que ellos se dieran cuenta. Cuando Moss se les acercó, estando ellos ya en pie, y antes de cruzar una sola palabra, sacaron sus pistolas y lo acribillaron. Asustaron después a estas gentes y salieron de estampía. Tiene esto mucho de «gansterismo», ¿no?

—Deben ser un tanto americanos estos tipos —opinó Foley—. Residentes aquí y emplean modos que usted dice. Hay que combatirlos a tiro limpio. Ellos lo hacen así.

Durante el resto de la noche, la Policía de Miami y poblaciones de los alrededores estuvo dando batidas por entre los bosques de palmeras, llegando incluso hasta los parajes desérticos de los Everglades y la costa, donde varias embarcaciones de la Policía marítima rondaron los acantilados y playas, sin hallar ni rastro de los criminales. Todas las carreteras, las vías férreas y los aeródromos fueron vigilados estrechamente.

Y al siguiente día, cuando aún la Policía, incansable, deseosa de poder vengar a sus muertos y lavar la mancha afrentosa que aquellos hombres le habían inferido en su justa fama de eficiencia, seguía buscándoles, y el inspector Keenwood tomó el avión de las doce treinta y cinco para Washington en el aeropuerto internacional de Miami.

—Creo que es inútil buscarles ya aquí —dijo al subinspector Foley, que le había llevado en su coche al aeródromo—. Realmente, después de asesinar a Evelyn Gardfield, que es a lo que debieron venir exclusivamente, para hacerla pagar caro el haber entregado a ustedes la microfotografía, no creo que tuviesen nada que hacer en Miami. Es en Washington donde hay que buscar las cabezas dirigentes de esta organización de espionaje. Diré al inspector Landbrook que ustedes han hecho lo que han podido, incluso verter su sangre.

Y anochecido, el D. C. 6 aterrizaba en el Washington National Airport y el flemático inspector de Scotland Yard bajaba del aparato, tomaba un «taxi» que le dejó en el Hotel Clarsen, en Massachussets Avenue. Tomó un baño y después, ocupando otro «taxi», fue hasta el edificio del

F. B. I.

El inspector Landbrook le recibió en su despacho. Parecía haber envejecido notablemente. Su rostro reflejaba un cansancio y tristeza imposibles de ocultar. Tendió la mano al inglés y le hizo un gesto para que se sentase frente a él, en la mesa de despacho.

—Bueno... —dijo moviendo tristemente la cabeza—. Ya he hablado con el subinspector Foley, de Miami. Me siento muy humillado, querido colega...

—Creo que es una actitud natural la suya —dijo suavemente Keenwood tendiéndole la bolsa de tabaco para que llenase la pipa—. Igual me ocurre a mí, verdaderamente. Estamos metidos codo a codo ustedes y nosotros, los del contraespionaje inglés, y nos están zurrando hasta ahora. Espero que sin tardar les podamos devolver cumplidamente los golpes y hacerlos trizas después.

—Dos de nuestros mejores hombres han caído para siempre —suspiró el inspector Landbrook—. Además de esos bravos de la Policía de Miami...

—Sí... Es sensible. Pero esto no obsta para que sigamos luchando. ¿Hay algo nuevo, inspector? Yo creo que es aquí dónde está el cerebro de la organización. Cerca del Capitolio, de la Casa Blanca, del

F. B. I.,

de la Secretaria de Estado y del Pentágono, con el Estado Mayor del Ejército... Es muy tentador para ellos espiarnos y escuchar y ver lo que hace su más poderoso enemigo.

—También lo creo yo —dijo Landbrook, más animado por las palabras de su colega inglés—. Y no hemos perdido el tiempo durante su ausencia. Tenemos en nuestras manos una fuente de información que espero nos permitirá adquirir datos precisos para ganar la partida.

—Enhorabuena. El

F. B. I.,

es demasiado poderoso para perder totalmente una guerra

entablada contra una banda de espías. Alguna batalla, es posible, pero no todas. ¿Puedo saber en qué consiste esa fuente de información?

—Es muy sencillo. Nosotros, aunque no somos especialistas en deducción, como lo son ustedes los de Scotland Yard, pensamos a veces... —sonrió irónicamente el inspector Landbrook. Keenwood también sonrió afablemente, comprendiendo quizá la broma de su colega americano—. Y pensamos que al ser entregada la microfotografía a la pobre Evelyn equivocadamente por aquel individuo, ordenándole la llevase al número dieciocho, era porque otra mujer, y precisamente de las que trabajan en los Almacenes Adams, era quien había de recibir el papel y la orden. El espía debió esperar que saliese la mujer cómplice suya, aunque no la conocía, seguramente, y debió confundirla con Evelyn. Quizá el tipo de Evelyn, quizá el ser rubia dorada, tal vez porque tenían un rostro parecido una y otra, bien porque Evelyn llevase, como llevaba, un bolso de piel color rojo, es el caso que al espía le hizo tomarla por su cómplice, y la entregó el dichoso papel. Bien —siguió Landbrook, lanzando una bocanada de humo de su pipa al techo—. Entonces, nosotros nos dedicamos a buscar en los Almacenes Adams una muchacha con algún parecido con Evelyn o que reuniese aquellos detalles susceptibles de provocar una confusión con nuestra muchacha muerta.

—Tarea no fácil, supongo —dijo Keenwood—. Mucho personal femenino habrá en Adams, ¿no? ¿Y cómo han dado con ella?

—Por un proceso de eliminación. Varios de nuestros agentes especiales se han colocado a las puertas de los Almacenes a la hora de salida del personal y han estudiado los rostros, las actitudes, los gestos y la forma de vestir de las muchachas de la edad aproximada de Evelyn. Ayer apartaron a dos... Y hoy nos hemos quedado con una, querido colega —dio un puñetazo sobre la mesa, como afirmando así su triunfo.

—¿Y... es ella a la que estaba destinado el papel para que lo entregase al dieciocho? —inquirió Keenwood, inclinándose sobre la mesa con ansiedad.

—Es ella, Keenwood —repuso con voz helada el inspector—. No podía por menos de ser ella, Es germanoamericana, ¿eh? Habla, naturalmente, el alemán, ¿eh?, y tiene amigos germanoamericanos.

¿Está bien?

—¡Perfecto! Ha confesado ser espía, por supuesto... —dijo Keenwood, mirando admirativamente a Landbrook.

—Pues... aún no. Esto se comprende, naturalmente. Nadie canta la verdad si ve probabilidades de escapar con bien del trance guardando silencio o sembrando la confusión. Está en buenas manos, amigo. ¡Ya lo dirá todo! El agente especial Benning, que fue quien la capturó, sabe cómo hay que hacer para que suelte la lengua. Es un muchacho licenciado en Psicología por Harvard. Especialista en interrogatorios, sin llegar al tercer grado, por supuesto —rió Landbrook al terminar la frase.

—¡Oh! ¡Un especialista en interrogatorios...! —exclamó, con entusiasmo, Keenwood—. Licenciado en Psicología... Bien, yo, Landbrook, me sentiría muy contento al poder presenciar un interrogatorio llevado por Benning y luego cambiar impresiones con él. Yo soy... también especialista de eso en Scotland Yard y doctor en Psicología, por Oxford. Luego añadí la Filosofía, la Ética, los modernos métodos deductivos de Siebert, Helsung... la Lógica... ¡Oh! Yo estaría encantado de presenciarlo.

—De acuerdo —concedió bonachonamente Landbrook, cruzando sus grandes manos sobre el vientre—. Venga mañana por la mañana, a las once, y le presentaré a Benning. ¡Magnífico muchacho Benning!... Le he pronosticado que de seguir así, dentro de un par de años será inspector, pese a sus veintinueve años y a que no proviene del Cuerpo de detectives de la Policía Federad. Era un profesor que no encontraba su ambiente en Harvard dando clases. Dinámico, sereno, concienzudo, se ahogaba allí. Vino al F. B. I.,

y estuvo en Quántico tres meses solamente. Se destacó poderosamente como especialista en indagatorios que requerían astucia, reflexión, examen detenido de los casos. Triunfó, y aquí está, a mis órdenes.

Se abrió la puerta y penetró un joven sonriente, de rostro delgado, sereno, reflexivo, cuyos ojos grises, tras unas gafas montadas al aire, brillaban poderosamente. Era de mediana estatura, pero robusto, ancho. Su cabellera caía, despeinada, sobre su enorme frente.

—¡Hola! ¿Estaba usted escuchando al inspector Keenwood, que

deseaba conocerlo, Benning? Mire, colega del Yard, éste es Benning. Benning, le presento a nuestro huésped el inspector Harold Keenwood, de Scotland Yard, agregado al *Intelligence Service* británico. Vino por lo del asunto del espionaje. Espero sabrá guardar la debida reserva, muchacho.

Los dos especialistas en interrogatorios estrecháronse las manos, mientras se examinaban profundamente con sus miradas.

—¡Oh! Creo que nada me complace más que poder conocer a un técnico de las modernas corrientes psicológicas al servicio de la eficacia policiaca —dijo Keenwood, sonriendo amistosamente al joven agente especial—. No podía suponer que en Norteamérica se diese tal importancia a este asunto.

—Cuando no somos inventores de algo, asimilamos lo mejor que los demás muestran —replicó Benning, riendo—. Scotland Yard es maestra en los métodos deductivos y los sistemas de descubrimiento por medio de la psicología de los delincuentes. Yo admiro en este punto a ustedes.

—Bien, bien —terció, con impaciencia el inspector Landbrook—. Espero que no me vengan ahora con exposiciones por una u otra parte acerca de los métodos de interrogatorios y todas esas bobadas. Reconozcan que no hay policía eficiente sin eso que siempre tenemos oculto y que en la mayoría de los casos nos lleva al triunfo. Me refiero a los confidentes. ¿Es cierto o no?

Creo que ustedes dan un poco de lado lo concerniente a demostrar la culpabilidad mediante hechos irrefutables y... sin violentar al acusado. Pero, en fin, nos apartamos de la acuciante realidad, me parece. Señor Benning, antes indiqué al inspector cuánto me agradaría poder presenciar el interrogatorio de esa muchacha a la que usted ha traído como presunta cómplice de esos espías. ¿No tendrá usted inconveniente en permitirme ser testigo de ese acto?

—Por mi parte, en absoluto, inspector Keenwood —dijo Benning, consultando con la mirada a su jefe, el cual asintió con un gesto—. Y hasta, si lo cree oportuno, podrá mediar en él. Usted está tan interesado como nosotros en este asunto de espionaje.

Keenwood se marchó a su hotel, poco después. El inspector y Benning quedaron aún un buen rato cambiando impresiones y ya casi a las diez, el inspector, riendo, dijo a su subordinado:

—¿Por qué no vamos a cenar con ese buen Keenwood en su mismo hotel? Es una forma de que nos pague la pitanza de esta noche. Así también charlaríamos un rato con él. Es interesante el tipo, ¿verdad?

Landbrook llamó por teléfono al inspector inglés y le anunció, en tono humorístico, que iba a cenar con él y que les esperase.

Tomaron un coche oficial y pocos minutos después penetraban los dos hombres del

F. B. I.,

en el comedor, donde ya estaba esperándoles Keenwood, en traje de etiqueta.

—¡Oiga! —exclamó Landbrook, mirándose el traje de calle, gris y un tanto arrugado, y observando el de Benning, también de calle, pero bien cuidado—. Usted debió advertirnos, diablo, que aquí hay que venir vestido de etiqueta. Bien, opino que será igual, ¿verdad? Usted nos disculpa.

—Seguramente. Yo no soy muy partidario tampoco de vestirme para la cena, pero observen —y señaló a los que ocupaban las demás mesas, que, en efecto, vestían de etiqueta, como asimismo las señoras—. Es gente distinguida. Voy a ordenar al «*maître*» nos sirvan y dar un recado por teléfono. ¿Sabe que he solicitado una entrevista con el jefe de Estados Mayores, en el Pentágono, Landbrook?

—Vaya, y después me dirá para qué —dijo Landbrook. Y él y Benning esperaron al inglés, que penetró en la Gerencia.

Cinco minutos después regresó, sonriente, Keenwood, acompañado del deferente «*maître*», que les hizo ocupar una mesa algo retirada. Con la carta a la vista, confeccionaron el «menú» y pidieron unos «cok-tails» para hacer tiempo mientras llegaban los platos.

—Me va a recibir el general Marshall —dijo en voz queda Keenwood— mañana por la tarde. He pensado en este asunto, amigos míos, y considero que la acción de estos espías abarca mucho más que la obtención de fotografías de las defensas del Canal de Panamá, por lo que a ustedes se refiere. Hay más fondo... mucho más. Quiero decírselo al general así. Mi Gobierno está al tanto de los ensayos que ustedes hacen respecto a explosivos atómicos, naturalmente, pero ¿está bien guardado el secreto de

fabricación? Ése es el quid, caballeros...

Landbrook y Benning se miraron, un poco azorados.

—El

F. B. I.,

no llega hasta ahí, camarada —dijo el inspector en voz muy queda—. Yo no sé una palabra acerca de eso que usted dice, y esto parece demostrar que el secreto se guarda bien. Celebraré que su gestión sea fructífera. ¡Ya está aquí la cena, diablos!

Terminada la cena, Landbrook propuso ir a tomar el café a algún club de noche, hasta las doce. Faltaba una hora para el final del día.

Tomaron el coche oficial, que les condujo a New Hampshire Avenue, y de allí a 16th Street. Bajaron en el Meridian Hill Park y tomaron asiento ante la estatua de la Serenidad, que parecía también estar tomando el delicioso fresco nocturno con agrado. Había allí un quiosco, del cual les llevaron café.

VI



EENWOOD estaba a la mañana siguiente, a las once, en el edificio del F. B. I.,

según le había indicado el agente especial Benning.

—Vamos —dijo el joven, haciendo un gesto al inglés para que le siguiese.

Bajaron a la primera planta y tras recorrer algunos pasillos se detuvo Benning ante una puerta, en la que había de guardia un agente uniformado, el cual abrió la puerta cuando el agente especial le mostró un documento.

Penetraron en un cuarto espacioso, sin ventanas ni hueco alguno al exterior. Lucía una lámpara eléctrica y la ventilación era por aire «acondicionado». Había allí una cama, una pequeña mesa, dos sillas, un armario, todo de chapa o tubo de acero.

Sentada ante la mesita, una bella muchacha, de mediana estatura, de cabellos muy rubios, casi blancos, y ojos azules, muy claros. Su rostro expresaba, ante todo, un carácter férreo, con una extraña frialdad en la mirada, que imponía desagradablemente.

—Buenos días, señorita Klammer —dijo Benning, sonriéndola mientras señalaba al inspector Keenwood, que se inclinó ante la joven—. Un colaborador...

La señorita Klammer, Ethelrida, hizo una inclinación de cabeza, sin responder una palabra. Cruzadas las manos sobre el regazo, su mirada parecía estar ausente de cuánto la rodeaba.

—Perfectamente, señorita Klammer —dijo, sentándose Benning ante ella. El inspector Keenwood se sentó sobre la cama, estudiando con mirada atenta a la joven—. Deseo hacerla una advertencia previa. Y es que poseemos ya cuánto nos hacía falta para conocer su origen, sus ideas políticas, quiénes son sus amistades, en qué ha estado invirtiendo su tiempo, fuera de las horas de trabajo, a partir de tres meses atrás. Vamos a acusarla de cómplice en un asunto de espionaje por cuenta de Alemania. Usted es germanoamericana; sus padres son alemanes y adquirieron aquí, hace veinticinco años, la nacionalidad americana. Pero ellos se han comportado como americanos de verdad. Usted, no... Pertenece a las Juventudes Femeninas Hitlerianas en el extranjero. ¿Es cierto esto?

—No —repuso secamente la joven. Y su mirada se perdió de nuevo, vagando por el techo y las paredes de la celda.

—Sí, digo yo —dijo sonriendo Benning—. Y puedo demostrárselo. Tenga en cuenta, señorita Klammer, que de lo que yo la acuse no me lo podrá rebatir, porque es absolutamente cierto. Quisiera que deslindásemos bien los campos.

—Yo los tengo bien deslindados ya. Usted había de demostrar no ante mí, sino ante el Tribunal y sus superiores del F. B. I.,

que eso que dice es cierto. Yo lo niego. Demuestre usted que soy espía y que pertenezco a esas Juventudes que indica. No me irá a decir que tiene papeles o testimonios fidedignos que así lo atestigüen. Eso es mentira.

Benning sonrió bonachonamente. Y el inspector Keenwood también sonrió, pero con malicia, guiñando un ojo al agente especial, como si quisiera decirle: «No es tonta la chica y sabe

colocarse en su debido sitio al desafiarle a que demuestre usted lo que dice».

—Hemos detenido a tres de sus camaradas, señorita Klammer, y la acusan de ser un enlace entre ellos y el resto de la organización de espionaje. ¿Conoce usted a un tal Erich Forstel? ¿Y a Albrecht Winkel, y a Fried Steinkapf?

Ethelrida no se inmutó. Su mirada siguió huidiza. Pero siguió callada, apretados los labios con gran fuerza.

—¿Es cierto o no que conoce usted a esos tres germanoamericanos, espías por cuenta de Alemania? Si es cierto, ¿alguno de ellos es el número dieciocho, a quién usted debía conocer bien, por ser enlace entre él y otro de su banda? ¡Conteste, señorita Klammer! Es necio negar ya...

Ella se levantó de repente, muy erguida, brillante la mirada, fanática ahora. Su rostro estaba palidísimo y parecía que de un momento a otro iba a caer desvanecida. Movi6 la boca, como si masticase algo. Rechinaron sus dientes...

—¡Cuidado! —gritó Keenwood, levantándose de un salto y abalanzándose sobre la joven, que sonreía burlonamente—. ¡Una ampolla de cianuro!

—¡Dios! —exclamó Benning, palideciendo de emoción—. No podía suponer...

Entre los dos trataron de abrirla la boca, pero ella ya había roto con sus perfectos dientes la ampolla de cristal y éste hirió la lengua y las encías, sobre las que cayó el cianuro.

—«Heil... Hitler!» —gimió la joven, dejándose caer al suelo, en brazos de los dos hombres, que la llevaron a la cama. Benning, trémulo de angustia, la tomó el pulso, mirando azoradamente al inspector Keenwood, que movió la cabeza con pesimismo.

—Está muerta —dijo con voz ronca—. Por lo visto era una fanática y tenía tomadas sus precauciones para el caso de ser descubierta.

—¡Buena la hicimos! —murmuró Benning apesadumbradamente, contemplando el cadáver de la joven, cuyo rostro se iba tornando amoratado—. No podía prever que llevase en la boca la ampolla de veneno. ¡La examinamos bien, qué demonios! ¿Dónde ocultaría la ampolla?

—A veces, dado el tamaño tan pequeño de esas ampollas,

pueden ocultarlas incluso dentro de un agujero de la nariz. Bien; si usted tiene en su poder a esos otros cómplices que citó, y que al decírselo a ella ha provocado el que se quite la vida, la cosa no está del todo perdida.

—¡Bah! Esos hombres que dije son, en efecto, sospechosos, pero el caso es que están huidos y aún no les hemos echado la mano encima. Ahora es cuando sé que ellos son espías, porque antes no era sino una presunción mía. Es el sistema de la obtención de la verdad mediante la mentira...

Keenwood sonrió maliciosamente.

—Me lo estaba figurando. Ella cayó en la trampa, pero antes que declarar prefirió suprimirse. Si usted hubiese sido más cauto... Quiero decir que no debió citar esos nombres tan rápidamente. Ella, al tratar de defenderse, como hizo al principio, ya habría dejado soltar algo sin darse cuenta, muy aprovechable para nosotros. Ahora estamos como si esta joven fuese absolutamente desconocida para nosotros, con todo lo que sabía. Lástima...

Benning, rojo de vergüenza, bajó la cabeza. Hizo un gesto al inspector, que le sonrió amistosamente, y salieron de la celda. El agente especial ordenó al guardián diese cuenta del fallecimiento de la joven.

El inspector Landbrook fue el que más a mal tomó el fatal desenlace del interrogatorio de Ethelrida Klammer. Su admiración por Benning bajó en un cincuenta por ciento y no ocultó tal desencanto.

—Es incomprensible, Benning —dijo duramente al joven, que, baja la cabeza, escuchaba el chaparrón filosóficamente—, que haya podido tener oculto ese veneno, pese a que usted dice que fue registrada en su presencia. Es incomprensible, y mucho más por el hecho de intervenir usted. Esto quiere decir, sencillamente, que estamos como cuando fue asesinada la infeliz Evelyn Gardfield. No sabemos nada de nada respecto a esos espías...

—Sabemos que existen, y no es poco —objetó el inspector Keenwood, conciliador, que presenciaba la entrevista entre jefe y subordinado—. Todo consiste en redoblar las precauciones en lo referente a la vigilancia y en proseguir los esfuerzos para capturar a esos espías.

—Quisiera tener otra oportunidad para arrancarme la espina,

jefe —dijo Benning, apretadas las mandíbulas por el coraje—. Déjeme proseguir en este asunto y no me volveré a equivocar. Sigo creyendo que cuando fue registrada esa mujer no tenía encima la ampolla de cianuro. Lo podría jurar...!

—Le ha venido del cielo, entonces —refutó desdeñosamente Landbrook.

—Del cielo, no. Ha sido un ser terrenal, humano —replicó secamente Benning—. Alguien que pudo llegar hasta ella...

—¡Diga de una vez que ha sido alguien del

F. B. I.!

—rugió Landbrook, congestionado por el furor, mirando duramente a Benning—. Dígalo, y así su torpeza quedará borrada, ¿no? Ustedes, los inteligentes, llegan a creerse superhombres y cuando se equivocan, como cualquiera otro, admiten cualquier otra estupidez menos reconocer el error. Le agradecería, Benning, me dejase ahora... Creo que no podría llegar a ningún acuerdo con usted. Vuelva esta tarde, mañana, pasado...

—Bien, jefe —dijo el agente especial respetuosamente—. Buenos días, inspector Keenwood. Buenos días, jefe.

—Hasta luego, Benning —dijo sonriendo amistosamente— Keenwood, y la mirada que le dirigió, llena de cordialidad, el agente especial la interpretó como un cálido mensaje de comprensión y camaradería hacia el compañero que, por una vez, se había equivocado.

Benning salió, humillado, sin saber cómo hacer para enmendar la pésima impresión que en Landbrook había causado la muerte de la espía, culpándole a él de semejante hecho. Tenía la absoluta seguridad de que Ethelrida fue registrada, después de ser privada de todas sus ropas, minuciosamente por la matrona señora Blair, «especialista» en tales menesteres. Y que, por añadidura, fue después sometida la alemana a un reconocimiento por rayos X, para ver si ocultaba dentro de su cuerpo, en determinados órganos, precisamente alguna ampolla de veneno o cierto supositorio de gelatina conteniendo tóxico, y que suele hacer efecto al poco tiempo de ser introducido en el cuerpo, mediante la disolución de la gelatina. Esto era ya conocido por todos los del

F. B. I.,

como usado por los espías, qué hacían uso de tales ardides para

suprimirse, cuando eran detenidos y no había esperanzas de salvación.

—Señora Blair, ya sabe lo que ha pasado... —dijo el joven, que había penetrado en uno de los laboratorios donde la empleada trabajaba cuando no eran requeridos sus servicios como «cacheadora» de mujeres.

La señora Blair contaba con cuarenta y cinco años de edad y era alta, fuerte, enérgica. Su rostro, pecoso, más parecía masculino por sus facciones duras, como pétreas.

—Sí, que ha tomado arsénico mediante una ampolla que llevaba en la boca —repuso la matrona encogiéndose de hombros—. Bueno... Sí se la han proporcionado después de ser registrada y pasar ante los rayos X, la cosa es fácil. Pero si viene usted a decirme que yo la registré mal, sepa que, con todo lo que le estimo, mi niño guapo, no se lo consentiré. Llevo casi veinte años cacheando a mujeres, algunas muy listas, en la Policía Federal, y luego aquí, para que ninguna lagarta me oculte nada de lo que yo busque. Además, ¿no vio por los rayos X a esa mujer? ¿Es posible que con ese medio escape nada a la investigación?

—Desde luego —admitió Benning, moviendo pesarosamente la cabeza—. Yo estoy seguro de que no llevaba nada encima ni dentro, pero entonces hay que admitir que un traidor...

—¡Pues claro, hijo! —exclamó la señora Blair, puestos los brazos, musculosos, en «Jarras»—. ¡Naturalmente! Mire, yo no señalo a nadie, pero me parece que es relativamente fácil averiguar quiénes estuvieron cerca de la muchacha una vez detenida y precisamente después de ser condenada y reconocida por los rayos.

—Son hombres fieles, señora Blair —murmuró quejosamente Benning, mirando severamente a la matrona—. Es grave la acusación...

—También es grave que pueda culpárseme de haberlo hecho mal o que usted y el operador de los rayos estaban pensando en otra cosa menos en mirar por la pantalla —repuso acremente la señora Blair—. Deje que la cosa vaya por sus pasos y que los jefes se las entiendan con los encargados de guardar a los detenidos. El que quiera, que venga a decirme que yo no sé cachear...

Benning, amargado, salió del laboratorio. Recogió en el despacho que tenía en compañía de otros compañeros su sombrero

y salió a la calle, sin saber adónde ir, puesto que el inspector Landbrook le había despedido, relevándole de seguir las pesquisas en aquel tenebroso asunto del espionaje.

Llegó así hasta el Gardfield Park, sobre una de cuyas esquinas se elevaba el viaducto de New Jersey Avenue. Y buscó con la mirada un banco donde sentarse y poder abstraerse un rato para pacificar su espíritu, tan alterado.

Sacó el *Washington Post* del bolsillo de la trinchera y lo desdobló maquinalmente, buscando la sección de Palabras Cruzadas, acertijos que en él constituían una obsesión, como todo aquel muy dado a la práctica de la agudeza mental y retentiva de la memoria.

Un coche, a muy reducida velocidad, se acercó, por la pequeña carretera culebreante, hasta situarse frente al banco donde descansaba Benning. Éste levantó la cabeza y lo examinó distraídamente. Era un «Plymouth», último modelo, azul claro, sedán, con neumáticos blancos. Llevaba las ventanillas bajadas y dos caras de hombre asomaron por ellas. El que lo conducía, y otro, en la parte de atrás.

El coche se detuvo frente por frente de Benning, dándole el costado.

El parque, absolutamente desierto, sin nadie más que él, y ahora aquel coche, que se paraba ante el banco, asomando la cabeza dos hombres.

Los contempló, ahora, sin saber por qué, tensos sus nervios de emoción.

Dos rostros de hombres nórdicos. Ojos azules, pelo rubio. Y la expresión...

Benning ya había visto muchos rostros para poder leer en ellos, sin apenas un fallo, qué emociones bullían en aquellas cabezas; qué ideas, sanas o malvadas. Y él era especialista en psicología, en clarividencia humana, para saber instantáneamente, ahora, que ante él estaban dos hombres deseosos de asesinar. El brillo de la mirada, el aleteo de la nariz, el jadeo de la respiración, esa especial y tremenda tensión que sufre todo aquel que se va a lanzar a algo terrible y que le hace latir el corazón locamente.

El agente especial sufrió a su vez un choque rudo en su sensibilidad, que tan fielmente le había indicado, con rapidez

vertiginosa, el peligro mortal en que se hallaba. El parque desierto, y él, sentado, frente por frente a dos asesinos, guarecidos en el interior del coche.

«Sterling... Drifton... El inspector Keyes... El agente Moss... El agente aquel, de uniforme, en el interior del edificio de la inspección de Policía, en Miami. Todos cayeron en emboscadas hábilmente ardidadas, sin oponer una resistencia adecuada, porque aquellos asesinos buscaron siempre la oportunidad de actuar sobre seguro y de forma aplastante. Ahora me toca a mí, pobre tonto, como un pájaro pegado con liga a este banco, y ellos apuntándome...».

Sí. Le estaban apuntando con pistolas. El conductor y el que iba detrás. No asomaban ya los rostros, sino las manos, oprimiendo las armas.



Sí, le estaban apuntando con pistolas.

Benning, hombre de acción, como todos los del F. B. I., no podía dejarse asesinar así, sentado en el banco como un hombrecillo aterrado que ve avanzar la muerte implacable. Si su instinto le había avisado del peligro, sin fallar, ahora su corazón y

su inteligencia, su bravura y arrojo tampoco podíanle traicionar.

Saltó hacia adelante como impulsado por una catapulta, en busca de la muerte, contra el coche. Pensó que yendo hacia el vehículo, los que dentro estaban hallarían grandes dificultades para enfilarlo con sus armas, rebulléndose de un lado a otro, tras las ventanillas. Y él ya tenía su pistola en la mano, sacada con movimiento agilísimo, mientras saltaba, de la parte posterior del pantalón. La pistola pequeña, del «32».

El salto le permitió llegar hasta el coche. Desde allí tenía que dar otro salto, para oblicuar y escapar a la enfilada de las pistolas, al campo visual de los agresores. Faltaba un salto, un salto, y con él la vida y tal vez la muerte de los asesinos.

Benning, como todos los hombres desde que nacen, tenía trazado su destino. Desde que entró en aquella legión de hombres valerosos que era el

F. B. I.,

se jugó la vida limpiamente, yendo al encuentro del enemigo mortal que jamás perdona. Como Sterling, Drifton y tantos otros luchadores del bien contra el mal, vencieron y sonrieron, prestos a luchar de nuevo. Hasta que el destino para el que nacieron se hizo realidad. La realidad que ahora tocó el joven Benning...

Dos disparos, que apenas sonaron, los oyó él al mismo tiempo que su ancho pecho, dilatado por el esfuerzo del salto de pantera, se encogía dolorosamente al sentir dos bruscos golpes. Y ya no pudo dar el segundo salto, porque las fuerzas le abandonaron repentinamente, haciéndole vacilar. Cayó hacia atrás, sobre la hierba y el encintado de la carretera.

El coche comenzó a moverse, mientras hablaban fuertemente los dos hombres. Iban a huir, dejándole allí, asesinado. Todo había sido muy sencillo, como un juego de niños. Le habían estado siguiendo, y cuando vieron a su víctima sentarse en el banco, aprovecharon aquella magnífica ocasión para matarlo, sin ninguna exposición. Era muy sencillo asesinar a una persona que está ajena por completo a lo que contra ella se trama. Acercarse, disparar sobre ella... y nada más.

Benning se levantó mediante un esfuerzo sobrehumano. El coche partía. Y aunque disparó sobre él, ya no fue posible apuntar a ninguno de los dos hombres sino a la trasera.

Dio un salto, sintiendo un dolor espantoso en el pecho, muy adentro. Y cómo bajaba por su cuerpo, por el estómago, el vientre, las piernas, un líquido pegajoso y caliente.

Puso sus manos sobre los cromados parachoques posteriores. Se agarró con todas sus fuerzas, arrastrado ya por el vehículo velozmente hacia la 2th Street.

No soltaba su presa Benning. Apretados los dientes, tensos los brazos, que se le iban durmiendo, arrastrado por el coche, que le destrozó los zapatos, los pantalones. Sin embargo, la pistola la llevaba encima, metida entre la ancha solapa de la trinchera y el pecho.

Varios coches, cuyos conductores habían visto aquella original forma de llevar a un hombre herido, pisaron los aceleradores y entablaron una carrera de velocidad para adelantar a aquel «Plymouth» que tomaba las curvas a toda marcha, haciendo que el desdichado Benning fuese barriendo, siguiendo la tangente, con su cuerpo el asfalto de las calles.

Un coche de la Policía se destacó de entre todos, haciendo aullar su sirena. Todos los demás le abrieron paso, sin cejar en la persecución.

Se puso a la altura del «Plymouth» y los cuatro policías de uniforme hicieron señas a los ocupantes del auto azul para que frenara.

Varios disparos sonaron imperceptiblemente y el chófer del coche de la Policía dejó de conducirlo al penetrar una bala en su cabeza. Sin gobierno, el vehículo salió disparado rectamente hacia una de las aceras, la subió, dando un brinco tremendo, y embistió contra la fachada de una casa, ya en plena avenida de Potomac, casi esquina a la 13th Street.

Una inmensa llamarada brotó del destrozado coche y los aterrados tripulantes de los demás «autos» que iban detrás viéronse imposibilitados de socorrer a los cuatro policías, que perecían, bien de las heridas causadas en el choque espantoso contra la fachada de la casa o abrasados vivos entre las llamas.

Benning seguía aferrado al parachoques trasero del «Plymouth», que corría a toda velocidad por 13th Street, hacia el norte de la ciudad. Se sentía más muerto que vivo, pero su férrea voluntad continuaba imperando sobre todo otro sufrimiento, y se había

jurado que mientras conservase un hálito de vida haría por matar a aquellos asesinos. Así, asido y arrastrado por el coche, conservaba la esperanza de poder cumplir su juramento.

Numerosos coches, haciendo sonar sus «claxons», las viejas bocinas, los estridentes pitos, corrían tras el coche azul como lebreles siguiendo a la pieza de caza. Otro coche de la Policía, varias motocicletas, aullando estruendosamente sus sirenas, pugnaban por abrirse paso entre la escandalosa jauría de «autos» seguidores.

El agente especial confió a su mano izquierda el trabajo de asirse a la trasera del «Plymouth». Con la derecha cogió la pistola y apuntó al neumático derecho trasero, muy cerca de él. Disparó dos veces, casi rozando la boca del cañón con la rueda.

Sonó un estampido seco e instantáneamente el coche se ladeó, fue al otro extremo de la calle, al opuesto después, y saltó sobre la acera, sin dirección. Tropezando, brincando, fue a chocar contra un grueso árbol, que se conmovió al terrible choque, pero allí quedó el flamante «auto» destrozado, humeante.

Los dos hombres saltaron a tierra, pistola en mano, heridos, espantados.

Y Benning, sonriendo por última vez en su vida, apoyado contra la trasera del coche, en pie, les apuntó con temblón pulso.

Ellos dispararon antes, sin fallar la puntería. Dos balas abrieron nuevos agujeros en el pecho del agente especial, que no pareció darse cuenta de ello. Disparó a su vez cuando le daban la espalda, disponiéndose a huir a todo correr de aquel alud de coches y motocicletas que se les venían encima.

Las balas de Benning hicieron blanco en las espaldas de los hombres. Cayeron cuan largos eran y después, tras un estremecimiento, quedaron inmóviles, boca abajo.

—Muy bien, amigo —dijo al lado de Benning un policía sudoroso, portando una ametralladora de mano—. Es usted un hombre... ¡Digo! —Le miró mejor y comprobó que el agente especial era ya cadáver, un cadáver apoyado con una mano sobre la trasera del coche, en pie, rígido como un poste, y con una sonrisa de satisfacción dibujada en los pálidos labios, por entre los cuales manaba suavemente un hilo de sangre—. ¡«Era» usted un hombre de pelo en pecho, amigo!

Le acostó sobre el pavimento, buscando el pulso por si aún vivía.

Muchas personas rodearon al agente, al muerto Benning, al coche destrozado y a los cadáveres de los asesinos.

El agente registró el cadáver de Benning. Sacó del bolsillo de la americana un distintivo, que examinó. Se incorporó después, mostrándolo a las gentes como si fuese un tesoro y exclamó:

—¡Acabáramos, hombre! ¡Era un agente especial del

F. B. I.!

VII



Estado Mayor del
F. B. I.,

ARECIÓ conmoveirse el

por su base al ser enterado, por el atribulado inspector Landbrook, de que una nueva baja se había producido en la plantilla de agentes especiales. Esta vez faltaba a la cita uno de los más capacitados e inteligentes agentes. Benning había muerto matando, pero había muerto, y el hueco que había dejado era difícil de cubrir. Un especialista en interrogatorios no se encuentra fácilmente, y menos un especialista en bravura, como había demostrado serlo.

Landbrook llegó a su despacho bramando de coraje. Nada le habían reprochado en la sesión del Estado Mayor. Hubo

unanimidad de criterios al juzgar que él, como todo el

F. B. I.,

iba dando bandazos, tropezando en las zancadillas que aquellos enemigos les ponían con infernal habilidad. Y esto era lo que más encorajinaba al dinámico y explosivo inspector. Tener que reconocer que iba dando tropezones, recibiendo bofetadas y acumulando verdugones como resultado de las palizas que le administraba aquel implacable enemigo, que sabía liquidar a los que el

F. B. I.,

conseguía detener, que ejecutaba con precisión matemática a los más expertos agentes especiales, aunque sufriesen algunas bajas, y que seguía siendo un enemigo misterioso, lleno de poder y astucia, al que no se sabía cómo atacar.

En el despacho, mirando por la ventana la Virginia Avenue, estaba un hombre joven, quizá de veinticinco años no cumplidos, de elevada estatura, anchos hombros y cuello ancho y fuerte. Su cabeza era también grande, con pelambrera color castaño rizada alborotada, produciendo la impresión de que allí jamás entró un peine. Su rostro, delgado, en el que se marcaban perfectamente los músculos faciales y la barbilla bien delineada. Ojos castaños oscuros, casi negros, de mirada dulce, casi cándida o tímida, dábanle un extraño aspecto de infantilismo, que el inspector notó seguidamente y no le agradó en modo alguno.

—¡Hola! —dijo con su gruesa voz regañona—. ¿Le han dicho que entrase en mi despacho, o es que no ha encontrado sitio mejor para contemplar la calle?

Keenwood, siempre ponderado, sonrió al colega, como pidiéndole un poco de comprensión para aquel muchacho, que ahora tragaba saliva, mientras daba vueltas a su sombrero flexible con las manos.

—Perdone, jefe —dijo con voz en la que aún perduraban las cambiantes inflexiones de la adolescencia—. Me han dicho que me presentase a usted... Soy David Wilton, creo que lo recordará usted. He salido hace un mes de la Academia de Quántico y al regresar de mis vacaciones de final de curso me han destinado a sus órdenes. Siento haberle importunado. Pasaré por aquí en otro momento...

—David Wilton... —quiso recordar Landbrook con aire

distraído, arrugando el ceño—. Bueno; no recuerdo, pero es igual. Usted viene a mis órdenes, ¿no? Bueno; pues retírese y ya le llamaré. Buscaré un sitio para usted no sé dónde. ¿Cree usted, Keenwood —se dirigió con aire sulfurado al inspector inglés—, que uno está para destetar a los alumnos que envía la dichosa Academia, teniendo encima los conflictos que no se sabe cómo solucionar?

—Todos hemos salido de la Academia, jefe —dijo tímidamente Wilton—, y después hemos valido para algo.

—Para algo... —refunfuñó Landbrook más suavemente, comprendiendo la razón que tenía el joven agente especial—. ¡Pero si lo que necesito ahora es gente experimentada, muchacho! ¿No sabe que mis mejores hombres han caído uno tras otro en pocos días? ¡Hombres de pelo en pecho, diablos!... ¡A ver, descúbrase el torso y veamos si tiene algo de vello!

Keenwood rompió a reír, contemplando el azoramiento de Wilton y la zumbona cólera del inspector, que parecía querer tragarse al joven.

Wilton abrió su camisa y mostró su pecho, tostado por el sol, pero carente en absoluto de aquel aditamento capilar que calificaba Landbrook como sinónimo de hombría superlativa.

El inspector, sonriendo ahora amistosamente, hizo un gesto a Wilton, que le miraba casi con terror, para que se cubriese el pecho.

—Está bien, muchacho. No sé qué voy a hacer con usted, pero ya le daré alguna ocupación. ¿Se ha especializado en algo, allá, en la Academia?

—Sé boxear, «Jiu-Jitsu», lucha libre... Sé tirar, conducir coches, aviones, corro mucho...

—¿Delante o detrás de los delincuentes? —preguntó zumbonamente el inspector—. Le pregunto si sabe investigar, si podrá arrancar una confesión a un tipo que no quiera hablar, por ejemplo. Sin emplear el tercer grado, que eso se adquiere con la práctica. ¿Tiene instinto del peligro, sabe si una persona está hablando sinceramente o trata de encubrir sus sentimientos?

—De todo eso he aprendido, jefe, y he aprobado. Creo que cuando me vea en la necesidad de emplearlo tal vez salga adelante. Me han dicho que viviré muy poco, si sigo en el
F. B. I.,

pero tal vez se equivoquen.

Una oportunidad, Landbrook —dijo suavemente el inglés—, y quizá encuentre usted el hombre que necesitamos. Sabe muchas cosas Wilton y quizá se desenvuelva bien.

Landbrook comprendió la ironía del inspector de Scotland Yard y rompió a reír bonachonamente.

—Bueno, bueno, Wilton —le hizo un gesto de despedida—. Ya me ocuparé de usted. Deje su dirección en Personal y, mientras tanto, siga paseando. ¿Tiene usted novia?

—Sí, jefe —murmuró Wilton enrojeciendo.

—¡Ah, pícaro! Como ya gana, lo primero es echarse novia... ¿Qué es ella?

—Nada, jefe. No tiene a nadie de familia, pero heredó bastante y no necesita estar empleada.

—Oíga... Usted no tiene nada de tonto —exclamó Landbrook, mirando admirativamente al joven—. ¿Quién se declaró? ¿Ella o usted? Sea franco...

—No hizo falta, jefe —contestó Wilton, sonriendo tímidamente—. Yo la salvé de las garras de unos forajidos y entonces...

—¡Caramba!... Corazón de León salvando a una dama del peligro, ¿eh? A ver, cuente eso, muchacho —dijo Landbrook, interesado y burlón, mirando al inglés socarronamente de reojo.

—Y usted les atizó de firme y salieron corriendo ellos. ¡Me apuesto mi paga a que eran sus camaradas, que fingían aquella agresión! —gritó Landbrook, también con infantil entusiasmo—. ¡A que sí...!

—Claro, jefe —replicó Wilton, riendo—. Era todo pura farsa. Y ella entonces se echó en mis brazos, llorando de alegría. Y así se hizo mi novia.

—Pero, bueno, Wilton —dijo severamente Landbrook, riéndole los ojos—, usted ha sido poco caballero, me parece. La engañó miserablemente. Ella cree que usted es un hombre valeroso, que le debe la vida... No sabe que es un farsante y le odiará, si llega a enterarse de todo eso.

—¡Quiá, Jefe! Sí resulta que luego me ha confesado que su criada le había advertido que mis camaradas y yo íbamos a realizar aquella comedia. Se prestó a representar su papel, porque... así me decidía yo a declararme. Me dijo que era tan... tonto, que no tuvo

inconveniente en fingir por su parte, a sabiendas de que mis amigos no la iban a hacer nada, que estaba aterrorizada y en peligro de muerte.

Landbrook y Keenwood lloraban de risa cuando el inspector le ordenó, con un gesto, que saliese del despacho. Wilton lo hizo así, muy turbado por aquellas risas. Bajó a la sección de Personal y comunicó que su jefe aún no le había ordenado ponerse a sus órdenes, pero que dejaba su dirección, para que lo llamasen si lo necesitaban con urgencia. Quedó en ir todos los días, por las mañanas, y después se despidió.

En el gran «*hall*» de entrada vio a otro agente especial, Ernest Belmont, el cual se le echó encima alegremente, dándole sendas palmadas en las amplias espaldas. Wilton también se sintió muy alegre al estrechar su mano.

Belmont era tan alto como Wilton, si bien menos vigoroso. Tenía un rostro, sumamente alegre, con ojillos azules llenos de picardía y astucia. Podría contar veintiocho años y se conocieron ambos en Quántico, cuando Belmont estaba ya para salir de la Academia y Wilton acababa de ingresar, El «veterano», dando una prueba de amistad por el novato, impidió que los demás alumnos le hiciesen víctima de la inevitable jugarreta, por la que habían de pasar todos los nuevos estudiantes. Sellaron así una amistad, que desde el principio se anunció como leal y sólida. Belmont era tejano, y Wilton, californiano.

Belmont, una vez satisfecho de gritar y sacudir a su amigo, se le quedó mirando, mientras sonreía anchamente.

—Y qué, ¿ya estás en el

F. B. I.?

¿Tienes destino? —le preguntó.

—Lo tengo. Y con un jefe muy raro, me parece. Un tal Landbrook, de la Sección de Contraespionaje. Creo que se ha estado riendo de mí, pero no me importa. Aún no me ha señalado tarea y me ha dicho que me vaya de paseo con la novia.

—En Contraespionaje también estoy yo, chico. Bueno; Landbrook es bueno entre los buenos, te lo aseguro. Es un romántico, aunque parezca que va a devorarle a uno. El hombre está pasando lo suyo con el asunto de espionaje ése. ¿Sabes de lo que se trata?

—No. He leído algo en los diarios. Sé que han caído algunos camaradas, pero ignoro lo principal. Por lo visto, nuestra Sección tiene trabajos peligrosos...

—Sí. Estamos metidos en un mal asunto. Hasta ahora nos están sacudiendo bien el polvo. No damos con el meollo de esa organización... Y ellos parece que saben lo que vamos a hacer y se nos adelantan.

—Eso es interesante —dijo Wilton alegremente.

—¿Sí? ¿Por qué? —preguntó Belmont, admirado—. ¿Porque se están burlando del

F. B. I.,

o porque no vamos a quedar uno en la Sección a este paso?

—Porque a mí me gustan los asuntos difíciles, embrollados. Yo creo que descubrir a un delincuente o a unos tipos que hacen tonterías y caen a las primeras de cambio no tiene mérito alguno. Eso lo hace cualquiera irlandés de la Metropolitana que se pasa el día recorriendo calles con las manos a la espalda y soñando con su verde Erin.

—Algo de eso me está pasando a mí ahora —dijo Belmont en tono malhumorado—. Landbrook me ha encargado de un asunto completamente estúpido, pero nada fácil.

—¿Qué es? Bueno, si se puede saber...

—Sí, hombre. Pues parece que existe la sospecha de que se falsifican determinados impresos del

F. B. I.,

no sé con qué miras. Papeles de oficios, de cartas y órdenes, sobres, de informes confidenciales... Yo que sé... Ya sabes que todo eso se hace sobre un papel especial, con una contraseña especial marcada al agua. Bueno, pues alguien se ha dado cuenta de que hay falsificaciones, de que el papel en determinado número de impresos no lleva bien la marca al agua. Se han enviado a los Laboratorios nuestros, algunos de esos impresos y se ha comprobado que no son como los que sirve nuestra proveedora la Garnett & Braddock.

—Y tú has ido a esa casa y te han dicho, ¿no? —inquirió Wilton, muy abiertos los ojos, como si le costase gran esfuerzo pensar.

—Que ellos no han hecho esos impresos. Ahí está el lío. No se sabe si los han hecho o no. Pueden haberlos confeccionado con un

papel peor, para ganar más en la tirada, saliendo mal la contraseña, por consiguiente, y al verse descubiertos, dicen que ellos no lo han hecho...

—Absurdo, Ernest —replicó Wilton moviendo la cabeza con energía—. Si dicen que no lo han hecho, así será. ¿Se van a jugar un cliente como el

F. B. I.,

por ganar unos dólares dando peores papeles para la impresión? Yo no lo haría, vamos. Oye, y yo creo que eso tiene más importancia de la que tú crees...

—Ya lo sé. Landbrook dice que ese estado de cosas no puede tolerarse, porque algún malintencionado puede hacer uso de esos impresos falsos y hacerse pasar por el

F. B. I.

Yo creo que no es para tanto. Haría falta falsificar también las firmas de los jefes, y ése es ya otro cantar.

—No lo creas. Si yo cojo un impreso del

F. B. I.,

imito mal o bien una firma de un jefe ordenando un registro en un pueblo, en casa de un hombre poco culto, y me llevo dinero, alhajas o el coche, dándole un recibo falsificado también, ¿qué pasa?, impunidad durante el tiempo necesario para poner pies en polvorosa con el importe del robo. Con el nombre y la fama del

F. B. I.,

se pueden hacer muchas cosas y muy graves si lo usa un malvado.

—Bueno, no te dejes llevar por la fantasía —atajó Belmont riendo—. Tú siempre has soñado con ser un héroe del

F. B. I.,

y la verdad es que...

—¿Qué? ¿Porque me ves así, como atontado, crees que yo no pienso y sé investigar un poco? —preguntó Wilton en tono quisquilloso.

—Hombre, no es que te tenga por un idiota, pero vamos, yo en tu lugar me casaría con Cynthia y me dedicaría a vivir a lo grande, chico. Ella tiene una buena fortuna y te quiere de veras —repuso Belmont en tono conciliador—. A ti no te hace falta meterte en estos líos del

F. B. I.

—Sí, desde luego —reconoció el joven ufanamente—. Cynthia me adora... Siempre me está diciendo que deje el empleo, que nos casemos y me pone un negocio como me agrade, para que no se diga que yo soy un fresco que me dedico a vivir a su costa. Pero es que me gusta esto, esto... Creo que he nacido para ser un investigador, un tío grande descubriendo complots, metiéndome en líos en los que haya que salir a tiro limpio—Wilton, con los ojos brillantes de entusiasmo, accionó como si realmente estuviese ya luchando ferozmente contra una legión de facinerosos. Varios agentes, que estaban charlando en el *hall*, se le quedaron mirando curiosamente, suspendiendo sus conversaciones. Belmont, riendo, le cogió de un brazo y lo sacó al jardín.

—Bueno, bueno... Cástate, David, y pon un despacho de tabacos, una de esas tiendas rojas, en Nueva York, y harás dinero. O vete a tu California y hazte criador de caballos de carreras. Si gana un caballo tuyo, un «Grand National» te hará de oro. Adiós, héroe de película...

Wilton, enfurruñado por el tono burlón de su amigo, le vio marchar mientras apretaba los puños corajudamente. Dio media vuelta, entrando de nuevo en el «*hall*», y encendió un cigarrillo, pensativo. Después, como si alguien le fuese persiguiendo, subió de dos en dos los escalones de la escalera, llegó al pasillo y dio un golpecito en la puerta del despacho del inspector Landbrook.

—¡Pase! —gritó la ronca voz del inspector.

Wilton penetró tímidamente, manoseando su sombrero. Todo su valor y decisión pareció esfumársele al contemplar la imponente figura del jefe, que, sólo sentado ante su mesa, estaba escribiendo. Levantó la cabeza Landbrook y se le quedó mirando curiosamente mientras una sonrisa irónica se dibujaba en sus labios delgados.

—¿Qué? —inquirió secamente, más secamente de lo que en él era habitual, sabiendo lo tímido que era Wilton, con ánimo de asustarle.

—Perdone, señor... —repuso el joven, baja la cabeza—. Yo... quiero, desearía, si fuese posible, hacer algo por ganarme el sueldo. He hablado ahora con mi camarada Belmont. Eso de los impresos falsos...

—¿Los ha falsificado usted? —dijo Landbrook pugnando por contener la risa—. ¿Sabe quién lo ha hecho?

—¡No! Yo podría saberlo, jefe. ¡Estoy seguro de que sabría quién lo hace! Tiene usted razón al pensar que eso es importante...

—Gracias, Wilton —repuso burlonamente Landbrook—. Ahora que usted lo asegura también, yo me afirmo más aún en que eso es importante. ¿Y por qué cree usted que eso es importante, muchacho?

—Porque se puede hacer un uso criminal de los impresos, señor. Y porque es además una burla al

F. B. I.

Si a mí alguien me falsifica un cheque, copiando mi firma, le rompo las narices al que lo haga. Lo de menos es que me robe cien dólares, que es toda mi fortuna... hasta que cobre el sueldo.

—¡Aaaah! —Gruñó Landbrook entornando los párpados y mirando fijamente al joven, que seguía sobando su sombrero mientras se apoyaba nerviosamente sobre un pie para luego hacerlo sobre el otro—. Está bien... ¿Puedo estar seguro, jovencito, de que siempre pensará así, cualquiera que sea la situación en que se vea? ¿Romperá usted muchas narices a quienes se lo merezcan, o sacará la pistola si cree que es necesario hacerlo, si yo se lo mando?

—¡Para eso he venido al

F. B. I.,

jefe! —exclamó casi rabiosamente Wilton, echando chispas sus grandes ojos castaños, casi negros—. Y quiero decirle que si no piensa darme un asunto de los buenos, acepte mi renuncia al empleo. Perdone, jefe... —Se puso rojo de vergüenza su viril rostro, aniñado a veces, aunque ahora parecía reflejar una energía admirable.

—¡Aaaah! —volvió a exclamar Landbrook, sonriéndole con clara simpatía—. ¿Ha hablado con su novia y le ha calentado las orejas? ¿No le querrá si no es usted un héroe del

F. B. I.,

como los que aparecen en las películas o novelas? Mire, hijo, yo quiero decirle que esto es bastante serio... En menos de ocho días me han matado a Sterling, a Drifton, a Benning... —Su rostro se nubló, contraído por el dolor—. ¿Quiere creer que voy sintiendo un horror indescriptible cada vez que meto a un nuevo agente en liza? Es como si lo empujase derecho a la muerte, sabiendo yo que se me va a ir para siempre...

—Jefe, entonces acepte mi renuncia —repuso hoscamente Wilton—. O pediré que me trasladen de Sección. Si cree que soy un crío, ojalá pueda demostrarle que, aunque no tengo todavía vello en el pecho...

Landbrook rompió a reír con todo entusiasmo. Se levantó y fue hasta el joven, apoyando sobre sus robustos hombros sus enormes manazas. Wilton no los bajó, pese a la presión de aquellos brazos poderosos.

—Está dicho, muchacho. Baje a Personal y dígame de mi parte a Norton que le dé dinero, armas, una credencial y que le asigne a la investigación de la falsificación de impresos del

F. B. I.,

juntamente con Belmont. Hable con él y pónganse de acuerdo para triunfar. Oiga, Wilton —apretó los hombros del joven, mientras le miraba fijamente, jadeando de emoción—. Aquí, en mi Sección, o se triunfa o se deja uno el pellejo en la contienda. Venir a este despacho con la cabeza baja, nunca... Benning entró aquí ayer con la cabeza baja. La mujer a la que estaba interrogando se le fue de entre las manos, burlándole. Dos horas después moría como un héroe, matando al enemigo. Esto es todo...

Le hizo girar sobre sus pies y le empujó hacia la puerta con violencia.

Wilton, cuando iba a cerrar tras él la puerta, le vio en medio del despacho, muy abiertas las piernas, gigantesco, contemplándole con ternura infinita.

—Jefe —dijo el joven, después de vacilar un poco—. No diga a nadie, a nadie... qué estoy a sus órdenes. Esto da más carácter, ¿verdad?

VIII



OSEÍA Cynthia Nash un hotelito estilo Tudor en Arlington Road, en el barrio de Rosslyn, a orillas del Little River, que no es sino un brazo del Potomac, estando en medio la Theodore Roosevelt Island, antes Analostan, y al otro lado de la isla, el otro brazo del Potomac, llevando por nombre Georgetown Channel.

La joven vivía sola... con tres criadas, dos chóferes, otros dos jardineros que cuidaban del parque y una doncella. Era lo menos que necesitaba la joven para sentirse un poco atendida, según aseguraba a sus amistades, y, sobre todo, al atribulado Wilton cuando iba a verla y contemplaba aquel esplendor de la mansión de su amada. Ni con el sueldo del director del

F. B. I.,
podría sostenerse aquel tren de vida...

Terminaron de beber el «*whisky*» con soda y sin ella, y Wilton se retrepó, mientras sonreía maliciosamente, bailándole los ojos de alegría.

—Me han dado ya empleo... —dijo, aparentando indiferencia, en tanto vigilaba la reacción de ella ante semejante noticia.

—¿De veras? —repuso Cynthia, aparentando interés—. ¿Qué vas a hacer? Habrá de ser algo importante, no con arreglo a tu capacidad...

—Desde luego. Es todavía un secreto, pero puedo confiártelo si no te sientes explícita con nadie. Es —bajó la voz— relativo a una falsificación de impresos de los que usa el

F. B. I.

¿Sabes la trascendencia que puede tener el que unos malvados puedan usar impresos nuestros, dando órdenes, metiendo personas extrañas en la casa, bajo la máscara de agentes, y todo eso? El mismo Landbrook me ha dado la razón al juzgar la cosa como muy seria...

—Y te ha encargado que lo dilucides... —murmuró Cynthia, sonriendo disimuladamente—. Eso es que reconocen lo que vales, ¿verdad? ¡Cómo me alegraría que triunfases! Entonces, vas a estar destinado aquí, en Washington, ¿no?

—Desde luego. Opino que Landbrook no quiere que me separe de él. Ya le he dicho que haga el favor de no decir a nadie que estoy con él—su rostro se puso grave, con una gravedad infantil, que hizo que su novia volviese a otro lado el rostro para disimular la risa que se le escapaba, incontenible.

—¿Y por qué, David? ¿Todos los del

F. B. I.,

son así de misteriosos? Es notable, ahora que recuerdo... igual le ocurre a Bárbara Macomb. ¿Te acuerdas de mi amiga Bárbara, de la Universidad de Boston, que ahora está en Guantánamo, en Cuba?

—Aquella rubia panocha, sí... Buena chica era. ¿Y qué le ocurre?

—Pues que vive allí, con sus padres, muy cerca de la base naval y aérea de Guantánamo, y que tiene un novio que es del

F. B. I.,

igual de misterioso que tú. Es un muchacho la mar de guapo, y trabaja como agregado a las autoridades de la base, en servicio de contraespionaje. Mira, ahí tengo la carta que acabo de recibir de ella... Bárbara está decidida a casarse con él.

Wilton puso aquella expresión que más desagradaba a su novia. La de un perfecto atontado, dejando caer el labio inferior y poniendo los ojos como atravesados, cual si repentinamente se hubiese quedado bizco. Se levantó y cogió de encima de un mueblecito de laca un sobre, del que extrajo la misiva de Bárbara. Leyó apresuradamente:

«Averigüé que Peter (se llama Peter Folger, y es un encanto de hombre) pertenece al

F. B. I.,

porque, al quitarse la americana en casa, debido al enorme calor que aquí hace, se le cayó el distintivo. Lo cogí y se lo entregué. Se puso como la grana, chica... Me dijo que su misión aquí es muy reservada, y que solamente los jefes de la base militar lo saben. Me pidió, bajo palabra de honor, que a nadie se lo dijese, a nadie... Bueno, supongo que tu David será igual que Peter en este sentido. Lleva aquí como dos meses...».

Wilton dejó caer la carta al suelo, aún más acusada la expresión de atolondramiento en su rostro de chiquillo retrasado mental.

—Guantánamo... ¡Guantánamo!... —dijo con voz desfallecida, y en voz baja siguió repitiendo el nombre de la base naval americana en Cuba.

—Oye, David, haz el favor... —dijo severamente Cynthia, admirada de la actitud de su novio—. ¿A qué viene todo eso? ¡Pones una cara de majadero...!

—Yo... yo sé... por qué... —murmuró trabajosamente David, levantándose repentinamente y apoyándose en un pie y luego en el otro, azorado—. Necesito... Cyn querida, necesito...

—Bueno... Sal al pasillo, y la tercera puerta a la izquierda —replicó riendo ella.

—No. No es eso... —Wilton bailaba ahora, moviendo los dedos de las manos como si tuviesen hormiguillo—. ¡Llévame en tu coche, preciosa, al

F. B. I.!...

Guan... tánamo no puede ser. ¡No puede ser! ¡Anda, llévame en tu «Lincoln», o déjamele!

—¡David! —replicó duramente ella, asustada ya verdaderamente por lo que veía en su novio de inquietante: una excitación nerviosa jamás presenciada por ella. Un David trémulo de ansiedad, poseído de un dinamismo que más parecía los síntomas de un ataque nervioso agudo—. ¡No te entiendo!... ¡Y no te vas de aquí sin decirme qué te pasa! ¡Oh, querido—le oprimió contra su pecho, temerosa como una madre, y le besó en los labios—, no te pongas así! Dime, dime qué te pasa... ¿Qué pasa con Guantánamo? ¿Qué es lo que no puede ser? ¡Ay, David, tú me llevarás a la tumba, hijito de mi alma!

—Pues eso... Que en Guantánamo... no hay agentes del F. B. I.

—contestó al fin el atribulado Wilton, muy pálido—. Tú no sabes lo que esto signi... significa.

—Bueno, ¿y qué? Ahora han destinado a Peter, el novio. ¿Tú qué sabes lo que el

F. B. I.,
puede disponer, estando como estamos en guerra?

—¡Claro que lo sé!... Yo mismo... esta mañana, leí la lista... de sitios donde hay agentes especiales —repuso temblando de impaciencia Wilton, cada vez más pálido, como un epiléptico—. En Personal, para ver si me convenía ir... destinado a otro sitio. ¡Y no hay agentes en Guantánamo! ¡Y ese Peter es... es... un espía!!

—¡David! —gritó Cynthia, palideciendo a su vez. Cogió a su novio por las solapas de la americana, mirándole cara a cara, furiosamente—. ¡Tú estás loco! ¡Repite eso! ¿Estás seguro de que en Guantánamo no hay agentes vuestros destacados, como en tantos otros sitios? ¡Ay, David, con lo... majadero que eres siempre, quién se puede fiar de ti! ¡Anda, vamos! ¡Pero como todo esto no sea más que una tontería tuya, te juro que terminamos para siempre, y que... te pego, David! ¡Te pego! ¡Ay, como me pongas en ridículo delante de tus jefes!

No... Ya verás como no, queridita mía. ¡Vamos corriendo a ver a Landbrook! ¡Voy a ser yo el que descubra este lío de espionaje, que está costando la vida a mis mejores camaradas! ¡La falsificación de

impresos está justificada ahora! ¡¡Ya comprendo!!

Bajaron al «*hall*» como un ciclón, enlazados por la cintura, rojos de emoción, trémulos de ansiedad. Wilton llevaba en la mano la carta de Bárbara Macomb, de Guantánamo. Cynthia pidió a gritos el «Lincoln», y dos minutos después ocupaban los asientos del coche.

La joven, fija la mirada, agitada la respiración, conducía diestramente, mientras su novio se limpiaba continuamente el frío sudor que bajaba continuamente por su ancha frente. En voz baja, alterada por continuos suspiros, repetía la palabra «¡Guantánamo!», que martilleaba su cerebro.

Arlington Ridge, cruce del Lee Boulevard, a la izquierda, curva del intrincado laberinto de la carretera en la Memorial Avenue, para subir a ella y penetrar en el enorme puente de Memorial Arlington. Y cuando iban a llegar hacia la mitad sonó la sirena de aviso y, lentamente, las compuertas se abrieron, partiéndolo por la mitad.

Cynthia paró en seco el coche, ahogando un bufido de enojo. Wilton lanzó un suspiro y se dedicó a encender un cigarrillo.

—Dame otro, egoísta —dijo ella, regañona, atenta a que bajasen las compuertas, después que hubieron pasado por el río dos grandes barcazas cargadas de carbón.

Arrancó de nuevo el «Lincoln» velozmente. Ante el círculo de carretera que rodeaba al monumento a «Lincoln» bajó al Parque Potomac y se lanzó como una flecha por la asfaltada vía; cruce con la 14th Street, pasando ante el Departamento de Agricultura, y entrada a la gran Virginia Avenue, rectamente, soslayando a los demás vehículos con escalofrantes quiebros, hasta situar el coche, frenando en pocos pasos, a la trasera del edificio del F. B. I.

Bajaron los jóvenes. Wilton, contraído el rostro, ahora lleno de tremenda energía y decisión, llevaba a su novia cogida del brazo. Y ella, apenas sin poderle seguir, sintiéndole muy extraño, muy hombre...

En el piso, aceleradamente, como si el tiempo volase para ellos y lo que iba a estallar fuese a ocurrir en breves segundos, la pareja llegó ante el despacho del inspector Landbrook. Eran cerca de las siete de la tarde y posiblemente se hubiese marchado ya a su casa...

Wilton golpeó desconsiderablemente la puerta. Ella le miraba atónita, y sintió indecibles deseos de besarle, de besarle

apasionadamente, porque su David era otro, muy otro... Tenía hasta cara de inteligente y todo, ahora...

—¡Pase! —gritó la ronca voz de Landbrook.

Él la empujó, apretándola el brazo hasta hacerla daño.

—Hola, Land... Hola, jefe —dijo David tartamudeando—. Perdone que vengamos así. Ésta es... mi novia, Cynthia Nash...

El inspector se levantó, un tanto asombrado, sin comprender la actitud de su subordinado. Sonrió al estrechar la mano de la joven.

—¿Qué tal? Bueno, Wilton, le felicito... Señorita Nash, usted puede hacer mucho por este excelente chico. Bien... y, Wilton —se le quedó mirando, expectante, indicando con un gesto el sofá... ¿qué hay de nuevo? ¿Viene a invitarme a la boda?— rió entre dientes al ver el azotamiento de la joven.

—¡Hem! No... Todavía no, jefe —repuso Wilton sonriendo estúpidamente—. Ahora... ahora es otra cosa. Oiga, jefe, ¿en Guantánamo, Cuba, hay agentes especiales nuestros? ¿Del F. B. I.?

¿A qué no?

Landbrook le miró fijamente. Miró después a la joven, que escuchaba con reconcentrada atención, muy pálida.

—Lo siento, pero no... Y tampoco le podría destinar allí, si es que deseaban ir a ese punto. ¿No habíamos quedado en que usted se quedaba conmigo, muchacho?

Wilton dio un salto en el sofá, incapaz de refrenar su nervosismo.

—¡No hay, no hay! —gritó lleno de entusiasmo—. ¡Es un espía, jefe! ¡Y lo he descubierto yo! Lea, lea esa carta, por favor...

Landbrook, infinitamente asombrado, asustado ante aquella explosión de entusiasmo de aquel muchacho, a quién consideraba como una perfecta nulidad mental, cogió la carta de Bárbara y la leyó.

Su rostro trocóse, de moreno, en verde, gris, y luego blanco como la nieve. Sus poderosos hombros bajáronse, aplanados, y pareció que fuese a desmayarse. Se pasó la mano sudorosa por la frente y se levantó, yendo lentamente a su mesa. Cogió una carpeta y rápidamente pasó varias hojas.

Wilton y Cynthia, anhelantes, fueron hasta la mesa y se colocaron uno a cada lado del inspector, inclinando las cabezas para

ver qué miraba el inspector con tanta ansiedad. Éste estaba examinando una detallada lista de bases americanas, puntos estratégicos y lugares donde era de temer una infiltración de espías. En cada uno de aquellos lugares, algunos fuera del territorio de la Unión, había agentes especiales, inspectores expertos en espionaje y contraespionaje del

F. B. I.

Pero la base naval y aérea de Guantánamo no estaba allí relacionada...

—¡Coja ese teléfono, Wilton! —gritó Landbrook sofocadamente, señalando uno de los varios que había sobre la mesa—. ¡Pida que se ponga el jefe de Personal! Yo voy a hablar con Guantánamo... —Cogió a su vez otro y marcó rápidamente una cifra en el disco.

—Jefe, el «premier» del Personal —dijo Wilton cuando se estableció la comunicación—. ¿Se lo digo yo?

—¡Claro! Abra el amplificador, que me entere yo...

—Oiga, señor Norton. El jefe está ahora hablando por otro teléfono —dijo Wilton, temblando de alegría—, y me encarga le pregunte sí... si por otra sección han destinado algún agente especial o inspector a Guan... Guantánamo. ¡Guantánamo! ¿Me entiende?

—¿Guantánamo, en Cuba? No. Creo que no... —respondió el jefe de Personal.

—¡¡Mírelos, narices!! —rugió Landbrook metiendo la boca sobre el aparato que tenía Wilton—. ¡Creo que no, creo que no!... ¡Se mira y se dice sí o no con seguridad! ¡Aprisa, Norton!

—Un minuto, viejo gruñón —respondió la voz risueña de Norton.

—Deme la base de Guantánamo, en Cuba, señorita —pidió Landbrook, con rugido leonino—. Con la misma base. ¡Urgente, carita de ángel! —Pegó su oído al microteléfono de larga distancia, mientras contemplaba abstraídamente a Cynthia, que, llena de emoción, acariciaba disimuladamente una mano de su novio.

—¡Oiga, Landbrook! —dijo Norton por el teléfono que tenía Wilton—. ¿Me oye?

—¡Diga, diga, Norton! —gritó el inspector—. ¿No?

—Rotundamente, ¡no! En Guantánamo no hay nadie del

F. B. I.

¿Qué pasa?

—¡Nada! Gracias, viejo —chilló el inspector—. Cuelgue, Wilton. Y repase, por si acaso, esas listas. Sé que no hay nadie allá del F. B. I.,

pero por si acaso... ¡Hola!... ¡Hola!... ¿Base de Guantánamo?

—¿Quién habla? —preguntó una voz clara, aunque un poco tenue.

—Habla Washington. Del Federal Bureau of Investigation. F. B. I. ¿Me entiende?

—Siga. Le entiendo muy bien. ¿Qué hay?

—Que se ponga el jefe de la base. Muy urgente e importante —dijo Landbrook, repicando los dedos de la mano izquierda sobre la mesa con impaciencia.

—Se pondrá el Comodoro Shearer. ¿Quién es usted?

—El inspector Landbrook, del Servicio de Contraespionaje. ¿No se me nota? —chilló el viejo inspector.

—¡Oh! Va enseguida, señor.

Siguió una pausa de un minuto. Después, una voz ronca habló en tono suave:

—Comodoro Shearer, jefe naval de la base. Dígame, inspector...

—Hola, señor. Pocas palabras, ¿eh? ¿Está un tal Peter... Peter Folger, que se dice agente del

F. B. I.,
en esa base?

—Sí. Está aquí, agregado por ustedes. Muy diligente, nada escapa a su vigilancia. ¿Por qué dice eso de que «se dice agente del F. B. I.»?

—¡Deténgalo, empaquételo y espere órdenes nuestras para traerlo aquí! ¡Es un espía alemán!

—¡Cuando vayan a detenerlo, cuidado con que tenga en la boca una ampolla de cianuro y la mastique! —gritó Wilton aplicando su boca a la oreja de Landbrook, que le miró admirativamente—. ¡Será mejor que le hagan tomar una dosis de estupefaciente en el café o el «whisky», y luego le inmovilizan! ¡Hay que conservarle vivo! ¡Que no sospeche nada!

—¡Eso es, diablos! —gritó a su vez Landbrook—. Oiga, comodoro, otra pregunta, por favor...

—¡Vaya un lío, inspector! ¡Le juro que le voy a hacer papilla! —

rugió la voz del comodoro, llena de inmenso coraje.

—Dígame cómo se presentó ahí, diciendo que era del

F. B. I.

¿Llevó algún documento?

—Una credencial con el membrete de ustedes. Con su firma, Landbrook...

—¡Hijo de perra pelona! Tomarme a mí de pantalla, falsificarme la firma... —gimió Landbrook, al borde del desmayo, de puro rabioso—. Oiga, señor, cójale esos documentos y envíemelos cuanto antes por un avión. Tendrá su carnet, el distintivo...

—Sí, sí. Todo bien falsificado. Ahora es cuando veo claro... Desde hace dos meses venían hundiendo los submarinos alemanes un enorme porcentaje de barcos aliados, aun yendo en convoyes protegidos. Este hombre sabía tan bien como nosotros cuándo iban a pasar los convoyes y avisaba a los submarinos «Jerrys». Nuestros aviones de reconocimiento y lanchas rápidas protegían el paso, pero si este tipo avisaba a los submarinos antes...

—Anúlelo hoy mismo, comodoro, y tome sus precauciones, porque lo queremos vivo —terminó Landbrook—. Buena suerte, señor.

—Descuide. Dentro de unas horas parecerá un embutido, si es que podemos contener los deseos de hacerlo piltrafas. Adiós,

F. B. I.

Colgó fatigadamente Landbrook, miró a Wilton y después a Cynthia.

—Hemos cogido el cabo del ovillo —dijo el joven agente especial, lleno de alegría, que apenas sí podía dominar—. Ahora, a seguirlo, jefe.

—Estoy pensando en el daño que ese hombre nos ha hecho, hijos —dijo el inspector tristemente—. ¡Cuántas vidas de hombres valerosos arrancadas al esfuerzo de guerra! ¡Qué cantidad de armas y pertrechos al fondo del mar, en vez de utilizarse contra el enemigo! Millones de dólares inutilizados por un solo hombre... Y esto en un caso solo. ¿No habrá, muchos falsos, agentes en otros sitios estratégicos, en otras bases, intentando arrebatarnos la victoria?

—Jefe, hay que hacer una depuración inmediata—propuso Wilton nerviosamente, trazando sobre un papel varios monigotes—.

Yo propongo, si me lo permite...

—Hable, hable, hijo —dijo Landbrook inclinándose sobre el papel—. Ponga ahí... Lo que se le ocurra...

—Telegramas urgentes a cada base o sitio de vital importancia estratégica, a todo centro industrial dedicado al esfuerzo de guerra, a los Estados Mayores donde hay agentes especiales agregados, pidiéndoles remitan lista de ese personal agregado —escribió en tanto Wilton, mientras hablaba rápidamente—y, una vez en nuestro poder, cotejar las listas con las que aquí hay. Caerán en la ratonera los que sean falsos.

—De acuerdo —musitó Landbrook mirando admirativamente al joven—. Es todo muy sencillo, pero hacía falta llegar a pescar a uno para saber lo que teníamos encima. Gracias a usted, Wilton...

—Gracias. Así ha sido —repuso sencillamente el joven—. Ahora —siguió escribiendo—, averiguar quiénes son los dirigentes de esta asociación de espionaje, y donde radican. Está claro que la falsificación de impresos, carnets de identificación y distintivos tenía por objeto llegar a suplantarnos. ¿Cómo averiguaron ustedes que había tal falsificación de impresos?

—Cuando llegaron a un establecimiento de fabricación de armas cortas y municiones en Pittsburgh, dos pseudos empleados nuestros y mostraron un pedido de armas y municiones para el F. B. I.

La venta de armas está ahora intervenida y sin ser un organismo oficial el que las pida, no se dan.

—Comprendo —dijo Wilton—. Ellos eran los espías, con un pedido falso, pero bien hecho.

—Cuando pasó la factura el establecimiento, nos quedamos admirados. Nosotros no habíamos pedido armas en tal fecha. Nos mostraron el documento de recepción, la factura, todo en regla, pero falso, falso... Comprobamos firmas, sellos, papel de la casa. Falso de cabo a rabo. Esto es todo.

—Es de temer que esa asociación de espías tenga muy amplias ramificaciones, jefe —murmuró Wilton sombríamente—. Yo... yo tiemblo al pensar si algún camarada nuestro está metido en el complot. Si hay traidores de los nuestros... La organización parece perfecta, ¿verdad?

—Sí, diablos... Pero vamos a proceder como el rayo, hijo —

replicó Landbrook, apretando los puños furiosamente—. ¡No escapará ni uno!

—¿Y yo? ¿Puedo servirle de algo? —preguntó tímidamente Wilton.

—Pues claro —dijo Cynthia, mirando a su novio regañonamente—. ¿Acaso no has sido tú el que ha descubierto el cabo de la madeja?

—Usted va a trabajar conmigo codo a codo, joven —repuso Landbrook riendo ante el proteccionismo de la joven respecto a su tímido novio—. Se queda conmigo para un trabajo burocrático...

—¿Burocrático? —murmuró Wilton con doloroso asombro—. Yo desearía, jefe, investigar, seguir a esos espías...

—Claro, claro —repuso Landbrook apaciguador—. Todo eso vamos a hacerlo, de momento, desde aquí. Va a revisar toda la correspondencia cruzada entre nosotros y allí, donde hay agregados del

F. B. I.,

tanto en la Unión como en el extranjero, bases, etc., y con ayuda de un técnico, comprobar que el papel usado es el auténtico, es decir, que no ha sido falsificado.

—Es un buen trabajo, David —dijo Cynthia que, ante todo, deseaba que su novio no corriese exagerados peligros personales—. Es lo que te gusta, creo yo. Investigar, retorcer tu magín...

—Sí... Pero después me gustaría ir a detener a esos espías —repuso tercamente el agente especial—. Si estoy aquí dejaré de ser agente especial para convertirme en un chupatintas. Mis camaradas de la escuela creerán que me he enchufado...

—Oiga, Wilton —dijo el inspector, arrugado el ceño y mirando fijamente a su subordinado—. ¿No cree usted que el que ha de disponer lo que debe hacer soy yo? ¿Se imagina que puedo tolerarle el que me esté exigiendo como un niño mimado que quiere tal cosa o la otra? ¡Mañana por la mañana, a las diez, esté aquí para la labor que le he destinado! Y márchese, por favor...

Guiñó un ojo amistosamente a Cynthia cuando ella y su novio, cariacontecido, se despidieron de él. Fue como si la dijera: «Ya que ha elegido un tonto por novio, procuraremos conservárselo con vida». Y ella le sonrió, porque comprendió que aquel ogro era, en fin de cuentas, un sentimental, y que Wilton y ella se amaban

profundamente.

Toda aquella noche se la pasó Wilton en el cuarto del hotel donde se alojaba, sentado en la cama y fumando incesantemente, mientras hacía trabajar a marchas forzadas a su cerebro. Intentaba asimismo combatir su despecho por haber sido destinado a ocupar una plaza de burócrata. Odiaba profundamente a los burócratas y consideraba que no merecía la pena haberse estado tres meses o cuatro en la Escuela de Quántico, pasando por pruebas muy rudas, incluso de sufrimientos físicos agudos, además de estudiar diversas materias nunca conocidas por él, para luego sentarse ante una mesa llena de papelotes para clasificar, dar y recibir recados por teléfono y tolerar las bromas de mal gusto, pero justas, de sus camaradas de acción, que creerían que había buscado recomendación para colocarse en las oficinas y escurrir el bulto al peligro.

Tanto llegó a enojarse, que, hacia las tres y media de la madrugada, llamó por teléfono a su novia. Ella, soñolienta, se puso al aparato ahogando un bostezo.

—¿Cyn? Perdona, querida mía... —dijo él con acento compungido—. No puedo dormir...

—¡Pobre! Por eso, lo mejor que se te ha ocurrido es que tampoco duerma yo, ¿verdad? —repuso ella en tono sarcástico—. Y ¿por qué mi niño querido no puede dormir? ¿Soñabas que los espías te perseguían?

—Fuera de broma, Cyn. He llegado a la conclusión de que no puedo tolerar que me tomen por un emboscado, por un idiota chupatintas... ¡Aún no me han puesto a prueba para considerarme un inútil!

—David, no seas tontito, haz el favor. Yo me alegro...

—¡Ya lo sé! Ya vi cómo el inspector te hacía un gesto como si tú le hubieses pedido, también por señas, que me tuviese guardadito en una urna para que no me malogre. ¿Y sabes lo que voy a hacer? Renunciar al empleo y marcharme al frente, pedir un sitio en el Servicio Secreto para que me lleven como... espía dentro de Alemania o el Japón. Quizá poner una agencia particular de detectives contra el espionaje...

—Haz algo de eso y puedes desde ese instante buscar otra novia, David —contestó secamente Cynthia—. Buenas noches...

Wilton oyó el chasquido del aparato de su novia cortando la

comunicación. Lanzó un suspiro de desconsuelo y apagó la luz, tratando de dormirse.

Cinco minutos después lo conseguía, cuando ya la aurora comenzaba con su luz lechosa a barrer las sombras de la noche.

IX



UANDO el inspector Landbrook explicó a Wilton lo que de él deseaba, el joven se mostró algo más conforme con aquel puesto de burócrata y accedió, temporalmente, a desempeñar el cargo.

—Ha de investigar, con ayuda del técnico en impresiones sobre papel, si todos cuantos documentos que he recibido en esta sección de agentes especiales e inspectores agregados están escritos sobre papel del nuestro, mediante la comprobación de la marca al agua. Aparte cuántos carezcan de ella, pues serán falsos. He pedido ya por telegrama a todos los centros relación de agentes especiales destacados, como usted indicó tan acertadamente, y asimismo que me remitan muestras del papel que usen los agentes agregados. ¡Ah! Wilton, hoy sale de Guantánamo, en avión, el espía al que hemos trincado. ¡Ése va a cantar, se lo aseguro!

—¿Pudieron hacerse con él fácilmente? —preguntó Wilton con entusiasmo.

—Le hicieron tragar un soporífero, como usted insinuó. Después,

todo fue muy fácil. Se ha encontrado un aparato de radio emisor en casa de un cubano, amigo suyo. Otro espía, por supuesto. Gracias a usted, sin moverse de aquí, hemos comenzado a dar la batalla a esos espías.

La puerta se abrió y apareció el inspector de Scotland Yard Keenwood, tan atildado y atento como siempre.

—Buenos días, inspector —dijo sonriente—. Tengo buenas noticias, me parece...

—Yo también, colega —repuso Landbrook—. No nos dormimos los primos, ¿eh?

—Cierto que no. Estoy casi seguro de que desde este instante vamos a comenzar a cosechar triunfos sobre los espías. Vengo del Pentágono... He hablado con el general Hastings... Perdone, Landbrook —hizo un gesto al americano, señalando a Wilton, como si le preguntase si era de confianza.

—Hable, hable. Wilton es ahora un elemento de primera fuerza para mí —repuso riendo Landbrook—. Ha descubierto, por su parte, el nido de un espía en Cuba...

Wilton enrojeció de orgullo. Luego, mientras el inspector llenaba cuidadosamente su pipa, hizo un gesto de advertencia a su jefe, recordándole la promesa de no decir a nadie que estaba a sus órdenes, Landbrook se encogió de hombros, sonriendo.

—¿En Cuba? —dijo Keenwood, con asombro después de encender la pipa—. ¡Oh! Me parece que el general Hastings no ha guardado bien el secreto... Pero dice usted que ha sido este joven, Wilton, si no recuerdo mal, el que lo ha descubierto. Bien, en el Pentágono tiene su vanidad, por lo que veo. Me ha dicho el general que su servicio secreto había descubierto la existencia de un espía en la base naval y aérea de Guantánamo. ¿Es lo mismo?

—¡Exactamente! ¡Vaya con los del Pentágono!... Les doy yo la noticia y ellos se atribuyen el mérito del descubrimiento. ¿Qué le parece Wilton?

—Que es lo mismo, jefe. El caso era descubrir a esos hombres —repuso modestamente el joven agente especial.

—¿Y cómo se ha podido descubrir la existencia del tal espía? —inquirió Keenwood—. Mi suposición no sé si será correcta...

—¿Cuál es? Veamos a Scotland Yard haciendo cábalas —inquirió Landbrook festivamente, guiñando un ojo a Wilton.

—Considerando que un falso agente no puede infiltrarse en un organismo oficial sin ser previamente presentado con toda clase de formalidades, lo más fácil es que dicho espía lleve consigo una documentación adecuada sobre la cual no haya sospecha ninguna, o bien que un traidor, empleado en tal centro, de las garantías suficientes para ello. Una de dos...

—¡Estupendo, Sherlock Holmes! —gritó Landbrook riendo, pero mirando a su colega inglés con mal disimulada admiración—. La primera teoría es la correcta. Hay falsificación de documentos, de papel timbrado del

F. B. I.,

de insignias. ¡Nos estaban minando el terreno! Hoy mismo no sé cuántos espías, supuestos agentes especiales del

F. B. I.,

tenemos metidos en centros oficiales, bases estratégicas, centro de producción de material de guerra... Pero desde hoy van a empezar a caer. Esto es sencillo ya, ¿verdad?

—Evidente. Todo era que se cogiese la punta del ovillo. Bien, señor Wilton —le tendió la mano el inglés al joven agente, estrechándosela fuertemente—, le felicito sinceramente. Nos hacía falta, ¿verdad, Landbrook?, que alguien nos dijese que tres y dos son cinco y no seis, como creíamos.

—Gracias, señor —repuso Wilton—. Voy a... mi trabajo, jefe. Lleve ya el material necesario para trabajar con Gerard.

—Ande, ande, y no se le suba a la cabeza el triunfo —replicó el ahora alegre Landbrook.

Wilton bajó al piso primero y entró en uno de los laboratorios, donde halló a Gerard muy ocupado en el examen de huellas dactilares, marcadas sobre diferentes clases de papel.

Gerard era ya un hombre de edad, calvo, risueño, enamorado de su profesión de investigador de huellas de todas clases y descubrimientos de falsificaciones de documentos, firmas, señales especiales y cifras de códigos secretos.

—Hola, joven —dijo al ver a Wilton, tendiéndole la mano—. Ya me ha hablado de usted ese perro viejo de Landbrook. Enhorabuena, Wilton, por su triunfo. Sabíamos que había documentos falsificados, pero creíamos que era para cometer pequeñas estafas, comprar algo a nombre del

F. B. I.,
y luego no pagarlo.

—Fue pura casualidad, señor Gerard. Otro lo hubiera descubierto igual —repuso modestamente Wilton, sentándose a su lado, ante una mesa con gran número de lupas enormes, reflectores potentes y microscopios.

—No lo descubrimos ninguno, sino usted. Supo dar en el clavo al oír hablar de Guantánamo y orientar el nombre hacia la no existencia de agentes nuestros allá. Eso es intuición, querido amigo, y con ella se va muy lejos. Bueno, veamos esos papeles... Han de tener la marca al agua nuestra, y de no ser así, son falsos, y, por tanto, de esos espías. Es sencillo, si ellos no han imitado bien nuestra marca, joven. Todo pudiera suceder.

Puso un papel de oficio, escrito a máquina, bajo la cegadora luz de un reflector, dejando toda la mesa envuelta en la oscuridad, así como la habitación. Después, con un extraño aparato amplificador de imágenes, lo aplicó sobre el borde inferior izquierdo, moviendo el objetivo hasta dar una perfecta y gran visualidad a la figura, del escudo del

F. B. I.,
que destacaba, en un blanco lechoso, sobre el blanco papel.

—Vea. Este papel es del nuestro. Esta marca es difícil de copiar. Primero, porque es necesario saber que la tiene. Después, por la composición especial con que está hecha. No existe otra igual a ésta, ni aun las de los billetes de Banco ni sellos de correos. Por eso mismo hemos podido descubrir la falsificación, que es burda. Descubrieron que había marca, pero no supieron imitarla. Vamos, otro documento.

—Yo voy registrando los que no están falsificados —dijo Wilton después de haber examinado con el experto las marcas especiales—. Como aparezca algún documento falsificado, qué alegría...

—Desde luego. Éste... —La lente especial se fijaba, bajo la mano de Gerard, sobre el sitio exacto, sondeando durante unos segundos, hasta dar con ella claramente—. Nuestro, Wilton. Otro...

Uno después de otro, los oficios, cartas, hojas de memorándum, telegramas, fue pasando bajo la lente fiscalizadora. Gerard, encantado con aquel trabajo, que ofrecía tan apasionado interés como el de la posibilidad de descubrir alguna filtración más de

espías en el

F. B. I.,

hacía comentarios cada vez que un documento era examinado por él.

—Después de esta labor habrá que revisar los documentos que ha enviado el

F. B. I.,

a los organismos donde hay agregados, o sin que los haya. De esta forma caerán los que haya infiltrados, como en el caso de Guantánamo. Tengo deseos de examinar ese documento de presentación del espía.

—Y yo de ver al espía —murmuró Wilton, pensando en Bárbara, la amiga de Cynthia.

Casi a la hora de terminar la faena de la mañana, a la una, Gerard dio muestras de inquietud. Tenía ante su lente un impreso, que examinaba con intenso interés, mientras murmuraba palabras apenas audibles.

—¡¡Falso!! —gritó secamente, sacando el papel de debajo de la lente con un movimiento de repulsión—. Wilton, ya tiene otra pista... La marca está cochinemente mal imitada. ¡Indecentes chapuceros, con esto querían engañarnos!

El agente especial, pálido de emoción, cogió el papel y lo examinó a su vez, leyendo lo que había escrito en él.

¡Oiga, Gerard!... —murmuró mientras sostenía con mano temblorosa el escrito—. Le ruego vea bien otra vez... ¿Sabe lo que dice aquí?

—No le he leído. Mi misión es decir si es falsa o no la marca. ¿Y cree usted que por mirar otra vez se va a arreglar el asunto? ¡Traiga! —respondió adustamente el técnico volviendo a coger el papel y colocándolo ante la lente, bajo la luz del foco—. Mírelo usted mismo... ¿No ve cómo el blanco de las letras no es uniforme? ¿No observa cómo parece que están hechas a pinceladas con más densidad en unas que en otras? El papel no es el mismo que el nuestro, ni quien hizo las letras para servir de molde. Esto es tan claro como descubrir que usted y yo no somos la misma persona. Y ¿qué dice aquí? Está usted más blanco que esta luz, amigo...

Lo leyó y después se pasó una mano por la sudorosa frente, mirando a Wilton con cara de bobo.

—Hay cosas que uno, sin saber por qué, se niega a admitir —dijo con voz queda, un poco ronca—. No sé por qué tampoco esto podía uno suponérselo y, sin embargo, era tan posible, tan terriblemente hacedero...

—¡Pobre inspector! —murmuró Wilton, absorta la mirada, mientras frecuentes estremecimientos le sacudían el cuerpo—. Yo... yo lo siento muy de veras, señor Gerard... Landbrook es bueno, al fin y al cabo...

—No pierda tiempo, muchacho —dijo Gerard golpeando amistosamente la amplia espalda de Wilton—. Estoy seguro de que se lo agradecerá, al fin y al cabo. Ande, ande, antes de que se vaya a su casa. Dígale que respondo de mi trabajo y que puede verlo él mismo si lo desea.

Wilton salió de su ensimismamiento doloroso, y con paso acelerado llegó al despacho del inspector cuando éste cogía su sombrero para marcharse.

—Hola, hijo. Por supuesto, nada... —dijo sonriendo animosamente al joven, que volvía a sostenerse sobre un pie para luego hacerlo sobre el otro mientras, baja la vista, sostenía en la mano el papel blanco—. Bueno, ya tenemos aquí al espía de Guantánamo, ¿sabe? Y con él ha llegado también la documentación falsa, que examinará Gerard. A simple vista está estupendamente hecha. ¿Qué, Wilton? ¿Qué es eso?

El agente especial le tendió el impreso sin acertar a decir nada sino esto:

—Es falso, inspector. Lo siento...

Landbrook lo cogió, atónito y apenas lo comenzó a leer, bajó la mano, contemplando fijamente a su subordinado mientras una terrible palidez invadía su rostro moreno. Retrocedió y fue a sentarse pesadamente en un sillón, como incapacitado de reaccionar ante el golpe que acababa de sufrir.

—Lo siento, jefe —murmuró de nuevo Wilton, inmóvil, refregándose las manos como si hubiese sido cogido en una grave falta—. Dice el señor Gerard que responde de su trabajo y que usted puede comprobarlo. Es fácil comprobarlo, señor. Yo lo he visto...

Landbrook levantó la cabeza para contemplar a su subordinado con mirada desgarradora.

—Yo tengo la culpa de todo... —dijo trémulamente, con una

ronquera en la voz que hizo estremecer a Wilton—. No tengo disculpa ninguna, nada puedo aducir en mi descargo. Por mi han caído esos muchachos... ¿Comprende, Wilton? Yo hablaba y hablaba delante de él y estaba dándole armas para combatirnos. Ahora me lo explico todo...

—Está en nuestras manos todavía, jefe —dijo impulsivamente Wilton, poniendo una mano sobre la inclinada espalda de su jefe—. ¡Vamos por él...!

—Le dije que estaba usted ocupado en revisar esos papeles... —repuso desfallecidamente Landbrook—. Le expliqué todo, todo... Si no es un idiota habrá puesto pies en polvorosa, previendo que iba a ser descubierto.

—¡Vamos por él! —gritó el joven, inclinado sobre su jefe y manoteando nerviosamente—. ¡Que no se burle de nosotros! ¡¡Vamos, jefe!!

—Sí, vamos... —repuso Landbrook, y se levantó rápidamente. Se dirigió a su mesa y extrajo de un cajón una pistola de gran calibre, juntamente con varios cargadores. Colocó los tirantes con la funda bajo la axila izquierda.

—Esto es cosa mía, Wilton —dijo a su subordinado—. Usted no vendrá conmigo. Ahora he de luchar por vengar a aquellos muchachos a quienes llevé a la muerte con mi ingenuidad. Quite, Wilton...

—Yo voy detrás, jefe. Después, si quiere, me despide del F. B. I., pero ahora me meto hasta la garganta en este asunto, con usted —exclamó Wilton con indomable energía—. ¡Si era lo que yo estaba deseando y necesitando, jefe!

En el bar tomaron, en pie y a toda prisa, unos emparedados y café.

—Lo podremos coger... —murmuraba Landbrook, en tono de duda, mientras el coche oficial en que iban ambos corría velozmente hacia Massachussets Avenue—. Siquiera, que pueda llevarlo ante los jefes superiores, vivo o muerto. Me ha deshonrado, ridiculizado...

—Hizo las cosas con una sorprendente sencillez —comentó Wilton—, y por eso mismo usted cayó en la trampa, como hubiera caído cualquiera. Debió presentarse antes de que usted fuese a su

despacho, aquella mañana, llevando ya el telegrama falso. Muchas visitas esperan, en efecto, la llegada de ustedes para despachar sus asuntos, ¿no?

—Eso es. Estuvo quizá paseando por el pasillo, vio que el idiota de mi secretario aún no había ido y se metió de rondón en mi despacho, dejando tranquilamente el telegrama. Luego hizo como que acababa de llegar de allá, al mismo tiempo que el radiograma.

—El gabinete de recepción del Centro no cursó tal radiograma —dijo Wilton en tono admirativo—. ¡Cómo lo iba a cursar, si era falso!

—Yo lo tomé por genuino, naturalmente. Y estaba redactado con una astucia maquiavélica. Recomendando que nada se dijese, ni aun a Scotland Yard ni al *Intelligence Service* sobre su llegada... Impunidad para actuar durante una larga temporada, claro.

Ante el edificio del Hotel Clarsen bajaron rápidamente.

—¿El señor Keenwood? —preguntó con ansiedad Landbrook al encargado del «comptoir».

—Ha partido, señor —dijo el empleado del hotel—. Dijo que marchaba en coche hacia Filadelfia. Se ha despedido por unos días.

—¿En qué coche? ¿Alquilado? ¿Particular? —rugió el inspector, mirando de arriba abajo al empleado—. ¡Aprisa, hombre!

Wilton, saltando sobre un pie y otro, incapaz de dominar sus nervios, parecía dispuesto a saltar por encima del mostrador para estrangular al azorado empleado.

—Alquilado, señor —murmuró el del «comptoir». A uno que siempre hace servicios parecidos a clientes del hotel.

—¡La marca del coche! ¡La matrícula! —gritó Landbrook golpeando la tabla del mostrador—. ¡Hable, idiota! ¡Soy del F. B. I.!

—Y... es un «Chevrolet», señor. W. A. L. -

30 370

exclamó el hombre al fin, muy pálido. —¿Qué es ese hombre? ¿Un «gángster»?

—El demonio —murmuró Landbrook, cogiendo el aparato telefónico de encima del mostrador y marcando en él velozmente—. Oiga, oiga... —Esperó unos segundos con impaciencia, escuchando—. ¡Señor! —gritó el empleado del hotel, señalando a la puerta—. ¡Si está ahí el chófer del coche! ¡Tú, Daniels, aquí te buscan!

Landbrook se volvió como si una serpiente fuese a atacarle por la espalda. Colgó el aparato y se fue contra el chófer, alto y fuerte, que esperaba, muy asombrado por aquella actitud nada pacífica del inspector.

—¿Usted ha llevado en su coche al señor Keenwood? —le preguntó mientras le cogía por las solapas, poniendo su rostro junto al del chófer, que intentó vanamente retroceder, aterrado—. ¿Adónde le ha llevado?

—¿Y quién es usted para ponerse así? —exclamó el chófer, a quien desagradaban aquellos modales y no parecía dispuesto a dejarse apabullar.

—Mire —le enseñó Landbrook su insignia—. Conteste ahora, o le meto un puño en las narices. ¿Adónde lo ha llevado?

—Al treinta y cinco de Harvard Street. Yo no sabía que usted era... He venido a recoger una maleta que se dejó olvidada ese señor. Está esperándome.

—¡La maleta! —pidió Landbrook a gritos al empleado del hotel, que salió disparado de detrás del mostrador, llamando también a voces a un mozo—. Esa maleta la necesitamos... Y usted —se volvió a encarar con el chófer del «taxi»— nos va a llevar a ese sitio de Harvard Street.

—Conformes, señor. Estaba él ya con otros tres hombres, que le aguardaban dentro de la casa y salieron al llamar él.

—Cuatro... —murmuró Wilton refregándose las manos con satisfacción—. Eso es lo que me gusta, jefe. Ya traen la maleta.

Era una maleta de grandes dimensiones, que miró Landbrook con detenimiento. Vio que estaba cerrada con llave y ordenó al empleado que se fracturase la cerradura inmediatamente. Wilton lo hizo, empleando un cortafríos y un martillo, golpeando las cerraduras sin compasión.

—Un aparato emisor de radio... —murmuró el inspector examinando el aparato, de fabricación alemana, modernísimo—. Y esto es un código, me parece. Sí... el

«B-2»,

que usa el Estado Mayor del Ejército. ¡Dios mío, hasta esto tenían ya en su poder!

—Naturalmente, jefe. Ha podido penetrar en el Pentágono con nuestra recomendación y ha sacado lo que ha querido —indicó

Wilton—. Creo que no debiéramos perder más tiempo. Se nos va a escapar si tarda mucho en ir este hombre del «taxi» con la maleta. Desconfiará...

Landbrook ordenó al chófer les condujese al 35 de Harvard Street. Sudaba el inspector copiosamente y su mirada tenía una ferocidad que impresionó a Wilton.

La carrera desde el hotel hasta Harvard Street, muy cerca del Parque Zoológico, fue cubierta en pocos minutos, no obstante la considerable distancia que había entre ambos puntos. El chófer del «taxi», llevando al lado a un Wilton que, pistola en mano, estaba atento a lo que pudiera hacer el asustado hombre, intentando rebelarse o perder tiempo para dar tiempo a que Keenwood y sus hombres se marchasen, demostró ser un conductor de primera fuerza.

Un poco antes de llegar a la villa donde Keenwood esperaba la llegada de su maleta, Landbrook y Wilton se apearon del coche y llegaron hasta la verja de la residencia, que era de un tipo isabelino, ya en mal estado, de dos pisos. Rodeábala un jardín espacioso, descuidado asimismo, en el que crecían algunos abetos de altas, copas y el suelo estaba cubierto de hierba y plantas silvestres.

El conductor del «taxi», obedeciendo las órdenes de Landbrook, al llegar con su coche ante la verja de hierro, hizo sonar el «claxon», avisando a los de adentro.

Landbrook y Wilton, en tanto, dieron la vuelta a la finca, rodeada por una verja de hierro, no muy alta, y en algunos sitios medio derribada por falta de reparaciones.

—Hay que entrar y asaltar el edificio —dijo Landbrook en voz queda—. Si es posible, evitar que se suiciden, reventando las ampollas de cianuro que puedan llevar en la boca.

—Debiéramos haber avisado a más hombres de los nuestros para cercar el edificio y reducirlos a la impotencia sin que puedan hacer nada —observó Wilton, viendo que su jefe poseía poca agilidad ya y se fatigaba fácilmente. Era muy alto, en efecto, Landbrook, pero su misma robustez le hacía ser pesado, poco ágil para una lucha como la que se avecinaba, contra cuatro hombres desesperados al verse descubiertos.

—Sería lo más prudente, sí —murmuró el inspector roncamente —, pero esto es cosa mía, muchacho. Cometí una falta

imperdonable que debo pagar y me niego a traer más gente, algunos de los cuales pudiera caer. Usted, hijo, se colocará aquí, en sitio estratégico, y si ve que intentan escapar, dispare contra ellos sin compasión. Yo iré a intentar detenerlos.

—Me niego a obedecerle, jefe —dijo Wilton moviendo la cabeza con energía—. Usted lo que quiere es... suicidarse peleando contra ellos.

—Ahí está Keenwood —susurró Landbrook, inclinándose para no ser visto por el pseudoinspector de Scotland Yard—. Usted, aquí...

—Yo, con usted —dijo secamente Wilton—. Sí hay que disparar, los dos.

Keenwood estaba hablando con el chófer animadamente. El taxista, obedeciendo las órdenes del inspector, contaba la historia que había de soltar:

—Señor, no me han querido entregar la maleta en el hotel. Quieren que usted me dé una orden por escrito para dármela, o vaya usted a buscarla. Desconfían de uno... Lo siento.

Landbrook y Wilton saltaron por una especie de portillo que había en la verja, por la parte de detrás del edificio. Las ventanas, por aquel lado aparecían cerradas herméticamente. Solamente una puertecilla, la de servicio, estaba entornada. Wilton la contempló con marcada aprensión. No sabía si detrás de ella estarían los otros tres hombres, vigilando, y el interior, por tanto, penetrar en el edificio por allí era moralmente expuesto. Pero ya Landbrook, decidido, jadeando de ansiedad, como un desesperado, avanzaba pistola en mano.

—Cuidado, jefe —susurró mientras intentaba ponerse delante de él.

—Quite, Wilton, o le atizo un golpe que lo dejo tirado ahí —murmuró el inspector mirándole con tremenda cólera—. Le he dicho que esto es cosa mía, no de niños. Quédese atrás y vigile.

El joven se echó un poco para atrás, en evitación de discusiones y violencias, precisamente cuando ya estaban llegando ante la puerta entornada.

Landbrook, suavemente, la empujó, abriéndola sin ruido. Pudieron pasar, escurriéndose como ladrones, y penetraron en la cocina. Estaba desierta y el mayor silencio reinaba en la casa.

Solamente el grifo de la fuente-fregadero dejaba caer de tiempo en tiempo una gota de agua, que sonaba fuertemente.

Transpusieron la cocina y entraron en una especie de comedor para la servidumbre. Allí había vasos sucios, una botella de «*whisky*», platos que contenían restos de comida, una jarra con agua. Siguieron adelante, con paso cauteloso, sin meter ruido. Wilton, detrás de su jefe, pero dispuesto a entrar en acción instantáneamente que advirtiese el menor peligro.

Llegaron a un «*hall*», con muebles antiguos, de excelente calidad, pero cubiertos de polvo. La puerta del «*hall*», que daba al porche de entrada, estaba abierta. Por allí había salido Keenwood para hablar con el taxista. Y ahora volvía... Oyeron sus pasos sobre la gravilla; cómo él hablaba en voz alta, en alemán, coléricamente.

Se agazaparon tras unas cortinas de terciopelo rojo, deslustrado.

—¡Karl! —gritó Keenwood después de cerrar la puerta tras él, yendo al arranque de la monumental escalera de madera—. ¡Karl...!

—Coronel... —Se oyó una voz respetuosa. Y unos pasos precipitados, por el piso superior, y después bajando rápidamente la escalera.

—Tendrá que ir al hotel a buscar la maleta, teniente —dijo Keenwood en tono autoritario, duro, desconocido para Landbrook—. Esos imbéciles ponen inconvenientes para entregarla. Y no me fío ya del taxista éste. Me pareció ver algo raro en él. Vaya usted, pues, con esta tarjeta mía y regrese cuanto antes.

—Bien, coronel. Pienso si realmente merece la pena recoger la estación de radio y esos papeles que olvidó allí. Nos conviene marcharnos cuanto antes, señor. El

F. B. I.,
debe estar a punto de descubrir todo...

—Hasta mañana, en que me echará de menos ese imbécil de Landbrook, tenemos tiempo de marcharnos. Quiero esta noche hablar con los camaradas que están en sus puestos para que los abandonen y se pongan en lugar seguro —repuso Keenwood—. Vaya, teniente Fraidt...

—A sus órdenes, coronel —dijo saludando militarmente el teniente, alto y grueso, con cabeza roja, vestido elegantemente.

Landbrook se lanzó a la lucha, resollando fuertemente. Apareció repentinamente en el «*hall*», seguido de Wilton, ambos empuñando

sus pistolas. El inspector sonreía burlonamente y sus ojos, inyectados en sangre, no quitaban ojo al teniente, que, al verle, hizo ademán de llevarse la mano al bolsillo trasero del pantalón.

—Quieto, «Jerry» —dijo Landbrook, apenas entreabriendo los labios—, o no lo cuenta. Levante las manos... ¡Hola, querido colega! —Se dirigió a Keenwood, que, rígido, asombrado, miraba al inspector como si fuese una terrible aparición—. Si he sido un imbécil hasta ahora, pero ahora le toca a usted serlo. Levante las manos, abra la boca bien... ¡Como la cierre le meto una bala en la cabeza!

Los dos alemanes, con las manos levantadas, abiertas las bocas, esperaban ansiosamente algo que ni Landbrook ni Wilton pudieron de momento sospechar. Miraban hacia el piso superior, mientras los dos hombres se dejaban cachear por Wilton, bajo la vigilancia del inspector.

Y de arriba surgió la batalla. Dos hombres asomaron por la barandilla, armados de pistolas. Vieron, la escena y lanzaron una exclamación de asombro y rabia.

Wilton miró hacia arriba cuando ya estaba disparando su pistola del «45» con una rapidez vertiginosa. Y Landbrook se volvió también para mirar, bajando la pistola.

Keenwood no esperó otra ocasión para intentar deshacerse de su enemigo. Fue solamente un segundo lo que Landbrook estuvo con la cara vuelta hacia los hombres de la escalera, pero en ese segundo su destino se cumplió.

Keenwood, que aún no había sido desarmado, sacó una pistola del bolsillo trasero del pantalón y disparó a boca de jarro sobre el inspector, haciendo blanco en la parte posterior del cuello.

Landbrook cayó a tierra violentamente, impulsado por la fuerza de la bala de grueso calibre.

Wilton había conseguido, en tanto, acertar con sus disparos sobre uno de los alemanes de la escalera. El hombre, que se disponía a bajarla, se detuvo un instante, abriendo los brazos, como si intentase asirse al espacio. Soltó el arma, lanzando un terrible grito de dolor, y cayó como una pelota, rodando todos los escalones en aparatosos rebotes.

El joven vio caer también a su jefe, que se movía en el suelo, bañándose en un ya enorme charco de sangre. Estaba, por tanto, el

joven sólo contra tres enemigos, que no parecían ahora dispuestos a huir sin matarle.

Tuvo una terrible impresión cuando vio caer mortalmente herido a su enemigo de la escalera, con aquella caída espantosa, en la que se fracturó el cráneo. Era la primera vez que mataba a un hombre, y su natural temperamento, inclinado a la bondad, a la timidez, se hizo trizas al brutal choque contra la realidad de que para vivir era preciso matar en aquella profesión que había elegido. Sintió indecibles deseos de escapar para no volver a tener que matar.

—¡Duro, Wilton! —le gritó en aquel instante Landbrook, intentando levantarse pistola en mano, su rostro cubierto de sangre—. ¡Duro con ellos!

Los tres alemanes, para protegerse de los disparos peligrosísimos de Wilton, buen tirador, subían apresuradamente la escalera. Y el joven agente especial sintió, al oír las palabras de su jefe, que la sangre le ardía como jamás le había sucedido antes. Todos sus escrúpulos de conciencia, su bondad, su timidez, desaparecieron repentinamente y quedó él hombre joven con enorme poder físico a quién se arrastra a la locura de matar porque momentáneamente se ha convencido de que es preciso hacerlo.

Lanzó un grito angustioso de rabia al ver cómo sus enemigos procuraban ponerse a salvo, en las habitaciones superiores, quizá con ánimo de prepararle una encerrona mortal si les seguía, y de tres en tres, con agilidad de gato, subió tras ellos la escalera.

En el rellano ya no había nadie. Abajo, Landbrook, agonizante, se había puesto en pie, y como un gigante que quisiera matar antes de caer definitivamente, espantoso con todo el claro traje teñido de sangre, se agarraba a la barandilla de la escalera y comenzaba a subirla entre jadeos, esgrimiendo su pistola.

Wilton se lanzó como un ariete contra la primera puerta que halló en el estrecho pasillo. Poseía una fuerza muscular tremenda, y cuando dio dos terribles puntapiés sobre el tablero, éste saltó como si fuese de cartón, saltando la cerradura y cayendo la puerta hacia adentro.

—¡Duro, duro, hijo! —gritaba Landbrook con voz balbuciente, mientras subía la escalera penosamente—. Ya voy... yo. Déjame... uno para mí...

De la habitación partieron unos cuantos disparos de pistola y alguien buscaba afanosamente esconderse tras un armario ropero.

Wilton penetró de un salto, buscando al enemigo con rabia ciega. Comenzó a echar abajo muebles a patadas, en la semipenumbra de la estancia, abriéndose paso con temeridad inconsciente. Dos nuevos disparos le pusieron sobre la pista de los escondidos. Detrás del armario, que utilizaban como trinchera...

Eran dos de los compañeros de Keenwood, el presunto coronel alemán.

Cogió un gran sillón, forrado en piel, y abandonando momentáneamente la pistola, lo lanzó como un ariete contra el armario. Y detrás fue él, en un salto de pantera, pistola en mano.

El armario cayó de costado, dejando al descubierto a los dos espías.

Wilton disparó sobre ellos antes que pudieran rehacerse, levantándose entre el armario derribado y el sillón. Hizo dos disparos seguidos a menos de dos yardas de ellos y, por tanto, no falló la puntería. Recibieron los balazos con inaudita fuerza y cayeron fulminados, perforados los cráneos.

Salió de la habitación como un demente, los ojos muy abiertos, espantado y al mismo tiempo deseoso de matar más, como un tigre devorador de hombres.

Landbrook ya estaba en el rellano, apoyándose en la barandilla.

—Uno... para mí, Wilton... Déjame a... Keenwood —murmuró al ver a Wilton, que salía de la habitación y estaba recargando su pistola.

—Van tres, jefe. Le traeré a ese coronel —murmuró el joven, jadeando como si también estuviese próximo a morir—. No se mueva de ahí.

—Yo no quiero morir sin... llevarme a ése. Me queda poco... Buen chico, Wilton. Parecía tonto, pero no, no... —dijo angustiosamente el inspector, sosteniéndose en pie gracias a un terrible esfuerzo de voluntad.

El agente especial se metió de nuevo en el pasillo, vigilante. Llegó ante la segunda puerta, entreabierta. El corazón del joven latió con fuerza inusitada, advirtiendo un peligro inmenso.

Se tiró al suelo, y de un puñetazo abrió violentamente la puerta.

Dos disparos sonaron instantáneamente y las balas silbaron por

encima de su cabeza. Era cierta la encerrona, pero el novel agente del

F. B. I.,

ya se estaba haciendo veterano en arduos para escapar a la muerte.

A gatas entró en la alcoba. Después se puso en pie con rapidez vertiginosa y saltó sobre una cama, tras la que estaba Keenwood, con una pistola «Mauser» de grueso calibre.

El coronel alemán era fuerte, pero Wilton llevaba la ventaja del ímpetu de un bisonte, su peso de boxeador de la máxima categoría y su terrible fuerza física.

Cayó sobre él como si fuese una losa de piedra que tuviese movimientos de reptil. De un manotazo le hizo soltar la pistola y luego lo manipuló cómo podría hacer un adulto con un niño de corta edad. El coronel salió despedido, como volando, por encima de la cama, y cuando iba a erguirse, se vio de nuevo despedido, pasillo adelante, caminando a trompicones, llevado por el férreo brazo de Wilton.

El jadeo de Landbrook, que parecía estar conteniendo a la muerte en sus embates por llevárselo, fue oído por el agente especial y el coronel. Y éste compareció ante el inspector, que se apoyaba en la barandilla mientras esgrimía la pistola a duras penas. Un enorme charco de sangre se esparcía a sus pies.

—Coronel Otto Heimmer... al servicio de Hitler —murmuró Landbrook, contemplándole con cansada mirada—. Ha perdido la batalla...

—¡Heil Hitler! —gritó el coronel, levantando el brazo en saludo nazi.

—Sí, sí... —murmuró Landbrook—. Eso allá usted... Pero ha cometido un crimen, y por ello va a morir. Todo podría tener disculpa, coronel, sí en el cumplimiento... de su deber de espía ha matado a varios de mis hombres, y a mí mismo... En la guerra como en la guerra, ¿verdad?

Wilton, detrás del coronel, pistola en mano, vigilaba a éste, mientras escuchaba con emoción a Landbrook, que estaba agotando en aquella charla sus últimos instantes de vida.

—Usted cometió un crimen idiota, absurdo, repugnante, impropio de un caballero alemán, y sé que los hay —siguió Landbrook, que poco a poco se iba deslizando hacia el suelo,

mientras su rostro se tornaba del color de la cera—. Un crimen innecesario...

—¡Heil Hitler! —gritó el coronel Heimmer, tratando de apagar la voz cansada de Landbrook—. De nada me arrepiento...

—Mandó asesinar a aquella pobre e inocente Evelyn Gardfield... innecesariamente; por vengar su amor propio, su equivocación al confundirla... ¡Cobardía es eso, coronel!

El coronel Heimmer, bramando de rabia, se lanzó sobre Landbrook, tratando de arrebatarle la pistola.

Pero el dedo del inspector apretó antes el gatillo de la pistola, y el coronel, con el corazón atravesado, cayó desplomado al suelo. Y Landbrook sobre él...

Wilton se inclinó sobre su jefe ansiosamente; cogiéndole la muñeca para comprobar si ya había muerto. El inspector abrió los ojos con gran esfuerzo. Sonrió, y dijo con voz apenas audible:

—Uno más al gran desfile, hijo... Es casi inevitable, más pronto o más tarde... Y también los jefes sabemos morir, ¿verdad?

—Voy a llevarle abajo, jefe. Tal vez podamos conducirlo al hospital —murmuró Wilton, cuyo corazón se sentía terriblemente atribulado.

—No cometas nunca... los errores que yo cometí —siguió Landbrook—. Y si lo haces mal, haz lo que yo he hecho, muchacho. Se pagan con la vida... Ahora... me parece que me perdonarían, ¿verdad, muchacho?

—Sí, jefe. Todos somos falibles.

—Me alegra oírte decir eso...

Después Wilton sintió cómo el pulso de Landbrook iba haciéndose más y más débil, hasta que acabó por no percibir nada...

FIN

¡Un país derrotado!

¡Misericordia de postguerra!

¡Berlín en ruinas!

Tragedia en Berlín

He aquí el título de la novela escrita expresamente por el famoso **Eddie Thorny** para la inigualable «Colección F. B. I.»

Tragedia en Berlín

simboliza la derrota de los alemanes ante las fuerzas aliadas, y las consecuencias posteriores: intrigas, espionaje, sublevaciones, y hombres a la deriva que empuñan la pistola con el fin de cobrarse la revancha.

Tragedia en Berlín

¡NO ES UNA NOVELA MAS!

Compruébelo, adquiriendo el siguiente número de la

Colección F. B. I.

¡La mejor colección del mundo!

